SIENA BASTIDA

UNA NAVIDAD IRLANDESA



UNA NAVIDAD IRLANDESA

~ Hermanas O'Hara I ~

SIENA BASTIDA

Título: Una Navidad irlandesa

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la autora, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Siena Bastida
Primera edición: noviembre de 2025
Diseño de cubierta: Carlos Carballo
Corrección: Ediciones Vuelo
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
ISBN: 9798269245409
Depósito legal: B 20447-2025
Safe Creative: 2508302936150
Puedes encontrar más información y seguirme en redes sociales aquí.

A mi hermana,
gracias por ser la luz en mi camino
y la guía de mi vida.

«Níl aon tinteán mar do thinteán féin».
«No hay lugar como el hogar».
—Proverbio irlandés

1

Milagro navideño

Atravieso las puertas giratorias del aeropuerto con el corazón en la garganta y me dirijo al mostrador de la compañía sin dilación. El JFK rebosa de pasajeros con ganas de disfrutar de la Navidad con sus familias. Los villancicos atormentan las cabezas de los viandantes y los anuncios promocionales copan los escaparates de los comercios sin ningún pudor.

Hace demasiado tiempo que estas fechas dejaron de significar alegría y fiesta para mí. Quizá nunca lo fueron. Porque estos días de diciembre están marcados en rojo en el calendario por un motivo diferente. Y este año no podía ser la excepción.

—Lo siento, pero todos los vuelos hacia Europa están cancelados desde este momento.

—¿Cómo dice? —Mi respiración se entrecorta al intentar explicarme. Soy incapaz de vocalizar las palabras adecuadas—. No… No puede ser, tengo que viajar a Irlanda. Es el funeral de mi abuelo que… acaba de fallecer.

Pronunciar esas palabras en voz alta me hace asimilar la dolorosa realidad un poquito más.

—Siento mucho su pérdida, pero por seguridad todos los vuelos comerciales han tenido que ser suspendidos —insiste la mujer, de

rasgos afroamericanos, que me observa con indiferencia desde el otro lado del mostrador.

—¿Sabe cuándo saldrá el próximo?

—Todavía no podemos predecir cuándo mejorará el clima. —Su tono de voz se tiñe de un cariz sarcástico. Apostaría a que no es la primera vez que le hacen esa pregunta. Pese a ello, al instante se percata de mi semblante afligido y finge una mueca de compasión.

—Entiendo, pero… ¿puede que salga algún vuelo hacia Miami y de allí conectar con cualquier destino de Europa? Lo que sea con tal de salir del país.

La mujer suspira y me lanza una mirada llena de desdén. Se baja de la silla y puedo comprobar que es aún más pequeña de lo que parecía a simple vista. La vena de su yugular se está hinchando de tal manera que temo que amenace con explotar en cualquier momento.

—¿Ha visto usted las noticias? Es más —se corrige a sí misma con un tono cada vez más brusco—, gírese y mire a través del ventanal. ¿Usted cree que este temporal que asola toda la Costa Este del país sin precedentes nos dará pronto una tregua?

Me doy la vuelta y miro de reojo, más como un gesto involuntario que para comprobar que, en efecto, lleva nevando con virulencia casi una semana entera. La potente ventisca está afectando a las comunicaciones de todo el país como nadie recuerda haber visto en décadas.

—Disculpe, ha quedado claro. No la molesto más.

Recojo el pasaporte del mostrador y con un gesto de derrota me aparto a un lado para dejar su turno al siguiente pasajero. Compruebo el gesto de mal humor del resto de personas que hacen

cola y me hace presagiar que la representante de la aerolínea perderá los estribos de un momento a otro.

Jamás suelo viajar en estas fechas. Detesto las Navidades, pero esta vez ha sido una razón de fuerza mayor la que me ha obligado a coger un avión. Pienso en mi familia. Mi abuela debe de estar haciendo galletas de jengibre en casa. Es la única manera que tiene de lidiar con el duelo y asimilo lo triste y vacía que tiene que encontrarse cuando el amor de su vida se ha marchado para siempre.

Por suerte, espero que mi hermana pequeña, Siobhan, le haga compañía. Es la única que no abandonó Middleton de las tres, ya que yo resido desde hace una década en Nueva York y Aisling, la mediana, lleva otros tantos años en Londres.

Una punzada de arrepentimiento me estalla por dentro. Llevo demasiado tiempo sin viajar a Cork, tratando de huir de todos los recuerdos que me persiguen de mi pasado. Sobre todo, en Navidad, cuando ese maldito pueblo, que está obsesionado con la fiesta de Papá Noel, los regalos y el árbol de Navidad, nos recuerdan que hay razones para sonreír.

Odio ser testigo de esa falsa pantomima donde la gente es feliz durante apenas unas semanas mientras el resto del año se enfrentan a la despiadada realidad. Ya dejé de hacerlo, cuando el cruel destino echó por tierra el futuro y los sueños de la familia O'Hara Callaghan.

Aun así, no tengo otra opción que regresar a casa y cuidar de la única familia que me queda. Desconozco cuándo será, así que llamo a Ash, con la que había acordado encontrarnos en el aeropuerto de Dublín una vez que ambas aterrizáramos.

—Lo siento, no llegaré a tiempo al funeral.

—¿Qué ha pasado, Sarah? ¿Has perdido el vuelo? —me pregunta Aisling con el ruido del denso tráfico londinense de fondo.

—Hay un metro de nieve en las calles y me han cancelado el vuelo y todos los que salen en las próximas horas. —Un gemido lastimero emana de mi garganta—. No me puedo creer que no vaya a despedirme del abuelo.

—*Sis*, él sabe que lo querías mucho. No hace falta que estés allí para demostrarlo.

—Lo sé, pero ni siquiera podré acompañar a la abuela en estos momentos tan duros.

—No te preocupes, yo estoy camino de Heathrow y Siobhan debe de estar allí con ella —trata de reconfortarme con sus palabras.

—¿Alguna vez te sientes culpable de haber dejado Irlanda?

Mi hermana exhala un hondo suspiro, solamente interrumpido por el sonido de los cláxones al otro lado de la línea.

—En días como hoy, no pasa un momento sin que me arrepienta de ello, no te voy a mentir.

—Al menos, tú estás más cerca. Siempre puedes coger un avión y plantarte allí en poco más de una hora.

—Y, aun así, no vuelvo tanto a casa como debería…

Un silencio inunda nuestra conversación y percibo de fondo cómo el taxista anuncia que ya están llegando al aeródromo británico.

—Oye, hermanita, no te sientas culpable y, por favor, mantente serena. Siempre has sido la que mantiene los pies en la tierra de las tres. Ahora te tengo que dejar, acabo de llegar al aeropuerto.

—De acuerdo. Que tengas un buen viaje. Te quiero.

—Yo también. Intentaré llegar cuanto antes.

Pienso en la conversación con Aisling y me pierdo en los recuerdos del pasado. El dolor surge de mi interior y las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos. Siento que ya no puedo controlar mis emociones y el sollozo se convierte en una catarata que amenaza con acabar conmigo. No me importa estar rodeada de cientos de personas, ya no importa nada más. La familia es lo más importante y ya no podré estar con ella en estos momentos tan cruciales.

—*Ho, ho, ho*. ¡Feliz Navidad!

Un hombre orondo, vestido de Papá Noel, se acerca hacia mí agitando una campanilla.

—Feliz Navidad para usted también —musito sin muchas ganas de tener contacto humano.

—Desconozco qué le ha pasado, aunque estoy seguro de que la suerte está a punto de cambiar su vida.

Me tiende un pañuelo para que me seque las lágrimas.

—Gracias, pero eso es imposible. A menos que deje de nevar y se reanuden los vuelos.

—Es Navidad, la época del año en la que los milagros ocurren.

Si alguna vez creí en ellos, ni siquiera lo recuerdo. Sin embargo, comprendo que la gente necesite un resquicio de luz para seguir confiando en la magia.

Le dedico media sonrisa al hombre y simula tirar unos polvos mágicos por encima de mí. Se despide con una inclinación de cabeza y reanuda su paso por los pasillos de la terminal.

Un sentimiento de congoja me sigue acompañando y creo que estoy algo aturdida porque no dejo de escuchar mi nombre a lo

lejos. Al menos, el hombre disfrazado de Papá Noel ha conseguido despejar mi cabeza y mi sollozo ha cesado por momentos.

—¡Sarah!, ¡Sarah O'Hara!

Me percato de que es la representante de la aerolínea la que me llama desde el mostrador. Me acerco presintiendo que he olvidado alguna de mis pertenencias, como el pasaporte, pero observo que lo llevo en el bolso.

—¿Me llamaba?

—Sí, quería comentarle que ha quedado una vacante libre en el último vuelo que saldrá hacia Europa antes de que llegue el fuerte temporal.

—¿En serio?

Me seco las lágrimas con la manga del jersey y mis ojos se abren como platos.

—Están a punto de finalizar el embarque. Les acabo de avisar de que no cierren todavía las puertas, así que dese prisa o no llegará a tiempo.

—Muchas gracias, Ronda.

Lleva su nombre grabado en una placa metálica en el pecho y me alegra que, pese a su humor de perros, se haya apiadado de mí.

—¡Y feliz Navidad! —grito mientras echo a correr por el pasillo.

Parece que los milagros navideños al final sí que existen.

2

El último adiós

No hace ni una hora que he aterrizado en Cork, con un breve tránsito en el aeropuerto de Edimburgo. El vuelo ha sido bastante movidito. Odio las turbulencias y la sensación de adrenalina que se despierta en mi cuerpo cuando esa caja de zapatos en forma de avión se zarandea por encima de las nubes.

Acabo de aparcar el coche de alquiler y atravieso las puertas del cementerio, donde mi familia y amigos más cercanos despiden a mi abuelo. Atisbo de lejos muchas caras conocidas que se giran al percibir mis pisadas sobre la gravilla. La llovizna empapa los rostros de los vecinos del pueblo y embarra el pavimento lleno de hojas, que sobrevuelan los nichos, en una tétrica imagen en blanco y negro.

—Estamos hoy aquí reunidos para recordar a nuestro hermano Conor Callaghan que nos deja a sus ochenta y cinco años de edad. Aunque su cuerpo nos haya abandonado, su espíritu vivirá para siempre en nuestros corazones. En el de Grace, su mujer, y en el de sus nietas, Sarah, Aisling y Siobhan que se encuentran aquí con nosotros —continúa el Padre oficiando la misa.

Mi abuela está sentada en primera fila, escoltada por mis hermanas a cada lado. Tomo asiento al lado de Shiv, que me dedica una mirada inexpresiva, mientras que en el arrugado rostro de mi abuela asoma una triste sonrisa al percatarse de mi presencia. Me

toma la mano y se la lleva a su boca para besarla. Con ese simple gesto ya puedo sentir que estoy en casa.

—Gracias por venir, cariño —susurra mi abuela cuando finaliza el entierro—. Tengo a mis tres niñas en casa. Este día ya es un poquito menos gris.

—Ni se te ocurra darme las gracias. Tendría que haberlo hecho mucho antes —confieso con un hilo de voz—. Solo me arrepiento de no haberme podido despedir de él.

—Tu abuelo estaba muy orgulloso de ti y, a pesar de la distancia, sabía que lo querías mucho. —Acerca su mano a mi mejilla y la acuna con ternura, como solía reconfortarme cuando era niña—. Voy a saludar al resto. Me alegro de verte tan guapa como siempre.

Mis abuelos son muy conocidos y queridos en Middleton, ya que regentaban la panadería y pastelería del pueblo hasta el momento de su jubilación. Por tanto, multitud de vecinos han venido para darnos el pésame y despedirse de la persona que hacía posible que las familias del pueblo tuvieran un pan sobre la mesa en cada comida.

Después de la liturgia, iremos al *pub* a recordar anécdotas y vivencias del abuelo, como suele ser habitual. Había olvidado que una de las peculiaridades de este país consiste en que, cuando alguien fallece, los irlandeses no nos centramos en la tristeza ni la ausencia que deja la persona, sino en celebrar la vida rememorando y compartiendo los momentos que vivimos a su lado.

Siempre encontré un punto de cinismo en esta tradición para los más allegados, sobre todo cuando la persona que se marcha es demasiado joven y nadie espera que la mala suerte se cebe con la misma familia, no una, sino dos veces, como ocurrió con la mía.

Esta podría considerarse una tercera ocasión, pero mi abuelo tenía ya una cierta edad y su marcha no puede compararse con la

tragedia que asoló a nuestra familia un par de décadas atrás.

Trato de aguantar el tipo lo mejor que puedo. Aisling es la que se encarga de organizar todos los preparativos y poner la mejor cara delante de los vecinos y amigos. Es la más sociable de las tres y le agradezco que esté sosteniendo el peso de la familia en este momento. Por otro lado, hace rato que he perdido la pista de Siobhan, con la que apenas he cruzado un par de palabras. No sería extraño que se haya escondido en algún agujero para no hablar con nadie.

—Chicas, no tengo humor para ir al Gallagher's. ¿Me hacéis el favor y os acercáis de mi parte a saludar al resto de la gente?

—Claro, abu, necesitas descansar, están siendo unos días muy intensos —apunta Aisling, mirando hacia los asientos traseros del coche, donde mi abuela sostiene la mirada perdida en el infinito.

—Nosotras nos encargamos de todo, no te preocupes. Por cierto, ¿habéis visto a Shiv?

—Puede que haya ido al *pub* con Aiden a prepararlo todo. Se les ve en muy buena sintonía desde que están juntos. Es una gran influencia para ella.

—¡¿Cómo?! —Freno de golpe al llegar a un cruce y les pido perdón por la brusquedad—. ¿Me estáis diciendo que Siobhan y Aiden están juntos?

Mi hermana se carcajea y veo por el espejo retrovisor cómo una mueca traviesa se dibuja en el rostro de mi abuela. Qué bonito es verlas sonreír de nuevo en un día como este.

—Pero ¿qué te pasa en la cabeza, *sis*? ¿Estás loca? Se llevan once años.

—Tu hermana pequeña lleva unas semanas trabajando como camarera en el bar de los Gallagher —aclara mi abuela.

—Ah, oh —balbuceo y me mantengo en silencio—. Así que…, ¿no están juntos? ¿Ni con ella ni con nadie?

Desvío la vista de la carretera y no me pasa desapercibida la mirada que Ash dedica a la abuela.

—¿Por qué ese repentino interés por saber si Aiden está soltero? —prosigue mi hermana, que me está leyendo la mente con las cejas enarcadas.

—Nada, olvidemos el tema —sentencio, y me arrepiento enseguida de avivarlo mientras giro a la derecha para entrar en la calle donde jugaba en la infancia—. No creo que esta sea la mejor conversación para un día como hoy.

Un halo de nostalgia me sobreviene, solo interrumpido por la dulce voz de mi yaya que parece que, por un momento, ha recuperado su tono habitual.

—Así que no quieres saberlo, ¿eh?

—¡Grace Callaghan! ¡Cómo te gusta el chisme! —finjo escandalizarme porque sigue metiendo cizaña.

Aparco frente a la casa familiar y me giro para observarlas. Primero a Ash, que me lanza una mirada traviesa, y luego a mi abuela, que se contesta a ella misma y denota que es la más lianta de todas:

—Ese muchacho está soltero y entero. Hace poco se divorció de una mujer de Galway que no le ha dado tregua en el poco tiempo que ha durado su matrimonio.

—Se nota que le van las mujeres de esa ciudad —apunta mi hermana, aludiendo a que nosotras tres nacimos en Galway y nos trasladamos a Cork a muy temprana edad.

—Siempre pensé que habríais hecho una buena pareja. Un joven serio, responsable y que siempre cuidó de ti, aunque solo fuerais amigos. Una lástima que ambos estuvierais con otras personas, sino…

—Vamos a dejarnos de tonterías por hoy —corto la conversación de manera tajante y cojo la maleta del coche para entrar en casa.

El aroma a canela y jengibre trepa por mis fosas nasales para calentarme el alma. ¿Cómo puede un simple olor a galletas recién horneadas evocarnos las imágenes más tiernas de nuestra infancia? Si hay algo que recuerdo con especial nostalgia son las tardes de juegos entre la casa y la panadería que se ubica en el local contiguo.

Desde que mis abuelos se jubilaron, el espacio que ocupó en su día *Grace's bakery* permanece cerrado. El ajado cartel metálico sigue colgado en el muro de la fachada principal. Nadie se ha querido hacer cargo de un negocio que requiere madrugar a las tres de la mañana, para hornear el pan y los bollos, y que estén listos a primera hora.

La mayor parte de la gente joven deja Middleton para marcharse a las grandes ciudades como Cork, Dublín o Londres donde encuentran más oportunidades laborales. Son muy pocos los que se decantan por permanecer en el pueblo costero, que ronda los dos mil habitantes, donde la agricultura y el par de destilerías locales de *whisky* emplean a la mayor parte de la población.

Eso sí, en Navidad todo el mundo regresa a casa, pues esta es la fiesta más importante para los habitantes del pueblo y las localidades aledañas. No se me ha escapado, al transitar en coche por sus calles, que no queda un solo rincón que no esté decorado con figuritas rojas y verdes. Todo está preparado para esta gran

celebración y todo apunta a que, en los próximos días, me reencontraré con viejas amistades del pasado.

«Hogar, dulce hogar».

3

El *pub* Gallagher's

Dejamos a mi abuela descansando, aunque sabemos que en breve se refugiará en la cocina y horneará un pastel de zanahoria para desayunar mañana. Es su manera de gestionar el duelo, de llenar silencios calentando los estómagos de sus seres queridos. Comprendemos su decisión de no acudir al *pub* más famoso del pueblo a darle un último adiós a mi abuelo; en el fondo, yo hubiera preferido quedarme con ella.

Lo único que deseo ahora mismo es meterme en la cama para superar el *jet lag* que me está dejando hecha polvo desde que llegué hace unas horas, pero no me queda otra opción. Así que mi hermana y yo nos dirigimos hacia allí y, mientras avanzamos por las solitarias calles, aprovecho para preguntar:

—¿Cómo es que Siobhan está trabajando de camarera? Pensé que había terminado el curso de administrativa y estaba haciendo las prácticas en la destilería.

Aisling se queda pensativa y ralentizo el paso para ajustarme la bufanda *oversize* alrededor del cuello. Ya no recordaba cómo la humedad y el frío irlandés te calaban hasta los huesos.

—Terminó la beca y le ofrecieron un contrato temporal para cubrir una baja por maternidad, pero… no acabó de convencerle y rechazó la oferta.

—¿Y piensa ganarse la vida poniendo Guinness a los borrachos del pueblo? —Mi tono de voz suena más brusco de lo que pretendía.

—Sarah, dale un poco de tregua. Está bastante perdida en la vida y no sabe lo que quiere hacer aún.

—Pues ya va siendo mayorcita. Tiene veintiún años. Nosotras, a su edad, ya habíamos abandonado el nido para buscarnos la vida.

—No creo que sea el mejor momento. Ahora que la abuela se quedará sola, tal vez le venga bien la compañía.

—Eso es cierto. Me gustaría quedarme más tiempo aquí, pero en una semana tengo el vuelo de vuelta.

—No te preocupes, hermanita. Intentaré venir más a menudo los próximos meses. Ya sabemos que tienes una vida muy ocupada en Nueva York y el trabajo te tiene absorbida a todos los niveles.

Si ese comentario hubiese venido de otra persona, me lo habría tomado de la peor manera. No obstante, Aisling es el ser humano con menos malicia del planeta y lo tomo como un comentario al aire, en vez de como un reproche, así que lo dejo pasar.

Giramos hacia la calle principal, donde se encuentra el *pub*, y paseamos junto al río en un sendero peatonal que he recorrido infinitas veces a lo largo de mi vida. He de reconocer que, pese a mi aberración por este pueblo, más por los recuerdos que lleva asociados que por el propio lugar en sí, no ha dejado de mejorar en la última década. Sobre todo, en esta época del año, cuando la estridente iluminación policromática y las guirnaldas navideñas decoran las farolas, haciendo brillar al pueblo hasta su máxima expresión.

Todos los motivos ornamentales han sido estratégicamente colocados con excesiva opulencia y los comercios locales se afanan por engalanar sus escaparates para atraer al turismo exterior. En

cuanto el calendario pasa la hoja del mes de enero, los habitantes de este pueblo comienzan a planear los preparativos para el siguiente periodo festivo. Cada año se superan más que el anterior. Y es que Middleton ha sido galardonada en diversas ocasiones con el premio al mejor mercado navideño de toda Irlanda. Este año, según me consta, se postula a la misma categoría a nivel europeo, compitiendo con Rovaniemi, el hogar del mismísimo Papá Noel.

Tanto entusiasmo me abruma. No me puedo creer que acabemos de enterrar al abuelo. Me veo incapaz de esbozar una sonrisa forzada ante los vecinos, pero no me queda otra opción. Así que cuando mi hermana abre la puerta de madera del *pub* centenario, elevo mis comisuras para fingir que tengo las energías suficientes como para lidiar con lo que me espera en el interior.

—Hola, chicas. Os acompaño en el sentimiento —nos saluda la propietaria de la floristería que ha preparado todos los detalles florales para la ocasión.

—Gracias, Mary, por todo tu trabajo. Ha quedado precioso.

—Lo que sea por vuestra familia. Ha sido una ceremonia muy emotiva. Vamos, tomad asiento. Es hora de dar el último adiós a vuestro abuelo.

Mientras Ash saluda al resto de los vecinos, me detengo a contemplar el ambiente que reina en el bar. Quizá, este siempre haya sido el bar más conocido del pueblo, por la amabilidad de la familia Gallagher, su extensa carta de cervezas y *whiskies*, y la actuación de diversas bandas de música o solistas locales que amenizan la velada tocando sus mejores canciones. Y es que la música en directo es una tradición tan arraigada en este país como el día de San Patricio.

Observo a Siobhan tras el mostrador, tirando una jarra de cerveza Murphy, mientras dispone sobre la barra varias bandejas de comida para invitar a los vecinos a un pequeño tentempié. Necesito

hablar con ella sin demora. Desde que he llegado, apenas me ha dirigido la palabra. Shiv siempre ha sido bastante retraída, pero, además, soy consciente de que a mí me guarda un cierto rencor.

Tal vez por vivir al otro lado del charco, quizá por no estar cerca de la familia. ¿Quién sabe? Es una conversación que hemos omitido durante demasiados años: al principio, porque ella era demasiado pequeña y, después, porque el silencio se instaló entre nosotras y nos dejamos llevar por la comodidad que suponía evitar abrir viejas heridas del pasado. Sin embargo, soy consciente de que tengo que ser más cercana, tenderle la mano y demostrarle que estaré ahí siempre para ella.

Mientras examino la foto de mi abuelo, postrada en un caballete de madera sobre la tarima del bar, percibo muy cerca la presencia de alguien que me susurra en el oído:

—Bienvenida a casa, Sarah.

Su inesperada voz me hace dar un respingo y giro sobre mis talones para reencontrarme con una de las pocas personas con las que no tengo que simular una sonrisa forzada.

—¡Aiden! No esperaba verte por aquí.

—¿Dónde sino? —Levanta sus manos para mostrar su apellido grabado en la pared y una sonrisa preciosa se dibuja en su boca—. Ahora trabajo aquí, aunque no creo que te sorprenda.

Nos reímos al unísono por la obviedad. El tatarabuelo de Aiden fundó este *pub* hace más de un siglo y sus respectivos descendientes han tomado las riendas del negocio, por lo que los Gallagher son una de las familias más conocidas y queridas de este pueblo, junto a la mía.

—¿Así que ahora este sitio es definitivamente tuyo? ¡Vaya! Recuerdo las veces que bromeamos en la adolescencia con que, el

día que fueras el dueño del bar, invitarías a tus amigos a pintas gratis todos los días.

Se ríe y ese sonido me llega al alma como un bálsamo para contrastar el desánimo que me acompaña.

—Espero que solo seas tú la que se acuerde de eso, porque esa panda de vagos se sienta detrás de la barra todos los días después de salir del curro. —Pone los ojos en blanco y gesticula una mueca burlona—. Si hubiera cumplido mi palabra, estaría ahora mismo en la ruina.

—Me alegra saber que la pandilla sigue más unida que nunca.

Un halo de nostalgia me sobreviene por dentro y observo la mesa donde nos reuníamos todas las tardes después de salir del instituto.

—Bueno…, unida, unida, no diría yo. Algunos van y otros vienen. Ya sabes: familias, críos, responsabilidades… Ya no es lo que era, pero en Navidad todos vuelven a casa… excepto tú.

El silencio se hace presente entre nosotros, solo interrumpido por los murmullos de la clientela de fondo. Aiden se percata de cómo ha sonado, por lo que cambia su gesto y matiza sus palabras:

—Solemos reunirnos para hacer una cena después de Navidad. Tal vez, si todavía sigues por aquí, podrías pasarte. Estoy seguro de que se alegrarán de verte.

—Sí, quizá —titubeo mientras mis recuerdos se hunden en el pasado.

—Oye, perdona. Tengo que dejarte. La ceremonia está a punto de empezar y veo a tu hermana agobiada detrás de la barra. —Me roza el antebrazo y el sutil contacto hace que resurjan en mi interior

sentimientos que creía enterrados—. Me alegro mucho de verte. Estás preciosa… como siempre.

Deja entrever una tímida sonrisa y se apresura a atender a los clientes que se amontonan detrás del mostrador. Lo observo en la distancia y, mientras sirve un *whisky* de la destilería local, atisbo cómo alza la mirada de nuevo para buscar la mía.

Apenas llevo unas horas en casa y un remolino de emociones amenaza con acabar con mi estabilidad. Mi corazón palpita ante esa mezcla de sentimientos agridulces. Sin embargo, ya estoy de vuelta y no hay marcha atrás: tengo que afrontar la realidad.

4

Una noticia bomba

Me despierto a las once de la mañana. He dormido casi doce horas, algo impropio en mí, y por fin siento cómo comienzo a recuperar un poco de energía vital. El cambio de hora me está dejando machacada. Aun así, la tranquilidad que se respira en este lugar contrasta sobremanera con el bullicio que caracteriza al minúsculo apartamento que comparto en Brooklyn con mi compañera de trabajo y amiga Rachel.

Examino mi habitación de la infancia. Es la misma que dejé con la mayoría de edad cuando me mudé a Cork a estudiar la carrera de Económicas. Todo se encuentra tal y como lo recuerdo, como si volviera a abrir una cápsula del tiempo. Los *posters* de Chris Martin, cantante de Coldplay, Bon Jovi y del cuarteto de U2 empapelan las paredes de la estancia.

En una de las estanterías reconozco varias cámaras de fotos de la época. Mi abuelo me transmitió el amor por la fotografía y me llevaba todos los sábados al *flea market* que se organizaba en el centro de Cork para buscar reliquias antiguas relacionadas con ella. En total, atesoro casi una decena de cámaras, de las que estoy segura de que la mitad han dejado de funcionar. Recuerdo tomar instantáneas de las casas de colores victorianas que se asemejan a una baraja de cartas en Ballyvoloon o del pintoresco pueblo de

Kinsale. Sin olvidar las de los imponentes acantilados de Moher en una excursión con el instituto.

Quién sabe, tal vez me anime a desempolvarlas, aunque solo sea como un último adiós a mi abuelo del que aún me castigo por no haberme despedido en persona.

Cuando abro la puerta, me encuentro con Cupcake esperando tumbado al otro lado. Es el gato persa de mis abuelos, que apenas era un cachorro cuando lo adoptaron, meses antes de que me mudara de manera definitiva de esta casa. Se frota pasando entre mis piernas y le rasco la cabecita de su precioso pelaje grisáceo. Me alegra saber que aún me recuerda, a pesar del tiempo transcurrido.

Al bajar las escaleras, el aroma a vainilla me inunda las fosas nasales. Observo a mi abuela con las manos en la masa, mientras Aisling les cuenta las anécdotas de los vecinos la pasada noche en el *pub*. Por fin veo a Shiv esbozar una tímida sonrisa por primera vez.

—¡Buenos días, chicas! —Abro la boca tratando de contener un bostezo.

—Buenos días, bella durmiente. Pensábamos que se te habían pegado las sábanas ya —confiesa mi hermana mediana.

—Había olvidado que aquí se duerme de maravilla. —Abrazo a mi yaya por la espalda y me coge la mano para besarla—. ¡Pero qué bien huele!

—Siéntate a desayunar, corazón. Hay galletas de jengibre y pastel de zanahoria. Voy a poner la tetera a calentar.

Me acerco a Aisling para darle un beso en la mejilla y, cuando voy a hacer lo propio con Shiv, se levanta bruscamente para llevar la taza al fregadero, dejándome desconcertada por el desplante. He de hablar con ella cuanto antes, así que amago con entablar una conversación neutra, pero se excusa con salir pitando de casa.

—Espera un momento. No te vayas todavía, Shiv —le ordena Aisling.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta mi abuela que se gira hacia nosotras mientras se limpia las manos en el ajado delantal.

—Sentaos todas, tengo que contaros una cosa.

—Espero que sea rápido, tengo que ir a abrir el bar.

—Tú dirás.

La miramos expectantes mientras se levanta, desaparece de la cocina y regresa al mismo lugar. El silencio se adueña de la estancia cuando levanta la mano y nos muestra el dorso, donde un reluciente pedrusco brilla en el anillo de su dedo anular.

—¡Me caso!

Una sonrisa resplandeciente se dibuja en su rostro y pivota su mirada entre las caras de las tres mujeres. A juzgar por nuestros silencios, se nota que nos hemos quedado ojipláticas. El siseo de la tetera interrumpe la tensa calma y el gesto de mi hermana cambia en una milésima de segundo.

—Lo siento. Sé que no es el mejor momento para daros esta noticia, ya que ayer enterramos al yayo, pero… hacía mucho que no estábamos todas juntas y pensaba que no habría otra ocasión.

Su gesto se ensombrece al ver que no reaccionamos. Sin embargo, mi abuela se levanta, se acerca hasta ella y la envuelve en un cálido abrazo.

—Claro que es un buen momento, cariño. Por fin una buena noticia en esta casa. Nos alegramos mucho las tres, ¿verdad?

—Habla por ti, abuela —exclama Siobhan levantándose de la mesa—. Ahora sí que me tengo que ir.

El ruido del portazo nos hace pegar un respingo en la silla. Las tres nos miramos, visiblemente incómodas, y trato de buscar las palabras adecuadas sin desanimar a mi hermana mientras muestro mis dudas ante esta repentina noticia bomba.

—Enhorabuena, Ash. Me alegro por ti, si es lo que quieres, pero… no sabíamos que mantenías una relación seria.

—Bueno, la verdad es que es algo reciente. Nos conocimos el verano pasado en uno de los conciertos que organiza mi discográfica en Cornualles. —El brillo ilumina gradualmente sus ojos—. Fue amor a primera vista. Pasamos la noche en su caravana, me susurró canciones al oído y supe que no habría otro hombre con el que quisiera pasar el resto de mis días.

—También dijiste lo mismo cuando te enamoraste del australiano el año pasado —añadí siendo consciente de que mi hermana era muy impulsiva, especialmente en temas del corazón.

—Esta vez es diferente, Riley es el elegido.

—¿Y no te ha acompañado en este viaje para que lo conozcamos? —pregunta mi abuela que, hasta este momento, ha permanecido callada.

—Tenía mucho trabajo. Está organizando una gira por toda Europa el año que viene y prefería dejarme gestionar estos temas sola con mi familia.

—«¿Gestionar estos temas?» ¿La muerte del abuelo? —Bufo con sorna—. ¿Estás segura de que con ese tipo de hombre quieres acostarte y levantarte todos los días de tu vida?

—No es lo que parece, Sarah. De verdad, dadle una oportunidad.

—Siempre te pasa lo mismo. Te enamoras a la primera de cambio y luego me llamas llorando en mitad de la noche para que te consuele cuando te rompen el corazón.

—Al menos yo me abro al amor. ¿Cuánto hace que tú no tienes una cita? Lo siento, hermanita, pero empiezo a pensar que tienes el corazón de piedra.

—Vamos, chicas, no os peleéis —trata de interferir la yaya—. Estoy segura de que será un buen chico.

—Solo quiero protagonizar mi propia historia de amor y dejar de ser una mera espectadora.

—¿Como en las comedias románticas navideñas? —pregunto con incredulidad—. Esas solo están en la tele, lejos de la realidad.

—¿Y qué me dices de los yayos? ¿O de papá y mamá? ¿No son pruebas suficientes de que el amor verdadero existe? —gesticula con las manos haciendo aspavientos.

—Nuestros padres tuvieron la misma historia de amor trágica que Romeo y Julieta.

—¡¡Sarah!! —me reprende mi abuela con la mirada.

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

He ido demasiado lejos con ese comentario.

—Lo siento. No… No debería haber dicho eso.

—Ayy, mis niñas. —La abuela nos coge de la mano por encima de la mesa—. Sarah, tú siempre has sido la más racional, la que tiene los pies sobre la tierra. Y entiendo que te pongas esa coraza

para evitar sufrir, pero con esta actitud te estás perdiendo cosas maravillosas en la vida.

—La vida es una constante desilusión tras otra. No puedo creer que pienses así después de enterrar ayer al yayo.

—Cariño, el dolor lo llevo por dentro, y eso no quita que la vida continúe. Tengo que seguir adelante por vosotras tres, igual que lo hice en el pasado.

Las arrugas de su rostro dan buena cuenta de toda una vida llena de aflicción.

—Además, prefiero focalizarme en recordar los momentos felices que disfruté de vuestro abuelo, en vez de pensar en los pocos años de vida que me quedan sin él.

No llego a empatizar con su punto de vista. Quizá por todo lo que ha sufrido esta familia a lo largo de la vida y la manera tan injusta en la que nos ha tratado. No obstante, entiendo su postura y asiento con la cabeza sin responder a su consejo.

—La yaya tiene razón. Es una mujer llena de sabiduría. La vida son dos días y no podemos dejar de crear recuerdos memorables.

«Qué pelota es», pienso mientras mi hermana sonríe con esa positividad de sobre de azucarillo que, a veces, me saca de quicio.

—Aisling, cariño —la abuela se gira para referirse ahora a ella—; de las tres, eres la más positiva y risueña, y eso te honra. Aun así, te precipitas con demasiada facilidad, porque no ves una pizca de maldad en nadie, y eso a la larga podría pasarte factura. Tu corazón es demasiado valioso para que nadie lo pisotee a la primera de cambio, así que cuídalo y espera a que la persona adecuada llegue para poder entregárselo al completo.

La sonrisa de Ash se desvanece de un plumazo y, sin abrir la boca, traslada su mirada desde la abuela hacia mí interiorizando lo que acaba de oír.

—Y luego está mi pequeña Siobhan, que ha crecido a la sombra de sus hermanas mayores, y aún desconoce lo que la vida le deparará. Chicas, necesito vuestra ayuda si no queremos perderla para siempre.

5

Cork

Adoro esta ciudad. Había olvidado lo que era pasear por las empedradas calles de Cork, con la ligera llovizna empapándome la cara y el sonido de la música callejera deleitando mis oídos. Recuerdo con especial nostalgia mis años de estudiante universitaria. Solía regresar a Middleton los fines de semana. Pese a ser un trayecto de apenas media hora en coche, decidí que la mejor opción era mudarme a la ciudad y comenzar mi vida adulta desde cero. Apliqué a varias becas mientras trabajaba a destajo durante las tardes y las vacaciones, para desahogar a mis abuelos de las facturas que llegaban de manera asidua a casa.

Aisling se ha quedado teletrabajando. Tenía una reunión urgente por Skype con sus jefes de la discográfica. Le encanta la música desde que era una niña y me alegro de que haya convertido su pasión en una carrera profesional con la que se gana la vida de la mejor manera. Eso sí, me tiene preocupada con la última noticia con la que nos ha sorprendido esta mañana. Mi hermana, una mujer casada con una futura promesa del *rock*. Según nos daba más detalles de su vida, mis alertas se iban activando hasta su máximo nivel.

—Yaya, tenemos que convencer a Ash de que acabe con esta locura de la boda de una vez por todas.

Nos encaminamos al mercado de frutas y verduras que se organiza a orillas del río Lee. Faltan un par de días para la Nochebuena y, a pesar de mis pocas ganas de celebrar esta fiesta, quiero ayudarla a organizar un menú y una cena perfecta. Soy consciente de que, por ahora, es lo único capaz de devolverle la ilusión.

—Sarah, ya va siendo hora de que dejes a tus hermanas equivocarse. O tal vez no. ¿Cómo sabrán que están tomando la decisión correcta si no se embarran hasta las cejas y aprenden de sus propios errores?

—Abuela, dime que no soy la única a la que todo esto le huele fatal.

Aprieto los labios y me guardo un comentario más mordaz, temiendo lo peor.

—Lo que tú y yo pensemos da igual. Es ella la que tiene que tomar sus propias decisiones. El papel de la familia consiste en escucharla y apoyarla, no juzgarla antes de que ocurra nada.

Frunzo el ceño. Tal vez tenga razón.

—Es solo que no quiero que lo pase mal.

—Cariño, ya nos ha tocado sufrir demasiado en esta familia, es hora de que seamos felices por una vez. Deja de pensar tanto en tu hermana y céntrate en ti. ¿Qué hay de tu vida amorosa? Porque tampoco sueltas prenda. ¿Hace cuánto no te das un garbeo al cuerpo?

Mi gesto cambia por completo y me carcajeo por la manera en la que se expresa. Antes de que me dé tiempo a contestar con una evasiva, observo a dos caras familiares comprando en uno de los puestos de verduras aledaños.

—Hablando del rey de Roma —masculla mi abuela en una expresión que piensa que no la he oído.

—Grace, Sarah. ¡Qué alegría veros por aquí!

La madre de Aiden me envuelve en un cálido abrazo, bajo la atenta mirada del camarero que, al verme llegar, muestra un brillo inconfundible en sus ojos.

—Caroline, ¡cuánto tiempo!

—Te vimos cuando llegaste a todo correr al cementerio. Quisimos acercarnos a saludarte, pero se te veía tan apurada que no consideramos que fuera el momento para entablar conversación.

—Menudo viaje. Por poco no llego.

—Es el mejor regalo de Navidad que me ha podido hacer, a pesar de todo —apunta mi abuela.

—¿Cómo va tu vida en América? Espero que estés considerando regresar pronto a casa. Aquí te echamos mucho de menos, ¿verdad, Aiden? —Dibuja una mueca burlona en su cara—. Unos más que otros, apostaría.

Mi amigo carraspea y asiente con la cabeza.

—Eh, sí, claro. Sería genial volver a tenerla en casa —añade mientras un rubor le sube por las mejillas.

—Oye, estoy pensando: ¿qué os parece si venís a cenar con nosotros al *pub* esta Nochebuena? Pondremos algo de picar y luego dejaremos que los jóvenes sigan la fiesta —propone Caroline entusiasmada.

—No te preocupes, querida. Ya tengo los canapés preparados. Solo me falta el postre… ¡Quién lo diría de una pastelera! —ironiza la

abuela—. Pero te agradezco la oferta. Seguro que las chicas se animan a salir y tomar algo después.

—De hecho, Grace, necesito pedirte consejo para elaborar una tarta de hojaldre y manzanas. ¿Me podrías acompañar a un puesto cercano si no tenéis mucha prisa?

—Cualquier momento es bueno para hablar de repostería. Aquí estoy para lo que haga falta. Así los chicos también tienen tiempo para tomar un café y ponerse al día de sus vidas.

Aiden y yo, que hemos permanecido callados hasta este momento, nos quedamos de piedra ante la estratagema de estas dos mujeres. Y, con la boca abierta, observamos cómo se despiden entre risotadas mientras pasean agarradas del brazo.

—No me lo puedo creer. Menudas dos están hechas —apunto mientras dejo escapar una sonrisa.

—Son tal para cual. Pero no les falta razón, tenemos que ponernos al día de nuestras vidas. Hace una década que no nos vemos y seguro que han pasado muchas cosas desde entonces.

—Sí, he de reconocer que ha sido demasiado tiempo. Pero en mi defensa diré que sin pasaporte americano o la *green card* es muy difícil entrar o salir del país sin que te puedan deportar definitivamente.

Espero que no se dé cuenta de mi pequeña mentirijilla. Durante estos últimos años he viajado con mis abuelos y mis hermanas a varias ciudades europeas, e incluso en una ocasión llegaron a visitarme los cuatro en Nueva York. Aun así, he sido reacia a volver a Irlanda para evitar reabrir viejas heridas del pasado.

—Puedo imaginar, sobre todo si tienes allí tu vida montada con pareja o hijos...; es complicado jugársela.

«Muy sutil, Aiden».

—Por fortuna, no es mi situación. Es verdad que casándome con un americano podría obtener la nacionalidad más fácil, pero no se ha dado el caso hasta ahora.

—Así que… ¿no tienes pareja?

Enarca una ceja y me examina con un pequeño atisbo de esperanza, aguardando mi respuesta.

—Digamos que estoy en una relación complicada… Demasiado complicada.

No quiero pensar ahora mismo en ese aspecto de mi vida, así que cambio de tema de inmediato:

—Y ¿qué hay de ti? Me han dicho que has estado casado, pero que tu matrimonio no acabó de la mejor manera —pregunto, deseosa de conocer los detalles.

Clava su mirada en mí y deja escapar una mueca socarrona.

—Perdona, ya sabes que en Middleton no existen los secretos.

—No te preocupes. En realidad, no hay nada que esconder, más que el hecho de que a mis treinta y dos años ya soy un hombre divorciado. Menudo fracaso.

—«Afortunado en el juego, desafortunado en el amor», dicen. Quizás deberías jugar el premio gordo de la lotería esta Navidad.

Sonríe y me indica con la mano la presencia de una cafetería cercana. Asiento y nos encaminamos hacia su interior, que nos da la bienvenida repleta de ornamentos navideños. Tomamos asiento en la mesa, ubicada junto a un gran ventanal, y la camarera se acerca a anotar el pedido.

—La verdad es que no me quejo de mi vida. El *pub* marcha sobre ruedas y definitivamente he vuelto a Cork para asentar mi vida.

—¿Has vivido mucho tiempo fuera? —pregunto con curiosidad.

—Se puede decir que di unas cuantas vueltas antes de volver a casa —aclara y se encoge de hombros para continuar—: Cuando acabamos la universidad, estaba un poco perdido y mis padres insistieron en que debía tomar las riendas del negocio familiar, pero para ello tenía que formarme antes. Así que viajé a Edimburgo para hacer un curso sobre hostelería y me quedé unos meses más aprendiendo el oficio.

—¿Y qué pasó después?

—De allí me ofrecieron un puesto en un restaurante de tres estrellas Michelin en Belfast, donde conocí a Dana que acababa de terminar su carrera.

La camarera nos interrumpe depositando dos cafés con crema y un par de *shortbreads* para acompañar como detalle. Aiden aprovecha para soltar una bocanada de aire y continuar.

—Dana quería boda, casa, hijos y perro. El *pack* completo de familia perfecta a los veinticinco años, así que digamos que por amor cedí ante el matrimonio antes de lo esperado. Tuve que dejar el norte de Irlanda, y un trabajo que me apasionaba, para instalarnos en un apartamento temporal. Nos casamos en una pequeña iglesia cerca de Galway ante nuestras familias y un puñado de amigos cercanos.

—Vaya, eso sí que es tenerlo claro. Estoy segura de que Caroline puso el grito en el cielo.

—La conoces demasiado bien. —Me sonríe con complicidad—. Mi familia no vio con buenos ojos todo esto al principio, pero

finalmente cedió por apoyarme. Ya sabes, en ocasiones se hacen demasiadas estupideces por amor.

6

Un café con espuma

—El amor nos ciega por completo y, cuando se nos cae la venda de los ojos, a veces ya es demasiado tarde.

Podría contar mis relaciones fallidas con casi todos los dedos de mi mano.

—Fueron años muy duros —recuerda y veo cómo sus ojos se hunden en el pasado—. No me acababa de habituar a la ciudad, ni a sus padres ni hermanos que me miraban por encima del hombro por provenir de una familia con un mísero *pub* en un área rural de Cork.

—Esa gente no tiene ni idea de lo queridos que sois los Gallagher en Middleton. Ellos se lo pierden. Mira que nací en Galway, pero esta estúpida rivalidad entre las dos ciudades nunca la lograré entender. Hay gente que la lleva hasta los extremos.

—No te puedes imaginar cada vez que hay un torneo de *hurling* entre los dos equipos rivales. No es la primera vez que he tenido que echar a algunos clientes del local cuando su euforia llega a las manos.

Resoplo con hastío y doy un sorbo al café.

—Así que, básicamente, aquella relación tenía los días contados. Comencé a pasar los fines de semana en Middleton y después me

enteré de que Dana se había buscado un juguetito durante mi ausencia: un antiguo compañero del instituto.

—¡Noooo!

Deslizo mi mano hasta posarla sobre su antebrazo en señal de consuelo, y nuestras miradas se encuentran en la calidez del contacto.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por aquello.

—No te preocupes. No te voy a negar que al principio fue difícil. Sin embargo, a la vuelta me recibieron con los brazos abiertos y no me costó adaptarme de nuevo.

—Puedo imaginármelo, aunque no siempre suele ser así. Cuando te mudas a otra ciudad, país e incluso continente como yo, llega un punto en el que no te sientes de ninguna parte. El sitio que te ha visto nacer sigue su curso y te has perdido la mitad de las cosas que pasan. En cambio, con el nuevo lugar vives el presente, pero no logras integrarte, porque ni naciste ni creciste allí y hay elementos de su cultura con los que nunca llegarás a encajar.

—No te falta razón.

Se acerca, desliza su dedo pulgar por mi labio superior y siento un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Perdona, tenías un poco de espuma del café.

Desvío mi mirada de sus ojos y un sofoco me sobreviene por dentro.

—Entonces ¿no acabas de adaptarte a Nueva York?

Tomo unos segundos en silencio meditando la pregunta antes de continuar.

—Es complicado dar una respuesta concreta. —Inhalo todo el oxígeno que puedo y trato de matizar mis palabras—: Por un lado, tengo un buen trabajo en el Departamento de Contabilidad de una conocida revista de viajes en Estados Unidos. Comparto piso con una de mis mejores amigas en una caja de zapatos de cincuenta metros cuadrados, pero con los precios del alquiler no me podría permitir nada más. Y, además, salimos de fiesta todos los fines de semana. Una vida perfecta, a simple vista.

—¿Dónde está el «pero»?

—Que ya no tengo veinte años y las prioridades van cambiando. No es lo que quiero para el resto de mi vida.

—Ya… —deja escapar un gemido de comprensión—, entonces, por lo que me dices, esa relación complicada que tienes ¿no será la razón definitiva por la que te quedes?

Niego con la cabeza y me mira cómo si esa pregunta hubiera invadido mi área de privacidad.

—No lo creo. Esa relación…, por llamarla de alguna manera porque ese hombre ya está casado, se encuentra en respiración asistida y tiene los días contados —suelto a bocajarro.

—¡Oh!, entiendo.

Un silencio se instala entre ambos, solo interrumpido por el tintineo de la vajilla y el zumbido de la cafetera de fondo.

—Adelante, puedes juzgarme. Soy consciente de que no me voy a llevar el premio a la mejor persona del año. Ni hermana, amiga o nieta, ya que estamos…

Me encojo de hombros asumiendo mis errores.

—No te martirices. Aquí nadie es perfecto… Todos tenemos nuestras mierdas.

—Sí, pero las mías han llegado demasiado lejos —manifiesto con una mueca de derrota—. De hecho, creo que este es buen momento para comenzar a enmendar errores ahora que estoy de vuelta en casa.

—En unos días se acabará el año. Sé que no eres muy fan de estas fechas, aunque mi abuela siempre dice que tras el *Samhain* todo se renueva y asegura que es el mejor momento para dejar atrás las sombras, limpiar el aura de energías negativas y abrirse a un nuevo comienzo.

—Ayy, la yaya Adele. ¿Cómo se encuentra? ¡Qué ganas tengo de verla! —exclamo y se me ilumina la cara al saber de su existencia—. Siempre estuve convencida de que nuestras abuelas heredaron la sabiduría de las brujas celtas.

—Se encuentra mejor que tú y que yo. Dice que prefiere quedarse en una residencia, que le recuerda a vivir en un hotel de cinco estrellas. —Esboza una sonrisa hasta su máxima expresión—. Y en cuanto a lo otro, no sé si quiero saber más de eso.

—Yo tampoco suelo creer mucho en la magia, pero hace unos días me pasó algo que… Bueno, a lo que iba. Ya que te tengo enfrente, voy a empezar contigo.

—Dispara, soy todo oídos.

—Quiero pedirte disculpas por cómo me marché aquel día de la fiesta en casa de Becca.

—Sí, no me olvido de aquella noche.

Sus ojos se oscurecen con el recuerdo.

—Siento la manera en la que desaparecí. No actué bien huyendo despavorida sin darte ninguna explicación después de… nuestro beso.

A decir verdad, aquel momento es lo único positivo que recuerdo de aquel año.

—No te preocupes, eso ya es agua pasada. Y, además, era comprensible después de lo que habías descubierto de Kevin.

—Ya, pero eso no me dio derecho a dejarte plantado para hacer las maletas y mudarme a la otra punta del mundo sin darte ninguna explicación. —Me encojo de hombros—. Eras mi mejor amigo. Además de mi familia, tú eres el único al que le debía algo.

—No sé si contarte esto, pero imagino que lo averiguarás tarde o temprano. Kevin y Jess llevan juntos desde entonces y han tenido dos niñas.

Me examina esperando mi reacción hasta que se da cuenta de que no me sorprende.

—¿Lo sabías?

—Sí, me lo dijo Aisling en su día.

—No estaba seguro de cómo te afectaría. No quiero que sufras más de lo que ya lo hiciste.

—Como dices, aquello ya es agua pasada. Mi relación con Kev no pasaba por su mejor momento y cuando los pillé juntos en la fiesta de Becca, fue el detonante que necesité para salir de aquella relación tormentosa.

—Siempre fuisteis la pareja más popular del instituto.

—Bueno…, discrepo. Él era el capitán del equipo de fútbol, la estrella que deslumbraba por donde iba. Yo, simplemente, era su novia de entonces —matizo.

Recordar lo que sufrí con mi primer amor me resulta doloroso. Es un episodio del pasado que prefiero dejar en el olvido.

—Pues todos os tenían mucha envidia, especialmente Jessica que no paró hasta conseguir lo que quería.

—Desde que Kev tuvo la lesión en la rodilla, no volvió a levantar cabeza. Fueron años muy difíciles y… cuando creyó encontrar la solución en el *whisky*, desde entonces ya no se recuperó.

Suspiro y me acabo el último sorbo del café.

—Cuando tuvieron la primera hija, parecía que iba mejorando. Estuvo un tiempo en rehabilitación, pero estaban de deudas hasta las cejas y seguía viniendo al *pub* todas las tardes después de salir de trabajar de la fábrica —explica. Traga saliva y humedece sus labios—. Intenté hablar con él como amigo y le aconsejé que debía parar. Hubo días en los que me negué a servirle una copa más y se lo tomó terriblemente mal. Pensaba que todo el mundo estaba en su contra y, durante un tiempo, ni me dirigió la palabra.

—Kevin siempre tuvo una personalidad complicada. Sufrí demasiado por él. Pero, Aiden, no quiero que pienses que mi marcha tuvo algo que ver con nuestra ruptura. —Permanezco unos segundos en silencio—. Pasaron cosas… Pasó algo que… Perdona, es muy difícil recordarlo ahora.

Siento cómo una lágrima se desliza por mi mejilla y ya no puedo parar.

—Ey, no pasa nada. Si algún día te apetece contármelo, aquí estoy.

Acerca su dedo pulgar a mi cara para limpiarme el lagrimal, y yo envuelvo su mano para apoyarme con delicadeza sobre ella.

—Gracias por estar siempre ahí.

7

El mercado navideño

Después de tomar una sopa de lentejas con un trozo de pan artesano para comer, me despido de Caroline y Aiden que llevarán a la abuela de vuelta a Middleton. He aprovechado para sacar a relucir mi cámara favorita y me tomo mi tiempo para afinar la técnica de este viejo cachivache y tomar varias instantáneas de calidad en diferentes puntos estratégicos de la ciudad.

Hasta ahora, mi única herramienta era el iPhone con el que, de vez en cuando, me atrevo a publicar alguna foto bonita en mis redes sociales. Bastante *amateur*, para qué nos vamos a engañar. Aun así, sin planificarlo, durante estos últimos años, he ido haciendo de ese pequeño clic en la pantalla del móvil una afición que me gustaría seguir practicando. Había olvidado lo bien que me hace sentir.

Mientras hago tiempo a la espera de que llegue Aisling, doy un paseo por la ciudad, rememorando con nostalgia momentos del pasado difíciles de olvidar. Saco varias fotos de ambas catedrales. Sí, porque en Cork tenemos dos templos sagrados: la católica *Saint Mary* y *Saint Anne*, además de *Saint Finbarre's*, perteneciente a la Iglesia de Irlanda. La religión ha jugado siempre un peso fundamental en este país y sigue teniendo un componente de disputa entre sus habitantes. Si solo la gente pudiera ver a las personas por quienes son y no por la religión que profesan…

Me asomo por los empinados muros del Fuerte Elizabeth, donde saco varias fotografías del antiguo cañón, y contemplo el anochecer. Son poco más de las cuatro y media de la tarde, pero la iluminación rojiverde en forma de ornamentos navideños hace brillar a la ciudad hasta su máxima expresión. El gélido viento se cuela entre los poros de mi cara, así que me enfundo el gorro de algodón y me abrocho el abrigo mientras transito por las adoquinadas calles de la ciudad antigua. Sin rumbo fijo, me dejo llevar por los recovecos de la urbe y acabo dando con las casas de colores del muelle de Farren, donde aprovecho la atenuante luz crepuscular para tomar las últimas instantáneas.

—Me encanta verte con una sonrisa en la cara —susurra una familiar voz al oído.

Doy un respingo sin percatarme de que Aisling aparece por detrás para darme un susto.

—¡Ash! —la abronco—, ni se te ocurra volver a hacer eso. Vivo en Nueva York, y si alguien se me aproxima de esa manera quiere decir que solo viene a pedirme dinero: ya sea por caridad o delincuencia.

Suelta una estridente carcajada que atrae las miradas confusas de quienes se encuentran a nuestro alrededor.

—¡Qué exagerada eres! ¿Qué hacías aquí parada?

—Estaba dando un paseo sin rumbo, recordando viejos tiempos.

—Ya he visto, mientras venía hacia aquí, que has colgado varias fotos en Instagram. Son preciosas. Siempre has tenido un don. ¿Has pensado dedicarte profesionalmente a ello?

—Es solo un *hobby*, ya tengo un trabajo que paga facturas a final de mes —aclaro y me preparo para la burla de mi hermana.

—¿Ese trabajo aburrido que consiste en enclaustrarse entre las cuatro paredes de una oficina y poner al día las cuentas de tu empresa? —Amaga con bostezar para burlarse de mí—. No entiendo cómo te encantan tanto los números mientras que Siobhan y yo los odiamos. ¿Seguro que somos hermanas de sangre?

—Vosotras dos sois adoptadas, ya os lo decía de pequeñas. —Compongo una mueca socarrona y recuerdo las crueles bromas que las hermanas mayores hacemos a las más pequeñas.

—Eso explicaría muchas cosas, entre ellas por qué tú tienes una preciosa melena azabache, yo soy castaña y Shiv es casi pelirroja.

—Lo que te digo: os abandonaron en una cesta en la puerta de la iglesia y allí os recogimos porque nos dabais pena.

Emite un gruñido de fastidio y trata de reconducir la conversación.

—No te desvíes del tema. ¿No has pensado en dedicarte a algo más divertido como la fotografía? Recuerdo cuánto lo adorabas de adolescente cuando el abuelo te enseñaba viejos trucos con su cámara. —El brillo de sus ojos desaparece cuando se acuerda de él —. Ay, cuánto lo vamos a echar de menos.

—Ash, no todas tenemos la suerte de codearnos con famosas estrellas del *pop rock* en nuestra vida diaria.

—Sí, no te voy a negar que es lo mejor de mi trabajo. Aunque no todo lo que reluce es oro. Algunos artistas son unas auténticas divas y se vuelven más excéntricos a medida que aumentan sus *clubs* de *fans*.

—¿Como tu futuro marido? —Se me hace demasiado raro pronunciar esas palabras.

—Sarah, ¿por qué no aceptas que me voy a casar? ¿Es porque tu hermana pequeña lo hará antes que tú? Porque a este paso acabarás siendo una solterona con gatos. —Trata de imitar el paso lento de una anciana caminando por la calle y reprimo una carcajada por lo payasa que es.

—Solo quiero que medites las cosas con calma. Casarse es un gran paso y quiero que no te precipites sin saber con seguridad si se trata del hombre de tu vida.

—No hace falta sobrepensar las cosas cientos de veces como lo haces tú. Y, además, si las cosas van mal siempre podemos recurrir a los divorcios exprés. Afortunadamente, las cosas en Inglaterra están a años luz de nuestro querido país.

Pese a que la separación conyugal lleva pocos años legalizada en Irlanda, el estigma social sigue presente en una sociedad con un arraigo fuertemente católico.

—O sea que… ¿ya estás pensando en el divorcio sin haber pasado todavía por el altar?

—Es una alternativa, no el fin del mundo como lo planteas tú. —Alza las manos al aire en señal de indignación—. Si te relajaras un poco más, te darías cuenta de que hay cosas maravillosas a nuestro alrededor. La vida es demasiado corta como para no exprimirla al máximo.

Caminamos en silencio por la ribera del río Lee hasta llegar a la plaza Emmet donde se ubica uno de los mercados navideños más importantes de la ciudad. Sus palabras rebotan en mi mente mientras nos acercamos a un puesto de comida española que llama nuestra atención. El matrimonio que regenta la casita de madera, con el que mantenemos una cálida conversación, nos ofrece un cucurucho de papel con media docena de churros, un dulce español con azúcar que deleita nuestros paladares. Asimismo, decidimos

acompañarlo con un par de vasos de vino caliente para calentar nuestros estómagos.

La canela y el cardamomo invaden mis sentidos con su aroma y comienzo a entrar en calor, tras una larga jornada transitando por las frías calles de la ciudad. Según las predicciones meteorológicas, la amenaza de nieve podría cumplirse de un momento a otro, antes de que llegue oficialmente el día de Navidad.

Aisling se entretiene comprando los últimos regalos para la abuela y yo aprovecho el tiempo para seguir tomando instantáneas del lugar. La belleza de los mercados navideños en esta época del año no es comparable a nada semejante, y no puedo esperar a llegar a casa para retocar las fotos que he hecho con el iPhone en el ordenador.

—¿Qué te parece este bolso para Siobhan?

—A decir verdad, tú conoces mejor sus gustos. No sé si pega con su estilo —vacilo y me separo para tomar la preciosa imagen de un ficticio Papá Noel con una ilusionada niña en su regazo. Bendita inocencia infantil.

—Si te esforzaras más en conocerla, quizá sabrías más qué le gusta y qué no.

—No solo depende de mí. Está enfadada con el mundo y no me ha dirigido prácticamente la palabra desde que llegué.

—Es normal, Sarah. Compréndela. Hasta ahora solo le quedaban los abuelos a su lado. Nosotras vivimos fuera y ahora que el yayo ya no está y que los años corren también para la abuela, tiene miedo de quedarse sola.

—¿Es eso lo que le pasa? ¿Te lo ha contado?

—No hace falta que lo exprese con palabras, hablamos bastante a menudo y sé todo lo que pasa por su cabeza.

A diferencia de Aisling, con la que nos comunicamos a través de Facetime todas las semanas, con Shiv mi relación se reduce a una escueta felicitación en Navidad y nuestros cumpleaños. Quizá por nuestra diferencia de edad. Nos llevamos más de once años y, cuando yo dejé Middleton, ella apenas era una niña con toda una vida por delante. Odio procrastinar, pero claramente estoy posponiendo una charla inevitable con ella. Puede que haya llegado el momento de acercar posturas. Yo soy la hermana mayor y tengo que dar ejemplo frente a ella.

8

La Nochebuena

No me considero el Grinch, pero escuchar las interminables listas de villancicos navideños cada año, como un disco rayado, acaba por fulminar la poca paciencia que me queda. Aun así, me atavío con un vestido decente y mi mejor sonrisa para hacer de esta nostálgica noche una velada en compañía de tres de las mujeres más importantes de mi vida.

La ausencia de mi abuelo se nota en el ambiente y en su silla vacía. Pese a ello, la yaya insiste en que desea celebrar todos los años que permaneció al lado de su marido, en vez de deprimirse y llorar su pérdida. Qué capacidad de resiliencia la de esta mujer. Lo ha demostrado en todos los oscuros episodios de su larga vida. La admiro por dentro y por fuera. Tiene la habilidad de contagiar una sonrisa allá donde va, y sigue calentando el cuerpo y el alma de los habitantes de Middleton con sus mejores postres, pese a llevar años legalmente retirada.

—Brindemos por el abuelo, que estará alzando su copa de vino desde el cielo —manifiesta Aisling y todas chocamos nuestros vidrios en el centro de la mesa—. Venga, que hay que acabar todas estas botellas. Abuela, acerca tu vaso que te lo relleno.

—Uy, no, hija, que yo ya voy un poco contentilla.

—Un día es un día. ¿Hace cuánto no estamos aquí todas para celebrarlo?

Una punzada de arrepentimiento me atraviesa, asimilando la culpabilidad que encierra ese interrogante.

—¿Qué creéis que estará haciendo el abuelo en su nueva vida? —pregunta Siobhan y el silencio invade el comedor mientras pensamos en una respuesta.

No creo en la existencia de la vida después de la muerte. Considero que es una mentira piadosa de la que nos hemos dotado para tener esperanza y fe en la persona que desaparece de nuestras vidas. Sin embargo, visualizo al abuelo cuando todavía vivía en Irlanda con ellas y un sentimiento de tristeza inunda mi corazón.

—Seguirá siendo un culo inquieto —apunta Ash. Las cuatro nos reímos, conscientes de la certeza de esas palabras, ya que mi abuelo apenas descansaba—. Me lo imagino con la pala en la mano ayudando a todos sus vecinos a despejar los montones de nieve de las entradas de sus casas.

—Y después de acabar de apuntalar el tejado para evitar que se cuele la humedad —añade Shiv amorrada a la botella de vino espumoso—, se irá al *pub* a tomarse una Guinness y dirá en voz alta para que le oigan todos los parroquianos del bar:

—¡Una perfecta recompensa por una faena bien hecha! —clamamos las cuatro al unísono.

Nos reímos recordando anécdotas del hombre que nos crio como un padre, y presiento que estaría orgulloso de vernos aquí, a las cuatro mujeres, de buen humor, evocando retales de su vida. Él jamás nos habría permitido derramar una lágrima por su ausencia. Aun así, la nostalgia se abre paso y, casi sin quererlo, la memoria de nuestros propios progenitores se suma a la conversación como un invitado más.

—Seguro que están los tres reunidos y vuestro abuelo les estará contando lo orgullosos que estamos de vosotras tres.

Permanecemos unos instantes en silencio imaginando esa estampa en nuestras cabezas.

—Contadme cosas de papá y mamá —nos pide Shiv que comienza a relajar sus signos de expresión por primera vez desde que llegué—. Yo no tengo ningún recuerdo de ellos y menos en Navidad.

—Cuando tú, Siobhan, no habías nacido, y Sarah y Aisling eran aún pequeñas, pasábamos todas las Nochebuenas en Galway. Teníamos un pequeño ritual que consistía en salir a patinar el día de Navidad a un lago cercano que solía congelarse cuando bajaban las temperaturas.

—Oh, sí, es verdad. Lo había olvidado. Yo siempre estaba cogida de la mano de mamá. No podía mantener el equilibrio y acababa cayéndome al suelo todo el rato —explico mientras suelto una carcajada acordándome de esa anécdota que llevaba tiempo escondida en mi memoria.

—No sabía que hubiera lagos en Irlanda donde se pudiera patinar —apunta mi hermana pequeña.

—Hoy en día eso sería una temeridad y está totalmente prohibido. Además, las temperaturas están subiendo por culpa del cambio climático. Ya no hay nevadas como las que recuerdo cuando era pequeña en las que era casi imposible salir de casa para ir a la escuela en los años cincuenta.

—Pues yo solo me acuerdo de aquella Navidad donde el tío Sam se vistió de Papá Noel y nos trajo un montón de regalos a todos los primos. Yo quería una muñeca a la que le crecía el pelo al instante presionando un botón, pero me trajeron una guitarra de juguete con

la que no sabía qué hacer —gruñe Ash y mi cabeza viaja a ese momento del pasado.

—Menudo tostón nos diste con la maldita muñeca. —Pongo los ojos en blanco—. Y, mira, al final papá y mamá acertaron con un juguete que ahora se ha convertido en tu pasión y trabajo.

—Qué sabios eran —indica Shiv con una mueca nostálgica. Ella apenas era un bebé y dudo que guarde algún recuerdo de ellos—. Ojalá poder tenerlos aquí de nuevo para poder darles un abrazo.

—Tranquila, hija, que tu abuelo ya se habrá encargado de transmitirles el mensaje. Y, si no, ya se lo daré yo cuando los vea. No me queda mucho para reunirme con ellos.

—Abuela, por favor, no digas tonterías, estás en la flor de la vida. —La cojo del brazo y le dedico una mirada llena de ternura. Soy consciente de que, a estas alturas de la vida, mi yaya ya ha perdido todo el miedo que podía tenerle a la muerte.

Ash hace una broma sobre que la abuela ha hecho un pacto con el Diablo y durará eternamente. Las tres reímos hasta que el sonido de un llanto llama nuestra atención. Nos giramos para observar los ojos vidriosos de Siobhan y cómo se sorbe la nariz:

—No, yaya. No te vayas. Tú también no, por favor.

—Ay, mi niña. No debes tener miedo a la muerte. He vivido una vida plena y feliz junto al abuelo y vosotras tres. —Los ojos cristalinos de la abuela denotan asimismo un cambio en su semblante—. Y, a pesar de que la vida se llevó a mi hija y a mi yerno demasiado pronto, no puedo sentirme más dichosa al haberos tenido con nosotros durante tanto tiempo. Habéis crecido fuertes y sanas. No podría pedir nada más a Dios que veros felices durante lo que me queda de vida.

Deslizo mi mano por la mesa para posarla encima de la de Shiv cuyas lágrimas brotan a raudales. Quiero consolarla, sin embargo, hasta ese momento solo me ha enviado señales de indiferencia, así que temo su reacción.

—Shiv, cariño. No te vas a quedar sola, si eso es lo que temes —trato de mostrar seguridad, pero mis palabras se quiebran al hablar—. Aisling y yo estaremos siempre a tu lado.

Sus lágrimas cesan de golpe. Espero que la haya reconfortado. No obstante, observo cómo su rostro se endurece y retira la mano de debajo de la mía con brusquedad.

—Que tú precisamente me digas que estaréis siempre a mi lado me parece una broma de muy mal gusto. Hace tiempo que saliste de nuestras vidas y Ash decidió seguir tus pasos para dejar este pueblucho y buscarse la vida en la gran ciudad. —Clava sus ojos en los míos y me lanza una mirada llena de desdén—. Soy consciente de que tu glamurosa vida en Nueva York se encuentra a años luz de lo que te puede ofrecer este lugar, pero no vengas ahora a decirme que estarás siempre a nuestro lado porque no es verdad. Decidiste marcharte y te quedarás allí siempre. Al igual que lo hicieron mamá y papá. Aisling decidió abandonarnos tiempo después y ahora el abuelo también nos ha dejado. —Un silencio sepulcral llena el vacío —. Solo me queda la abuela, si ella se va, me quedaré completamente sola.

—Shiv —trata de interceder Aisling para calmar el ambiente—, creo que estás siendo demasiado injusta.

—«¿Injusta?». Injusta es cómo me ha tratado la vida. Ojalá hubiera muerto en aquel estúpido accidente y ahora no estaríamos aquí teniendo esta conversación.

Vemos cómo se levanta y de dos zancadas sale del comedor. Las tres nos miramos desconcertadas y solo podemos percibir el estridente portazo de la puerta principal.

Sus últimas palabras pululan en el ambiente y se convierten en lanzas afiladas que regresan provocándonos un inmenso dolor.

9

Ecos del ayer

Mi abuela se excusa con una intensa cefalea para abandonar la cena y acostarse pronto en la cama, así que Aisling y yo recogemos los platos de la mesa sumidas en un tenso mutismo. Las palabras de nuestra hermana pequeña rebotan en nuestras cabezas, donde solo el tintineo de las copas y la vajilla resuenan como música de fondo.

Sabemos que Shiv tiene turno en el bar, así que suponemos que se ha adelantado a la hora acordada para una de las noches más ajetreadas en el Gallagher's. Tras haberse evaporado de esa manera, las dos hemos considerado cederle una parcela de espacio. Aun así, es demasiado temprano y ninguna tiene ganas de meterse en la cama, por lo que no me sorprende la invitación de mi hermana.

—¿Te apetece tomar una copa? No creo que sea capaz de dormir a estas horas.

—¿Quién podría? —me lamento—. Vamos, nos hará bien cambiar de aires.

Los espesos copos de nieve se ciernen sobre nuestras cabezas y el frío helador no invita a ver algún alma por la calle. La Nochebuena suele ser una velada para pasarla en familia. No obstante, hay quienes desean continuar la fiesta en el *pub* y el Gallagher's no es una excepción.

Según cruzamos la puerta, percibimos el ambiente cargado. Un cantante de música *country* toca su guitarra acústica sobre el escenario y no encontramos ni un solo lugar disponible al lado de la barra. Lo mismo ocurre con las mesas de madera, que se encuentran totalmente ocupadas, por lo que nos situamos en doble fila para pedir un par de copas.

Shiv nos mira de reojo con el morro fruncido, se dirige al lado opuesto de la barra para atender a otros clientes y nos ignora de manera deliberada. Mi hermana y yo nos miramos con semblante serio y doy gracias a Aiden por interrumpirnos cuando se acerca a nuestro lado:

—¡Feliz Navidad, chicas! ¿Qué os puedo ofrecer?

—Lo más fuerte que tengas —suelta Ash con ganas de dejar atrás la cena y disfrutar de lo que queda de noche—. Algo que no ofrezcas habitualmente a tus clientes y que guardes solo para las ocasiones en las que te pidan algún brebaje para olvidar.

—«¿Brebaje?». ¿Quién utiliza ese palabro en pleno siglo XXI? —Nos reímos los tres y, por un instante, nuestro gesto comienza a destensarse.

—Tengo algo perfecto para la ocasión. Pero ¿qué ha pasado para que traigáis esas caras?

—La cena de Nochebuena ha saltado por los aires en el día más mágico del año —manifiesto con ironía.

La pareja que está sentada en los taburetes altos se dirige a la pista de baile, así que mi hermana y yo aprovechamos para tomar asiento y estar más cerca de Aiden.

—Dejadme adivinar, tiene que ver con vuestra hermana pequeña.

—Premio para el caballero. —Ash aplaude con desgana.

—Me lo he imaginado en cuanto ha cruzado la puerta del bar. Ha llegado con cara de pocos amigos, una hora antes de que empiece su turno. Cuando le he preguntado si estaba bien, ha mascullado algo ininteligible en los cuellos de su camisa y se ha puesto a limpiar mesas.

Los tres nos giramos hacia el otro lado de la barra donde Siobhan deja reposar las dos jarras de Guinness que acaba de servir del tirador. Nos mira de reojo y puedo comprobar por su gesto cómo intuye que estamos hablando de ella, así que nos ignora y sigue sirviendo copas.

—No sabemos qué hacer con ella. Estoy muy preocupada.

Aiden agita la coctelera y nos sirve dos copas de un líquido transparente, a la que añade unas gotas de lo que parece licor de grosella. Brindamos y Aisling se gira para hablar con el cantante, que ha bajado del escenario tras anunciar que se tomará diez minutos de descanso. Se nota que mi hermana tiene buen ojo para los negocios y no pierde oportunidad de captar nuevos fichajes.

—No quiero meterme en temas familiares —continúa Aiden—, pero durante el tiempo que lleva aquí trabajando conmigo he notado que se ha abierto un poco más. Creo que lo que necesita es salir y relacionarse. Me da la sensación de que se encuentra muy sola y la muerte de Conor ha agudizado todavía más ese vacío.

—Eso parece. —Doy un trago a la copa y noto cómo el líquido me quema la garganta—. Esta noche nos lo ha echado todo en cara. Parece que llevaba años guardándose tanto rencor, y lo ha vomitado en medio de la cena, sin dejarse nada para el postre.

—Sarah, tienes que hablar con ella cuanto antes. Aisling al menos viene un par de veces al año, pero tú… llevas una década fuera.

—Lo sé.

Apoyo los codos sobre la barra y me froto la cara con las manos en señal de rendición.

—Lo siento, te dejo que esto está a rebosar, luego hablamos —se disculpa para seguir sirviendo al resto de la clientela.

Le hago un ademán con la mano para restarle importancia y continúo con mi monólogo interno, preocupada por la reacción de mi hermana. ¿De verdad he sido egoísta por querer vivir mi vida? ¿Por dejar Irlanda para emprender una carrera al otro lado del mundo?

Tengo que confesar que, desde que llegué hace unos días, por primera vez me replanteo la remota posibilidad de regresar a casa. No tanto por los reproches de Shiv, sino porque este regreso me está sirviendo para cerrar viejas heridas del pasado que creía imposibles de cicatrizar; y, al mismo tiempo, me está permitiendo ver las cosas desde otra perspectiva.

Estoy tan ensimismada en mis pensamientos que apenas percibo la presencia de un hombre de mediana edad sentado a mi lado. Cuando alzo la cabeza, lo descubro mirándome con una sonrisa y levantando su jarra para brindar.

—¡Feliz Navidad!

Esbozo una sonrisa por educación y le correspondo con el mismo gesto.

—¡Feliz Navidad a usted también!

No tengo muchas ganas de entablar conversación con nadie, especialmente con un desconocido, pero me observa de una manera que me está inquietando y lo miro de reojo otra vez para ver sus intenciones.

—Te pareces mucho a tu madre.

Sus palabras captan mi atención. ¿De qué me conoce este hombre?

—Creo que se está equivocando. Mi madre… Mi madre no está…

—Lo sé y lo siento mucho.

El brillo se evapora de su mirada y algo me dice que se conocían de otra vida, pues si viviera, mi madre debería tener una edad similar a la de él.

—Gracias. Ha pasado mucho tiempo ya.

—Demasiado… y, aun así, siempre la recordaré. Tú eres la que más se parece a ella de las tres. Los mismos ojos grandes, el pelo liso… Hasta las arruguitas que te salen en las comisuras de los ojos cuando sonríes.

Su confesión me deja en *shock*. No le falta razón: el abuelo siempre me decía que yo era la viva imagen de ella cuando me reía.

—Perdona, pero ¿de qué la conocías?

El hombre suspira, da un sorbo a su pinta de cerveza y se dirige de nuevo a mí.

—Éramos amigos de jóvenes. Era la chica más popular del instituto y tenía pretendientes en todo el pueblo y parte del de al lado.

—Y al final se quedó con mi padre, un hombre de Galway. ¿Lo conociste a él también?

Su rostro se ensombrece, carraspea y traga saliva.

—No —responde. Vuelve a dar un sorbo a la jarra y hunde sus recuerdos en el pasado—. Yo me fui a trabajar a Inglaterra poco tiempo después. No llegué a conocerlo. Me enteré del accidente de coche que tuvieron. Siento que murieran los dos.

—Bueno, en realidad… —dudo de si explicarle lo que realmente sucedió, pero este pueblo es incapaz de mantener un secreto a salvo, por lo que sigo adelante—, solo mi madre murió en aquel accidente. Mi padre y mi hermana pequeña sobrevivieron.

—Perdona, pensé que…

—Mi padre no lo soportó y… se quitó la vida dos semanas después de aquello.

Sus ojos se abren como platos y puedo comprobar que está tan conmocionado como si fuera un familiar directo. Debió de estar muy unido a ella en el pasado.

—Siento mucho que tuvieras que vivir todo aquello tú sola. Eras tan pequeña…

—A veces me parece que fue ayer, aunque hayan pasado veinte años ya —trato de evitar que mis ojos se humedezcan, pero es inevitable cuando se remueve el pasado—. Venían de Galway a pasar las Navidades con mis abuelos. Mi hermana Aisling y yo habíamos empezado las vacaciones escolares unos días antes y estábamos aquí ya con ellos.

—Menos mal, podría haber sido una tragedia si hubierais ido todos en el coche. —Se percata de sus palabras y se corrige a sí mismo—. Quiero decir… una tragedia mayor de la que ya fue de por sí.

Le dedico una sonrisa cordial.

—Gallagher, cóbrate lo mío y lo de ellas dos.

Se levanta y deposita un billete de veinte euros en la barra.

—Oye, te lo agradezco, pero no hace falta que...

—Es lo mínimo que puedo hacer por vosotras. Gracias por esta noche, Sarah.

Se coloca el abrigo y desaparece entre la multitud que se agolpa en la salida del bar. Me deja con la palabra en la boca y demasiadas preguntas sin respuesta.

10

Noches de desenfreno…

Venir al *pub* no ha sido tan mala idea. Me he reencontrado con viejos compañeros de instituto, vecinos del pueblo e incluso con jóvenes que se acercan de los pueblos aledaños para celebrar por todo lo alto esta festividad. Hace rato que perdí a Aisling; se mueve entre la gente como la mejor relaciones públicas del pueblo.

Me he tomado un par de *gin-tonics* más y mi vejiga me apremia a ir al baño. Me miro en el espejo y veo el rímel de mis ojos esparcido hasta en la frente. La noche está llegando a su fin y la estoy disfrutando más de lo que pensaba. A pesar de las frías miradas de Shiv, Aiden se detiene a hablar conmigo cada vez que no le requieren el resto de los clientes y nos estamos poniendo al día de los últimos años.

Me refresco la nuca bajo el gélido chorro del agua y, cuando me estoy secando las manos, percibo unos gemidos reprimidos provenientes del último cubículo. Imagino que será alguna pareja joven culminando una noche de desenfreno. Sin querer interrumpir, evito hacer ruido y me apresuro a salir del baño. No soporto seguir escuchando más esos aullidos de macho alfa. Pero justo cuando voy a agarrar el pomo de la puerta, el pestillo se abre y aparece mi hermana con el pelo alborotado.

—¡Ash! ¿Pero qué…? ¿Qué haces tú…?

Por su gesto de sorpresa, deduzco que no esperaba encontrarme ahí pasmada. Sin mirarme a la cara, se sube el tirante del vestido y esboza una sonrisa forzada mientras se acerca al tocador a lavarse las manos. Reconozco al músico de *country* saliendo tras ella y se dirige al exterior del baño sin siquiera mirarnos a la cara.

Mi hermana amaga con articular una palabra, pero lleva tantas copas encima que apenas se mantiene erguida, por lo que, sin esperar a que me dé una explicación, le censuro su actitud:

—No me puedo creer que le estés poniendo los cuernos a tu prometido. Tantas ganas que tenías de casarte y ahora te has acostado con el primer tipo que se te ha puesto a tiro.

—Hermanita, te quiero mucho, pero la culpa de todo esto es tuya.

Me quedo ojiplática ante su reproche.

—¡Lo que faltaba! ¿Acaso yo te he obligado a arrojarte en los brazos del melenudo?

—Me encantan los hombres con melenita. Ya sabes… tienes donde agarrar cuando quieres que se dirijan al punto exacto. —Una sonrisa burlona se dibuja en su cara.

—¡Aisling! No me cambies de conversación.

—Te recuerdo que yo no soy la única que se está tirando a un hombre casado. Bueno, en este caso es al revés, tú ya me entiendes...

—Te conté todo esto en confianza y esa relación tiene los días contados. Además, es diferente. ¡Yo no estoy casada! —protesto con indignación.

—Ya te vale, *sis*. Yo que pensaba que tú eras la moralista de la familia. Y, mira, va a ser que ahora te equivocas más que ninguna.

Espero que sea el alcohol el que esté hablando, porque no es habitual que Aisling me eche este tipo de cosas en cara. Precisamente, suele ser una persona bastante abierta de mente y que me juzgue a mí por lo mismo que acaba de hacer ella tiene tela. Aunque ¿no le estoy reprochando yo el mismo error?

Definitivamente, los seres humanos estamos llenos de contradicciones.

—Vale, Ash. Lo siento. No he querido sonar tan brusca.

—Quizá tengas razón. Me habéis hecho dar muchas vueltas a la cabeza estos días sobre este compromiso.

Salimos del baño y nos dirigimos a sentarnos en una de las mesas. Son casi las tres de la mañana y ya quedan pocas personas en el local.

—Bien, me alegro de que estés reflexionando sobre lo precipitado que es este matrimonio. —Suspiro de alivio.

—No, si la boda seguirá adelante. Aunque creo que RJ y yo tenemos que abrir la relación. No puedo imaginar que él sea el único hombre con el que me vaya a acostar en lo que me queda de vida.

Cierro los ojos y me masajeo las sienes. No me puedo creer lo que estoy escuchando. Quizá sea mejor mantener esta

conversación mañana, con una taza de café, en vez de los restos del *whisky* aguado que quedan en su copa.

—Aisling, cariño. Cuando conozcas al hombre adecuado, te darás cuenta de que acostarte todas las noches con la misma persona el resto de tus días será algo maravilloso. —Se deja caer sobre la mesa de madera y le acaricio el pelo como cuando éramos pequeñas—. Porque será el único con el que te apetezca despertarte por las mañanas e irte a dormir todas las noches. Te aseguro que ese día llegará y te sentirás la mujer más afortunada del mundo.

—¿Y crees que RJ no es el adecuado?

—Si te lo cuestionas es porque no lo es. Pero eso solo lo puede decidir tu corazón.

—¿Y cómo sabes tú todo esto? Si sigues soltera con treinta y dos años.

—Porque cuando llega la persona adecuada, hay algo dentro de ti que lo nota al instante —confieso. Giro la cabeza hacia la barra donde Aiden se encuentra secando unos vasos y veo cómo esboza una sonrisa perfecta—. El corazón se te acelera cada vez que lo miras a los ojos, te entran palpitaciones y la respiración se entrecorta. Y las mariposas en el estómago… no son cuentos de película. Se sienten de verdad, aunque no puedas explicarlas.

No me he dado cuenta de que mi hermana se ha quedado frita sobre la mesa hasta que unos sutiles ronquidos la delatan.

¡Mierda! ¿Y ahora cómo la llevo hasta casa?

Me dirijo hasta la barra y le pregunto a Aiden por Siobhan:

—Se ha marchado ya hace un rato. Como ha venido antes a trabajar esta noche, le he dado permiso para que se vaya a descansar antes a casa.

—Creo que tendré que llamar a un Uber para que nos lleve de vuelta —manifiesto señalando al cuerpecito de Aisling, que se ha deslizado de la mesa para quedarse tumbada en el banco de madera.

—Esto no es Nueva York, Sarah. —Se ríe—. Jamás he visto pasar un Uber por Middleton. Quizá algún taxi pueda acercarse desde Cork, pero a estas horas…, dudo que llegue antes de las cinco o seis de la mañana.

—¡Oh, joder! ¿Y qué hago con ella ahora? ¿Te la puedo dejar ahí y paso a buscarla mañana? No creo que te dé mucha guerra. Como mucho te pedirá un vaso de agua y un ibuprofeno cuando se despierte a media tarde —bromeo.

—Anda, vamos a llevarla al piso de arriba. Tengo el coche en el taller, sino os acercaba yo mismo.

—Muchas gracias, Aiden. No sé qué haría sin tu ayuda.

—Lo que sea por ti.

No me pasan desapercibidas sus palabras.

La cogemos entre los dos y subimos los doce escalones que separan el bar de su apartamento en el primer piso. Cualquiera que la viera pensaría que está en los huesos, pero ahora pesa tanto que parece un muerto. Aiden la coge en brazos, mientras yo trato de bajarle el vestido que ahora le llega hasta la cintura, haciéndole perder la poca dignidad que le queda.

—Imagino que no esperabas tener invitadas esta noche en tu casa —comento, en un intento por destensar el ambiente. Le

muestro una sonrisa sincera al salir de la habitación y cerrar la puerta.

—Esta no es mi casa —me explica poniendo su mano en la parte baja de mi espalda para invitarme al salón—. Al principio, cuando regresé de Galway me quedé aquí durante un tiempo. Hace su función, pero quería algo más personal, más mío: un hogar donde echar raíces. Así que comencé a construir una más grande a las afueras.

—¡Qué envidia! Yo tengo una ratonera de seis metros cuadrados y comparto la mitad del baño y la cocina —me lamento y dejo escapar un largo suspiro—. No sé si alguna vez me podré permitir algo para mí sola.

—Podrías…

—¿Cómo? Los precios de los pisos son desorbitados y para alquilar algo decente yo sola tendría que conducir tres horas de ida y tres de vuelta para llegar al trabajo.

—No me refiero a Nueva York. Podrías buscar trabajo aquí y comprarte una casa con jardín bastante apañada.

Me detengo unos segundos para asimilar su propuesta. Hace unas semanas, ni siquiera se me habría pasado por la mente volver a Irlanda, pero desde que estoy aquí, la idea me persigue con demasiada insistencia.

—El otro día me dijiste que ya no te ataba nada allí —insiste mientras regresa de la cocina con una botella de vino y dos copas en la mano.

—No te falta razón, pero… ¿qué haría yo aquí? Sin trabajo, sin amigos, no tengo nada…

—Oye, ¿cómo que sin amigos? Eso me ha ofendido. —Dibuja una mueca burlona y me tiende una copa mientras nos sentamos en el sofá.

—Quiero decir que…

—Ya sé lo que querías decir, era broma. —Esboza una sonrisa traviesa—. Pero ahora en serio, hay mucha gente que se moriría de ganas de tenerte aquí de vuelta.

—¿Como por ejemplo tú?

—Como por ejemplo yo.

Un silencio inunda la sala, y su mirada me envuelve con una intensidad casi tangible. Estamos muy cerca, tan cerca que puedo inhalar el aroma de su *aftershave*, un olor tan familiar que me retrotrae a las tardes de nuestra juventud.

Se acerca con timidez, esperando una señal para que lo detenga. Aun así, no puedo resistirme porque quiero que esto suceda. No sé si serán las copas de más, y que esta noche me siento muy desinhibida, pero mis ojos se dirigen al contorno de sus labios, esperando a recibirlo con ansia.

Sin decir palabra, se aproxima a mi boca y me roza suavemente las comisuras, depositando pequeños besos alrededor. Hace tiempo que dejé de verlo como mi mejor amigo y, ahora que estoy de vuelta, solo observo al hombre en que se ha convertido en esta última década. Un hombre corpulento que despierta en mí un deseo intenso.

Dejamos de lado la timidez y me devora hasta dejarme jadeando. Un solo beso suyo ya no es suficiente para calmar mis ansias, así que nos tumbamos sobre el sofá, dejando de lado las copas de vino por esta noche. La velada ha comenzado

de la peor manera, pero este acercamiento logra sanar un poquito más las heridas que este lugar me dejó tiempo atrás.

11

…mañanas de arrepentimiento

—¡Buenos días! *Ho, ho, ho* ¡Feliz Navidad!

Desconozco de dónde viene ese sonido, pero me despierto de repente, con la cabeza martilleándome como si estuvieran haciendo obras en plena Times Square. Abro los ojos y reconozco las vigas de madera en el techo. Debí quedarme dormida en el sofá anoche —o, mejor dicho, hace apenas unas horas—, hablando con Aiden, hasta que vimos los primeros rayos de luz colarse por la ventana.

Alzo mi mirada y veo a Aisling con la cara lavada y el rostro radiante. Cualquiera diría que anoche fue ella y no yo la que se bebió hasta el agua del río Lee. Aunque, para qué engañarnos, yo tampoco me quedé corta. Y aquí estoy ahora, sufriendo las consecuencias de la celebración navideña y de la edad que ya no perdona.

—¿Se puede saber por qué estás tan despierta? Anoche eras incapaz de dar dos pasos tú sola y ahora estás… Estás… Puaj, qué asco das —bromeo componiendo una mueca burlona.

—Hermanita, si trabajaras todo el año entre festivales de música y estrellas de *rock* como yo, sabrías que dentro de este *business* se comparten muchas cosas, además de recetas para estar como una rosa tras una noche de desenfreno. —Levanta las manos en señal de triunfo—. ¿O crees que el aguante que tienen los componentes de

Guns N'Roses o AC/DC con más de sesenta tacos se debe a algo natural…?

—No quiero oír nada más. Prefiero morir en la ignorancia antes que saber lo que pasa en tu mundo.

—Buenos días, chicas —saluda Aiden que sube del bar cargado de bolsas—. Qué bien que ya estáis despiertas.

—Buenos días —saludamos mi hermana y yo al unísono.

Nuestras miradas se cruzan y un cosquilleo en el estómago me recuerda el beso que nos dimos anoche, antes de quedarnos dormidos abrazados en el sofá.

—Joder, Ash, qué buena cara tienes. Cualquiera diría que…

—Eso mismo le he dicho yo. Anoche casi tuvimos que llamar a una grúa para llevarte hasta la cama.

—Aun así, mataría por un café bien cargado —apunta mi hermana que mira con deseo el interior de las bolsas que Aiden deja sobre la encimera de la cocina.

—Tus deseos han sido cumplidos. Papá Noel ha venido cargado de regalos.

Nos pasa un café a cada una de nosotras y un plato con galletas, del cual emana un intenso olor a canela.

—Vuestra hermana pequeña tiene una mano para la repostería que se nota a la perfección de quién la ha heredado.

Aisling y yo intercambiamos una mirada de estupefacción.

—¿Siobhan?

—Si no tenéis otra hermana pequeña más, diría que es la misma.

—No sabíamos que se dedicara a hacer repostería —confiesa Ash con la boca llena y los ojos abiertos como platos—. Oye, pues esto está de muerte.

—Me consta que lo hace solo en sus ratos libres, aunque alguna vez le he comentado que se podría dedicar a ello si quisiera. No me gustaría perder a una de mis mejores empleadas, pero sé que Shiv tiene mucho potencial para desperdiciarlo detrás de la barra de un bar.

No le falta razón, siempre pensé que podría destacar en lo que ella quisiera. Es solo que necesitaba tiempo para poner en orden sus ideas y nos sorprende gratamente que por fin haya encontrado algo que le entusiasma y a lo que poder dedicarse en el plano laboral.

Con el runrún de la revelación de fondo, seguimos charlando durante media hora más y nos despedimos de Aiden para volver a casa. La abuela tiene que estar poniendo el grito en el cielo de las horas que son. Y es que, aunque llevemos años sin dar explicaciones de cuándo entramos y salimos de casa, mientras durmamos bajo su techo, se preocupa y nos trata de la misma manera que cuando éramos adolescentes.

—Anoche nos besamos Aiden y yo —le confieso a Aisling que se ha llevado el resto de las galletas para engullirlas de camino a casa.

—Se veía venir, no veo la novedad —masculla con la boca llena.

—En serio, ¿no te sorprende ni un poquito? Después de todo, solo hemos sido mejores amigos desde pequeños.

—Él era tu mejor amigo, tú eres mucho más que su amiga.

—¿Qué dices, Ash?

—Sarah —se para en medio de la calle y me mira con gesto impasible—, todos los habitantes de Middleton conocen los sentimientos de Aiden hacia ti. Todos menos tú.

—¿Desde cuándo sabes eso?

—Desde que a él aún no le habían salido los primeros pelos del bigote.

Me esfuerzo por retrotraerme al pasado, pero en mi cabeza solo aparecen recuerdos de una bonita amistad.

—Eso no puede ser, yo estaba con Kevin por entonces y él era uno de sus mejores amigos.

Niego con la cabeza.

—Y te estuvo esperando pacientemente todo ese tiempo. Mejor dicho, no movió un dedo mientras estabais juntos, pero cuando las cosas se fueron apagando con Kevin en el último año de carrera…

—Nos besamos en aquella fiesta en la casa de Becca —confieso en voz alta tratando de dar una explicación plausible.

—Por fin, estabas soltera y él quería confesarte sus sentimientos, pero te marchaste a Nueva York cuando te dieron la beca.

—Y ahí se zanjó el tema… hasta hoy —resuelvo con un susurro apenas perceptible.

—Hablando de Becca, mira quién está ahí.

Nos acercamos hasta la plaza central donde una mujer atiende una llamada que intuimos que está relacionada con un asunto laboral. Cuando nos ve aparecer, abre sus ojos de golpe e informa a la persona al otro lado de la línea que la llamará más tarde.

—¡Sarah, Ash! Pero qué alegría veros por aquí.

Nos fundimos en un cálido abrazo con la que era una de mis mejores amigas de la juventud. Su rostro se ensombrece de repente y asimila la razón de nuestra inusual visita a casa.

—Siento mucho lo de vuestro abuelo. Hasta ayer por la mañana no llegué a Middleton, si no hubiera asistido al funeral.

—No te preocupes, vinieron casi todos los vecinos del pueblo.

Su ausencia aún me duele, así que compongo una media sonrisa forzada y trato de cambiar de tema:

—Oye, Becca, estás preciosa. Hace siglos que no nos vemos.

—Mira quién habla, tú estás espectacular. Si no estuviera ya con Mandy, te hubiera pedido matrimonio en cualquier momento.

Nos reímos al unísono. Siempre fue una persona muy directa.

—¿No me digas que al final acabaste con Amanda?

—Lo teníamos claro las dos —me enseña su dedo anular donde luce un radiante anillo de pequeños diamantes—, y no perdimos el tiempo en cuanto se legalizó el matrimonio igualitario por referéndum. Y, además, tenemos un pequeño terremoto de tres años.

Se gira para indicar con el dedo el lugar donde una cabeza llena de tirabuzones dorados sobresale por encima del tobogán.

—No puedo alegrarme más por vosotras. ¿Os mudasteis al final a Dublín?

—Sí, en cuanto salimos de la universidad. Me ofrecieron trabajo en una empresa tecnológica americana y nos va genial. Vivimos en las afueras en una casita con jardín, que apenas disfrutamos los

cuatro días al año que caen en verano en este maldito país —se burla con sorna—. Oye, pero cuéntame tú, que seguro que tu vida es más emocionante. ¿Cómo te va en Nueva York?

Vacilo durante unos instantes antes de contestar. Vivir en Estados Unidos no parece tan glamuroso comparado con la vida que tienen montada todos los antiguos amigos que dejé en Irlanda, así que trato de edulcorar la realidad.

—No me puedo quejar, la verdad. Un trabajo que paga bien, vivir en la ciudad que nunca duerme…. ¿Qué más se puede pedir?

Mi hermana, que ha permanecido callada hasta este momento, me mira de reojo sabiendo que estoy contando una verdad a medias.

—Cuánto me alegro. Oye, Aiden está preparando una cena de amigos en el *pub* pasado mañana. La solemos hacer todos los años después de Navidad para ponernos al día. Sé que no eres una entusiasta de estas fechas, pero no hace falta deciros que estáis las dos invitadas. —Me agarra con ternura del antebrazo—. Vendréis, ¿verdad? Ash, tú siempre fuiste una más del grupo, a pesar de la edad que nos separaba.

—Pues no lo sé seguro…

—Claro que iremos —me corta Aisling dándome un codazo en las costillas para que me calle.

—Perfecto, te pasaré todos los detalles. ¿Sigues conservando el mismo número?

Asiento sin ganas y asimilo que entre Aiden, Becca y mi hermana no me están dejando más opción que reencontrarme con mi amargo pasado. Ya no hay vuelta atrás, el choque de realidad está más cerca de lo que pensaba.

12

Grace’s bakery

La peste a alcohol que desprenden nuestros cuerpos contrasta con el aroma a crema pastelera que nos recibe al llegar a casa de la abuela. Toda la encimera, más la mesa de la cocina y el comedor están abarrotados de dulces decorados con motivos navideños.

—Jovencitas, pasad por aquí las dos antes de meteros a la cama —nos ordena la abuela desde los fogones sin mirarnos a la cara.

—Señora Callaghan, usted debería haberse dedicado a ser detective privado en vez de pastelera —suelta Aisling con sorna mientras nos acercamos por ambos lados a darle un beso en cada mejilla—. Sentimos llegar tan tarde, abu.

—¿Tan tarde o tan pronto? Porque ya es casi la hora de comer —nos reprende con la mirada—. Si no fuera por Aiden, que me ha llamado a primera hora para asegurarme que estabais bien, pero que no llegaríais hasta más tarde a casa, hubiera movilizado ya a toda la policía.

—La Gardaí tiene mejores cosas que hacer que andar buscando a dos jóvenes con resaca.

Aisling se encoge de hombros, amaga con coger un dulce de la bandeja y la abuela le da un manotazo para que se retire.

—Tengo dos nietas que son unas sinvergüenzas. Menudo ejemplo vais a dar a vuestra hermana pequeña.

Nos agarra suavemente de las orejas y nos da un tirón, como cuando éramos unas crías. La abrazamos por ambos lados y su sonrisa se ensancha hasta su máxima expresión. Incluso Cupcake aprovecha el momento y pasa por nuestro lado para rozarse con mi pierna.

—Por cierto, ¿dónde está Shiv? —pregunto con un cierto grado de preocupación por la forma en la que acabó ayer la cena.

—Ha madrugado para ir a preparar una tarta para el concurso de mañana.

—¿Qué concurso?

La abuela y Aisling se quedan de piedra y se giran hacia mí, ahogando una expresión de estupefacción. Hasta el gato parece no querer oír nada de lo que me tienen que reprochar, por lo que reprime un maullido y sale corriendo de la estancia.

—Abuela, ¿tú sabes si se le puede revocar a Sarah su pasaporte de Middleton?

—No lo sé con certeza, pero si de mí dependiera, no me temblaría la mano en hacerlo, por mucho que sea mi nieta —admite la abuela, soltando una carcajada amarga.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando?

—Dinos, por favor, que estás bromeando.

Niego con la cabeza y ambas dejan escapar un largo suspiro en señal de derrota.

—El concurso de tartas de San Esteban, la fiesta más importante del año. Más que la propia Navidad, más que San Patricio. El único día en el que viajan a Middleton miles de personas desde todos los rincones del país. Hasta *The Irish Times* nos ha dedicado la portada durante un par de años seguidos.

—No tenía ni idea de que fuera tan popular —confieso ojiplática por la vehemencia de sus respuestas.

La realidad es que mi mente ha borrado de un plumazo muchos detalles de mi pasado y, aunque me vienen a la memoria destellos de esta festividad, no recordaba su gran trascendencia.

—Abuela, habla con tu abogado, es hora de desheredar a tu nieta mayor. No merece llevar los apellidos de esta familia —finge una mueca de indignación y se cruza de brazos.

Qué exageradas son las mujeres de esta familia cuando se lo proponen.

—Cariño, sé que llevas muchos años viviendo fuera, pero como nieta de pasteleros, te ruego, por favor, que no vayas diciéndolo por ahí muy alto.

Mi abuela junta las palmas de las manos en el pecho y dibuja en su cara una sonrisa traviesa, tras lo cual se gira para comprobar la siguiente hornada de galletas.

—Me marcho ahora porque tengo sueño y quiero echar una cabezadita —añade mi hermana—, pero esto no va a quedar así, Sarah O'Hara. Qué vergüenza para esta familia. ¡Qué vergüenza!

Sube las escaleras echando improperios por la boca y se me escapa una risotada. Agito la cabeza y me levanto de la silla para despedirme también de la abuela.

—Voy a ver qué hace Shiv.

—Sarah, cielo. Ten paciencia con ella. Es una buena muchacha, pero necesita espacio y recuperar su confianza.

Asiento y me dirijo hacia la antigua panadería. Toco con los nudillos en la puerta, pero no recibo respuesta, así que, al verla entornada, la empujo suavemente y accedo al interior.

Un halo de nostalgia me sobreviene al recordar episodios de mi infancia entre los pasillos del antiguo local. El olor a harina de trigo se cuela por todos los recovecos de la estancia, mientras que el merengue endulza el ambiente para hacer salivar a cualquier visitante. Examino con ternura el enjuto local y la sonrisa de mi abuelo se hace más presente que nunca tras el mostrador.

Añoro tanto los productos que elaboraban mis abuelos con sus manos, que, en los años que llevo viviendo en el extranjero, apenas he probado un pastelito o un trozo de pan. A excepción de aquel viaje a París con la familia, hace un par de veranos, donde nos dejamos llevar por los manjares de la repostería francesa. Sin embargo, jamás dejamos de asegurar frente a mis abuelos que, como los de esta panadería, no existían otros iguales en el mundo entero.

Según cruzo la cortina que me lleva a la trastienda, un fuerte olor a licor de Baileys me invade de nuevo. Juro que no volveré a beber nunca más.

«Ya, claro, como las últimas veinte veces que te has prometido lo mismo», me recuerdo a mí misma.

—Hola, Shiv.

Se nota que está concentrada en lo que está haciendo porque da un respingo en el sitio y se gira para comprobar de quién proviene la voz.

—Casi me matas de un infarto —me reprocha mi hermana pequeña llevándose una mano al pecho.

Vaya, no empezamos con buen pie.

—Perdona, no te quería asustar. ¿Qué estás haciendo?

—Una tarta.

—¿Para el concurso de mañana?

—Ajá —responde escueta.

—Tiene muy buena pinta. Si sabe tan bien como huele…

—¿Qué quieres, Sarah? —Su tono de voz distante denota que sigue enfadada.

Doy un largo suspiro y me acerco hasta ella para tratar de tener una conversación de hermana mayor a hermana pequeña.

—Shiv, estoy preocupada por ti.

—Vaya, eso es nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Que pensaba que no te importábamos las personas que vivimos aquí —confirma lo que ya intuía.

—¿Cómo puedes decir eso? Claro que me importáis. Sois mi familia.

Le quito la manga pastelera de la mano, pese a sus protestas, y alzo su mentón para que me mire a la cara.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué estás así desde que llegué?

—No es nada.

—Ya…. y la manera en la que te marchaste ayer de la cena deja entrever que claramente «no es nada» —sentencio, y de mis labios se escapa una risa amarga.

—Tengo que matizar los bordes de la tarta para dejarla reposar el tiempo suficiente antes del certamen. Déjame acabar, por favor.

—Cuando antes hablemos, antes podrás continuar con lo que estás haciendo.

—Ya no tengo diez años, Sarah. No me sigas echando la bronca como cuando vivías en casa.

Un silencio se instala entre nosotras, solo interrumpido por las íntimas notas de *Same questions* del cantante Max McNown de fondo.

—Así que es eso, me echas en cara que ya no vivo aquí. Pero hace ya casi una década que me fui, ¿qué ha cambiado ahora?

Deja escapar un largo suspiro y amaga con responder, pero las palabras se quedan atascadas en su garganta.

—Shiv, estos días le he estado dando muchas vueltas a la idea de volver a casa.

—¿En serio? —Se gira y veo un gesto de sorpresa en su cara. Asiento logrando captar su atención.

—Solo quiero que sepas que no me marché de aquí para alejarme de vosotras ni de los abuelos. Todo lo contrario: erais lo único que me retenía aquí, pero… —trago saliva y me humedezco los labios— necesitaba poner distancia de este lugar, de los recuerdos dolorosos de papá y mamá, de mi pasado con Kevin. Quería saber lo

que era empezar una vida de cero, sin la sombra de la pesadumbre que nos persigue en este sitio.

—¿Y no pensaste en nosotras? Yo apenas era una cría y no entendía por qué otra persona de mi vida se marchaba sin mirar atrás.

Sus ojos vidriosos manifiestan un profundo pesar.

—Lo sé y no había día que no me arrepintiera de dejaros aquí. —Mi voz se resquebraja por completo—. Al principio fue algo temporal. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que en Nueva York era una persona totalmente anónima. Nadie me conocía ni sabía nada de mi pasado. Es más, me encontraba rodeada de gente con historias probablemente mucho más duras que la mía y sentía que así pasaba desapercibida. En Middleton, por el contrario, todavía había personas que nos seguían mirando con lástima a las tres *huerfanitas*.

—Hace tiempo que eso quedó atrás, Sarah. Ahora, cuando los habitantes de este pueblo se refieren a esta familia, les viene a la mente el olor a pan recién horneado, las galletas de jengibre de la abuela o la tarta de frutas que sigue arrasando. —Alza sus manos para mostrar los restos de la antigua panadería de mis abuelos—. Nos recuerdan como un dulce que les alegra el día y no como los restos de una fruta pasada por los que sienten pena.

—Tienes razón, me he dado buena cuenta de ello durante estos días —esbozo una media sonrisa—. Este pueblo ha cambiado. Y espero que no sea solo por la magia de la Navidad que vuelve locos a sus habitantes.

Nos reímos por las locuras que hacen nuestros vecinos en esta época del año y una cálida sensación se asienta en mi estómago al verla contenta por primera vez.

—Oye, siento lo que te dije el otro día en la cena. No pretendía hacerte daño. Es solo que… ahora que no está el abuelo, siento que cada vez me queda menos tiempo también con la abuela y… me da miedo quedarme sola.

—Nunca estarás sola, Shiv. Nos tienes a Aisling y a mí. Nada ni nadie nos va a separar.

La cojo de la mano para atraerla hacia mí y nos fundimos en un emotivo abrazo. No importa que tenga las manos llenas de harina y azúcar, porque no hay sensación hogareña más cálida ni mejor regalo navideño que un abrazo de mi hermana pequeña.

13

El concurso de tartas

El día de San Esteban es festivo en Irlanda. Cuenta la leyenda que esta celebración surgió de la necesidad de prolongar la Navidad, ya que muchos familiares emprendían largos viajes para reunirse en estas fechas con sus seres queridos y, de paso, aprovechar las sobras de comida del día anterior.

Y si en cualquier lugar el periodo festivo se alarga hasta Año Nuevo de manera irremediable, en Middleton puede llegar incluso hasta mediados de enero debido a la devoción que el pueblo siente por esta fiesta. No se escatima en dinero ni esfuerzos, porque todos los habitantes arriman el hombro para que estos días las calles se engalanen con sus mejores ornamentos, atrayendo así a turistas de todos los rincones de Irlanda.

Los comercios del centro permanecen cerrados hoy, aunque la fiesta se ha trasladado a las afueras donde las cuadrillas de jóvenes transitan por las calles disfrazados y cantando mientras piden dinero, como manda la tradición local.

—Este es mi día preferido del año. ¿Has visto lo precioso que ha quedado todo?

Asiento con la cabeza, sin responder a Aisling, y me acerco a un puesto de chocolate caliente para fotografiar su ostentosa

decoración. Le pedimos dos vasos para llevar y la mujer los corona con unas nubes de caramelo que flotan sobre la superficie.

—Había olvidado lo felices que éramos de pequeñas cuando llegaba este día.

Creo que esta fue una de las razones por las que los abuelos nos convencieron de quedarnos definitivamente con ellos en Middleton, tras el fallecimiento de nuestros padres. No es que tuviéramos otra opción, pero se empeñaron en hacer de la Navidad una época que nos recordara que todavía existían razones para sonreír.

—No sé cómo a la gente le gusta tanto ir a Londres o a Nueva York en estas fechas cuando existe Middleton en el mapa —exagera Ash que disfruta como una niña de este día.

—Me encanta el encendido del árbol de Navidad del Rockefeller Center y patinar sobre la pista de hielo, pero el presupuesto que tienen las ciudades grandes no es comparable al cariño y mimo que ponen los vecinos de este pueblo.

—Y que lo digas. Mira —señala con el dedo—, ahí están Siobhan y la abuela con el jurado. Vamos a acercarnos para ver cómo van. Aunque ya sabemos que Grace siempre será la ganadora —esboza una sonrisa traviesa.

No me sorprende que la mejor tarta del concurso haya sido siempre y será la que elabora mi abuela. Mi hermana me cuenta que llegó un cierto punto del certamen en el que el Comité de Fiestas creó un nuevo premio honorífico que siempre le otorgan a ella. Por ello, la yaya, muy humildemente, se ofreció a salir de la competición para no interferir en la lista de los posibles ganadores. Sonrío ante la anécdota por el orgullo que profeso por esa mujer.

Este año, Siobhan se presenta por primera vez. Parece que han surgido comentarios de vecinos de otros pueblos aledaños que

acusan a Grace de elaborar la tarta para ayudar a su nieta a ganar. Aun así, tanto los miembros del jurado como los habitantes de Middleton se han unido en una piña para desestimar esa polémica y apoyar a mi hermana pequeña como una concursante más.

De hecho, me consta que Shiv se ha empleado a fondo en crear un pastel original y se ha esforzado el doble, e incluso el triple, por quitarse ese estigma social. Las caras de satisfacción de los catadores oficiales lo corroboran cuando prueban un pedacito de cada tarta y se miran entre ellos con cara de complicidad.

—Apostaría todo mi dinero a que este año vuestra hermana pequeña se lleva el premio gordo —dice una voz familiar mientras se acerca y reconozco al hombre con el que charlé el otro día en el *pub* —. Tiene una pinta tremenda desde aquí.

—No me extraña, ha aprendido de la mejor.

Le sonrío con educación. Trato de mostrarme amable al considerar que es una conexión del pasado de mi madre que aún sobrevive y de la que me gustaría saber más; aun así, apenas conozco a este hombre y su presencia me suscita dudas.

—Perdona mis modales, no me presenté el otro día. Soy James.

—Encantada. Yo soy Sarah, pero eso ya lo sabes —aclaro recordando cómo mencionó mi nombre en el bar.

Nos quedamos en silencio y alzo la vista hacia los miembros del jurado que están a punto de terminar y se reunirán para evaluar los resultados. El resto de las porciones sobrantes se venderán entre los visitantes de la feria y el dinero recaudado se destinará a causas sociales. Este año me ha parecido ver que será para una asociación contra la violencia de género que ha proyectado la construcción de viviendas sociales a las afueras de Cork.

Cuando los vecinos de este pueblo se reúnen para una buena causa, no hay nadie que les gane por su corazón y solidaridad.

Mi abuela se hace a un lado y charla con Caroline, la madre de Aiden. Examino de lejos sus rostros que noto cómo se ensombrecen al mirar hacia donde estamos. No logro discernir lo que están hablando, pero las palabras de James me interrumpen para despedirse y alejarse de mí.

—Que tengas un buen día, Sarah.

—Igualmente.

Hace un rato que Aisling se ha alejado para conversar con una antigua amiga de la adolescencia, así que aprovecho para seguir sacando fotos. Ajusto su luminosidad, contraste y brillo con una aplicación de edición de imágenes para después subirlas a mis redes sociales. En apenas unos minutos, la foto consigue cientos de *likes*. Me sorprende su repentino alcance, ya que habitualmente apenas son algunas decenas de amigos y conocidos los que suelen presionar el corazoncito. Y entonces me percato de que la revista de viajes para la que trabajo como contable la ha compartido en sus *stories*, reportándome nuevos seguidores en unos instantes.

Soy consciente de que mi amiga Rachel, que tiene un lío con el *community manager* de nuestra empresa, ha tenido algo que ver en esto. Y es que ella siempre insiste en que potencie mi afición a la fotografía para convertirla en algo más, pero he de confesar que el síndrome de la impostora me visita con demasiada frecuencia. Además, ya tengo un trabajo como contable que, aunque no sea el de mi vida, pega con mi personalidad cuadriculada y paga las facturas cada mes, que al final es lo que cuenta. ¿Qué más podría pedir?

—Pero bueno, si al final mi hermana mayor va a ser una superestrella de la fotografía. No me lo puedo creer —exclama

mirando cómo sube el contador de seguidores en mi perfil social—. Si al final vas a superar hasta a la mismísima Selena Gómez.

—Ni en sueños... Ya sabes cómo son estas cosas: llamas un poco la atención y a los quince minutos ya se han olvidado de ti, o de las fotos, mejor dicho —matizo restándole importancia.

—Oye, prométeme que, cuando seas famosa, me presentarás a algún cantante de *country* buenorro de esos que tenéis en América.

—Déjate de famosos, tú lo que necesitas es a alguien más terrenal.

—¿Te he contado alguna vez cómo, gracias a mí, Harry Styles se hizo famoso?

—Unos tres millones de veces.

—Tú te ríes, pero él no estaría donde está hoy si no fuera por mí.

—¿Me vas a contar otra vez cómo el destino quiso que vuestros caminos se cruzaran? —Pongo los ojos en blanco—. Bueno, para qué pregunto, si me lo vas a contar igual…

—Yo era una joven inocente e inexperta, pero con muchas ilusiones y una preciosa sonrisa que conquista a cualquiera. —Mueve las cejas arriba y abajo varias veces.

—Si tú lo dices…

—No me interrumpas —me reprende con gesto serio y no puedo evitar reírme—. Estaba inquieta pero emocionada porque era mi primer día en la discográfica y quería causar la mejor impresión.

—Vete al grano, si total no me queda otra que tragarme de nuevo la historia.

—Solo puedo decir que la mejor decisión que ha tomado mi empresa, en su casi medio siglo de vida, ha sido mi contratación.

—No sé qué sería de todos esos artistas que han saltado a la fama sin ti. Quizá hoy nadie conocería a los Beatles —ironizo, aunque sé que es una gran profesional y ha catapultado a la fama a varios artistas internacionales.

—Tú te ríes, pero si yo no hubiera estado en ese momento en la recepción y no le hubiese cedido el paso a Harry Styles antes que yo, puede que hoy no hubiera llegado adonde está.

—Creo que los One Direction tuvieron algo que ver…

—Oye, ¿crees que todavía se acuerda de mí? Sería un buen momento para pedirle un aumento a mis jefes por mi proactividad.

La abrazaría y mataría a partes iguales.

Lanzo un largo suspiro y la dejo hablando sola mientras sigo caminando.

14

El reencuentro

Mi estancia en Irlanda va llegando a su fin, sin embargo, he conseguido alargar unos días más las vacaciones y he cambiado el billete de avión, a pesar de haber desembolsado un pastizal. Maldigo de nuevo estas fechas, aunque en esta ocasión ha valido la pena, y temo el día que tenga que hacer las maletas y despedirme de mi abuela y hermanas una vez más.

Pese a mis reticencias iniciales, Aisling me convence para ir a la cena que mi antiguo grupo de amigos organiza por estas fechas. Becca le extendió la invitación también a ella y me tranquiliza saber que Ash estará a mi lado para la ocasión. Entre Aiden y mi vieja amiga han organizado todos los preparativos y no quiero dejarlos en la estacada una vez más, especialmente cuando hace diez años que no veo a la mayor parte de la pandilla. A decir verdad, tengo ganas de encontrarme con ellos. Con todos excepto… con esa persona que me obligó a tomar la decisión de marcharme para siempre de mi hogar.

Camino más callada de lo normal, un detalle que mi hermana percibe enseguida, y agradezco que me conceda un margen de espacio para prepararme mentalmente para lo que se viene. Supongo que intuye lo que me ocurre, aunque la realidad es que solo esa persona y yo sabemos lo que sucedió las últimas semanas de mi estancia en Middleton una década atrás.

Mi silencio lo ocupa Aisling, que no para de contarme anécdotas de su vida en Londres mientras nos dirigimos al *pub*. Según abro la puerta de madera, la sonrisa de Aiden me da una cálida bienvenida tras la barra. Solo con ese pequeño detalle, los músculos de mi cuerpo ya comienzan a relajarse. No nos hemos visto desde el beso de la otra noche, y siento que no puedo dejar pasar la oportunidad de hablar de nuestros sentimientos —aunque ni yo misma tenga del todo claros los míos—, para evitar cualquier malentendido antes de mi marcha.

Percibo unos murmullos a lo lejos y me encuentro con las miradas indiscretas de Jess y Jenna, que cuchichean desde una esquina del bar. Ninguna era parte del grupo como tal en el instituto. Las dos tienen unos años menos que yo y compartían pupitre con mi hermana. Aunque, según he oído, desde que Kevin y Jess comenzaron a salir, no dejan de apuntarse a todos los encuentros.

Nunca simpaticé con ellas cuando íbamos al colegio. Se notaba desde lejos que su popularidad era razón suficiente para aplastar a cualquier compañera de clase como si se tratase de una hormiga. Son el tipo de personas cuya personalidad atrae enseguida cuando eres joven; sin embargo, al crecer y enfrentarte al mundo real, abres los ojos y te das cuenta de que simplemente son un pequeño grano de arena insignificante, comparado con el vasto mundo que nos espera ahí fuera.

Mientras hablo con Aiden, veo a Kevin salir del baño y, sin quitarme un ojo de encima, regresa a su sitio, que casualmente está a mi lado, frente a una pinta de Guinness mediada.

—Hola.

—Sarah… —balbucea—. Me dijeron que ibas a venir a la cena, pero no las tenías todas conmigo.

—Sí, he vuelto para el funeral de mi abuelo. —Mi voz se quiebra.

—Lo siento. Conor era un buen hombre.

—Lo era —asiento y observo cómo mi exnovio trata de mirar detrás de mí, como si buscara algo o a alguien.

—¿Has venido sola?

—No, me ha acompañado Ash. —La señalo mientras charla y toma una copa de vino con Becca y Amanda en una mesa del fondo.

—No, me refiero a… si has venido sola de Nueva York. Es allí dónde vives ahora, ¿no?

—Sí y sí —respondo con sequedad sin saber dónde va a parar con este interrogatorio.

—¿Y entonces él no te ha acompañado?

Dudo unos segundos mientras trato de discernir a quién se refiere en masculino y ato cabos enseguida. Simplemente no lo sabe y no tiene por qué saberlo. Niego con la cabeza y le confirmo que no hay nadie en mi vida.

Lo entiende. Me dedica una sonrisa triste, aunque veo un pequeño brillo de esperanza en sus ojos. La misma sensación agridulce que sentí al escapar de Middleton hace diez años.

Kevin traga el líquido negro que queda en su jarra de golpe. Pensé que había dejado la bebida, pero se ve que sus problemas de alcoholismo no han desaparecido. Están más presentes que nunca, porque sigue siendo su única manera de afrontar todas las mierdas con las que tiene que lidiar en su vida. Ya lo hacía entonces, cuando estábamos juntos, y puedo intuir que la rehabilitación a la que se ha sometido no le ha servido de mucho.

—¿Quieres tomar algo?

Agradezco que Aiden nos interrumpa, porque, de no ser así, empezaría a sentir que mis ganas de salir corriendo de aquí sin mirar atrás crecen sin control.

—Ponme una copa de vino, por favor.

—A mí ponme otra birra —ordena Kevin con un tono de voz autoritario.

—No son ni las seis de la tarde. Creo que has bebido bastante por hoy.

—¿Me vas a decir a mí cuánto es demasiado y cuánto no? ¿Te pones chulito ahora que ella está delante otra vez?

Se levanta del taburete para arremeter contra Aiden, pero el efecto del alcohol se deja entrever en sus movimientos precipitados, y se aferra a la barra del bar como puede.

Sus gritos han llamado la atención de todos los presentes y los murmullos del fondo se han silenciado para volverse y averiguar qué está pasando entre ellos dos. Jessica se acerca para intentar agarrarlo del brazo, pero este le da un manotazo y le lanza una mirada de desdén.

Siento un poco de pena por ella. Podría haber sido yo… si mi relación con él no se hubiera roto en mil pedazos, justo cuando entré en la habitación y los pillé teniendo sexo oral sobre el escritorio de la casa de Becca.

—Será mejor que nos vayamos a casa —sugiere su mujer y me dedica una mueca llena de compasión.

—Tú no me digas adónde tengo y no tengo que ir. —Se suelta de su amarre y, tambaleándose, se dirige hacia la puerta de salida—. Me voy a otro sitio donde quieran mi dinero. —Escupe en el suelo del *pub* con asco y de dos zancadas sale al exterior.

Jessica se disculpa con Aiden, en un detalle que él le resta importancia, y sale tras su marido de allí. Jenna esboza una sonrisa complaciente y, sin añadir nada más, sale detrás de ellos de manera sigilosa.

—Vaya, no me esperaba que la cena de esta noche viniera con espectáculo incluido —admite Aisling en voz alta y levanta la copa de vino para proponer un brindis, relajando así la tensión que se ha generado en el ambiente.

—¡Por la generación del 93! —exhala Becca, que se acerca al grupo con su mujer agarrada de la cintura.

—Y por la del 97 —añade mi hermana—, que menos mal que estoy yo aquí como representación, si no… —Pone los ojos en blanco en referencia a sus excompañeras de clase que acaban de salir del bar.

La cena marcha mejor de lo que esperaba. Degustamos unos entrantes y un plato principal, mientras nos ponemos al día de nuestras vidas. Me alegra saber que a la mayor parte de nosotros no nos ha tratado mal la vida. Algunos han permanecido en Middleton, como Aiden o Tim. Otros se han mudado a Cork, como Rob que entrena al equipo de fútbol gaélico del instituto y Kirsten, su mujer, que es guía turística en una reconocida empresa europea. Además de Becca, que reside en la capital, como ya me había comentado, Anna vive en Swords, cerca del aeropuerto, donde trabaja como auxiliar de vuelo para una conocida aerolínea nacional.

Puedo sentir una cálida complicidad entre ellos, pese a que no estén en contacto la mayor parte del año. Aun así, me cuentan que aprovechan este encuentro navideño como una tradición que marcan como ineludible en el calendario. Siento una cierta envidia de las bromas internas que ya tienen entre ellos. Incluso Aisling, que también viene todas las Navidades, se ríe con sus comentarios.

Soy la única que no sabe qué ha sido de la mayor parte de mis antiguos amigos y, en parte, no puedo evitar sentirme al margen. Ellos no tienen la culpa de que yo me alejara para siempre, y aun así siento la necesidad de enmendar también con ellos mis errores.

La lista se va haciendo cada vez más grande. No he sido consciente de todas las personas a las que, de una u otra manera, rompí el corazón, hasta que llegué aquí. No me queda mucho tiempo en Middleton, pero estoy dispuesta a poner mi granito de arena para intentar cerrar las cicatrices del pasado.

15

La confesión

Las agujas del reloj han llegado a la medianoche. El tiempo ha pasado volando entre bromas, confesiones y anécdotas del pasado. Agradezco que me hayan tratado como si el tiempo no hubiera transcurrido. Nadie me ha lanzado ningún reproche por mi ausencia; todo lo contrario, me han arropado y hecho sentir como en casa una vez más.

Aiden propone continuar la velada en su casa. El *pub* se encuentra en el centro de Middleton y, después de las doce, cierra para no molestar a los vecinos. Aisling decide marcharse a casa, aduciendo que se encuentra cansada. Aunque creo que lo ha hecho más para asegurarse de que, finalmente, me sintiera a gusto con mis amigos y así cederme un espacio a solas con ellos cuando me encontrara más aliviada. Parece que hoy sea ella la hermana mayor y esté cuidando de mí, pero lo cierto es que lo hacemos mutuamente. Ahora siento más que nunca por dentro el concepto de «hogar».

Becca, Amanda y yo vamos con Aiden en su coche, mientras que Rob y Kirsten nos siguen detrás con el suyo. Su casa se encuentra a orillas del río Lee, que desemboca en el mar. Apenas son diez minutos de trayecto, pero en cuanto llegamos me quedo anonadada con el precioso barrio residencial que están levantando a las afueras.

Recuerdo de pequeña cómo esa zona era tratada como el retrete industrial del condado. La polución de las fábricas y los residuos tóxicos se aglutinaban en ese vertedero al que nadie quería acercarse. Me alegro de que le hayan dado un lavado de cara a la zona y ahora sea una preciosa ribera con casitas unifamiliares, algunas de las cuales cuentan incluso con sus propios embarcaderos individuales.

—Bienvenida a mi hogar.

Aiden posa su mano en la zona baja de mi espalda y me alienta a entrar. Un hormigueo me recorre todo el cuerpo cuando me mira con esa sonrisa que hace resaltar las arruguillas de sus ojos.

Debo de ser la única que pisa un pie en esta casa por primera vez porque el resto se mueve por aquí como pez en el agua. Todos se dirigen directamente al porche cubierto que da al río y se acomodan en los sofás, mientras Aiden enciende la chimenea para mitigar la sensación gélida que se cuela desde el humedal.

—¿Qué queréis tomar? —ofrece el anfitrión.

Me quedo absorta, observando los farolillos que cuelgan de las vigas de madera y que iluminan delicadamente toda la estancia, pero me giro para preguntar:

—¿Tienes *ginger-ale*?

Necesito dejar de comer y beber durante estas Navidades o volveré a Nueva York con cinco kilos más.

Ayudo a Aiden a traer todas las bebidas al exterior y nos acomodamos en el sofá que nos han dejado libre. Las dos parejas están acurrucadas respectivamente en cada lugar y la atmósfera de intimidad se acrecienta por momentos. Me tapo con la manta que me ofrece Aiden y charlamos los seis como en los viejos tiempos.

A excepción de Amanda, que creció en Limerick, los demás nos conocimos en el colegio donde estudiamos juntos. Kevin, Rob y Aiden, además de Kirsten, Becca y yo éramos inseparables y la nostalgia nos retrotrae al pasado cuando Rob comenta:

—Pensé que la antigua pandilla no se reuniría de nuevo, pero parece que estamos más cerca de conseguirlo.

—Cómo he echado de menos estos momentos —añade su mujer y todos sonreímos con añoranza.

—Casi toda… —matiza Becca—. Kev está presente en el pueblo, pero parece que lleva perdido demasiado tiempo. Me da mucha pena verlo tan alicaído y pensaba que con el nacimiento de su segunda hija iba a levantar cabeza, aunque se ve que no tiene la menor intención…

—Nunca fue el mismo desde la lesión. Cuando jugábamos en el instituto, siempre supe que él sería la estrella. Despuntaba en el campo como el que más y el resto éramos simples aficionados a su lado —sonríe Rob hundiendo los recuerdos en el pasado.

—Siento que te marcharas a Nueva York, Sarah, porque perdimos el contacto durante mucho tiempo —apunta Kirsten—, pero en realidad me alegro de que te alejaras de él por cómo podrías haber acabado.

—Es normal, después de lo que pasó con el embarazo, como para no hacerlo… —revela su marido a su lado y en cuando se da cuenta de sus palabras, se lleva una mano a la boca y me mira con gesto de horror.

—¿Embarazo? ¿De quién? Jess no estaba embarazada por entonces… —pregunta Becca y el silencio inunda el escueto espacio del porche.

Aiden, que ha permanecido callado hasta este momento, ladea la cabeza y se queda mirándome fijamente a los ojos, mientras un gesto de desconsuelo comienza a reflejarse en su cara.

No me puedo creer que este secreto esté saliendo a la luz de la manera más inoportuna. Pensé que solo Kevin conocía esa información, pero veo que ni siquiera pudo mantener su bocaza cerrada y tuvo que contárselo a su amigo Rob.

La tensión entre nosotros se vuelve casi palpable y el silencio que sigue a la confesión pesa más que cualquier palabra. Rob no deja de mirarme y pronuncia en silencio las palabras «lo siento» con su boca. El resto del grupo, incluida Amanda —desconcertada por su escaso conocimiento de nuestro pasado—, clava sus ojos en mí a la espera de una explicación.

—Ha pasado mucho tiempo desde aquello y creo que es hora de contaros la verdad. Os merecéis que os explique todo lo que pasó —susurro.

Veo de reojo el gesto de Aiden, que pierde su mirada en un punto infinito del río. Me duele en el alma no habérselo contado a él desde el principio.

Los cuatro pares de ojos restantes me observan con atención y siento que me voy a romper en mil pedazos de un momento a otro. Becca, que la conozco lo suficiente como para saber que jamás me juzgaría por mi pasado, se acerca a mí y posa su mano sobre mi rodilla para animarme a continuar.

—Estaba terminando los últimos exámenes de la carrera. Tenía casi tenía todas las notas ya, y uno de mis profesores me mandó el formulario para solicitar una beca de verano en Nueva York.

Hundo los ojos en el pasado y, pese a que he tratado de borrar algunas de esas escenas, la secuencia de los hechos de aquellos días se me presenta más clara que nunca.

—Me empecé a encontrar mal, aunque supuse que se debía al agotamiento de las largas jornadas de estudio. —El silencio se agudiza en el ambiente—. Aun así, sabía que algo no marchaba bien y, como llevaba un retraso de un par de semanas en el periodo, decidí hacerme una prueba de embarazo que, muy a mi pesar, resultó positiva.

Nadie dice una palabra. Nadie respira. Tan solo percibo mi ritmo cardiaco golpeándome con un mazo por todo el cuerpo.

—Kevin y yo no estábamos en nuestro mejor momento. Faltaba a los entrenamientos, a las sesiones de fisioterapia y ya por entonces se refugiaba en el *whisky* para ahogar sus penas. No sabía qué hacer. No quería cargarle con un peso más, pero era mi novio y necesitaba compartir el peso de la carga con la otra persona responsable.

—Cariño, ¿cómo no nos dijiste nada a nosotras? —Kirsten se lleva la mano a la boca y me observa con un gesto lastimero—. Te hubiéramos ayudado.

—Lo sé, pero estaba tan asustada que no sabía a quién recurrir. Mis hermanas eran todavía muy pequeñas y mis abuelos tenían demasiadas responsabilidades, además de la panadería y de nosotras tres. Así que se lo conté a Kevin y no recibió la noticia de la mejor manera. Me dijo que no quería saber nada de eso, que me deshiciera de él, que no podía cargar con nada más así en su vida…

—¿Deshacerte de él? ¿En Irlanda? Por entonces el aborto estaba todavía ilegalizado —apunta Becca y asiento recordando ese oscuro momento del pasado.

—No supe nada más de Kevin hasta el día de la fiesta en tu casa. Es más, daba la relación ya por terminada. Aun así, pensé que allí tal vez podría encontrarme con él y hablar de ello con más calma, pero lo encontré con Jessica en una habitación. No voy a

entrar en detalles, ya sabéis de sobra lo que ocurrió. Y fue entonces cuando mi mundo se vino abajo.

—¿Por eso te marchaste y no volviste nunca más? —me pregunta Aiden, que habla por primera vez, y asiento con temor.

Veo un mar de dudas reflejado en sus ojos, pero siento que esa respuesta le hace comprender episodios del pasado que nunca llegaron a quedar resueltos del todo.

—Al cabo de dos días, me confirmaron la beca, así que sin pensarlo hice las maletas y me marché a Nueva York. Allí era mucho más fácil interrumpir el embarazo... Con dinero casi todo es posible en Estados Unidos.

—Sarah…, siento haber desvelado tu secreto. —El arrepentimiento en el rostro de Rob parece sincero, y le hago un ademán con la mano para restarle importancia.

—Tenía que hacerlo, y pediros disculpas por haberme ido sin daros ninguna explicación. Erais mis amigos y no os merecíais que me marchara para no volver más. —Sonrío con tristeza—. Cuando acabé la beca y la empresa me ofreció un contrato, me planteé regresar, pero vi la oportunidad de empezar de cero sin tener que volver a enfrentarme de nuevo a los demonios del pasado. Así que finalmente decidí quedarme. Hasta hoy.

—Es comprensible; cualquiera en tu situación habría hecho lo mismo —manifiesta Kirsten, sentándose a mi lado y estrechándome contra su cuerpo, en un simple gesto que me transmite todo su apoyo.

—Gracias a vosotros, de verdad, por haber estado a mi lado y recibirme de nuevo como si no hubieran existido estos últimos diez años.

Siento que, tras esta conversación, remacho una fisura más de mi corazón y puedo seguir adelante. No obstante, Aiden permanece callado a mi lado, probablemente asimilando toda la información. Definitivamente, necesito una conversación a solas con él.

16

Segundas oportunidades

A pesar del clima enrarecido que se ha instalado tras la confesión, enseguida recuperamos la buena sintonía, y las bromas y el buen ambiente vuelven a fluir nuevamente entre nosotros. Para todos, menos para Aiden, que sigue con el ceño fruncido, en un detalle que no pasa desapercibido para nadie.

Rob anuncia que sale a echarse un cigarro y le pregunta al dueño de la casa si lo acompaña. Aiden jamás ha fumado —o eso creo—, pero tiene pinta de que ambos necesitan mantener una conversación a solas. Me alegra que sigan manteniendo su amistad, a pesar del transcurso de los años y de que cada uno haya tomado un ritmo diferente en su vida.

A las tres de la mañana, Rob y Kirsten anuncian que es hora de irse a casa, y Becca y Amanda aprovechan el viaje para irse con la pareja. Aiden me susurra al oído si me gustaría quedarme y, aunque ansío meterme en la cama y dormir hasta mañana, considero que deberíamos tener una conversación de todo lo ocurrido en este momento. Así que, después de ayudarlo a recoger las bebidas del porche, volvemos a tomar asiento en el mismo lugar para retomar la charla pendiente:

—¿Estás bien? —me pregunta mientras deposita dos vasos de agua sobre la mesa. Necesitamos estar sobrios para lo que se viene.

Lanzo un largo suspiro y alzo la cabeza para mirarlo de frente.

—La verdad es que… estoy perfectamente. Es como si me hubiera quitado una losa de varias toneladas de encima.

—Puedo imaginar. —Dibuja una sonrisa de medio lado en su rostro—. Oye, siento todo lo que tuviste que pasar entonces tú sola. No tenía ni idea. Éramos amigos y si lo hubiera sabido…

—Aiden…

—¿Sí?

—Nadie es responsable de lo que pasó entonces. Bueno, además de Kevin y yo, sobra decir…

—¡Menudo capullo! Cuando esta tarde te ha visto en el bar, al principio pensé que te preguntaba si tenías pareja. No daba crédito a que intentara flirtear contigo después de todo. ¿Para qué? ¿Para tener un lío de una noche mientras está casado y con dos hijas? —Compone una mueca de desprecio con su boca—. Y ahora me doy cuenta de que preguntaba por él, por ese hijo que nunca supo si tuvo o no, porque decidió desentenderse.

—Muchas veces me cuestiono qué habría pasado si hubiera seguido adelante con el embarazo.

—Habrías sido una madre increíble —posa su mano encima de la mía y la aprieta en señal de consuelo.

—Gracias, pero siempre pensé que, si algún día formaba una familia, sería algo premeditado: poder traer una vida a este mundo que sea fruto del amor entre dos personas, con un padre que no se despreocupara y que le ofreciera todo el amor que merece.

—Lo tendrás, algún día lo tendrás.

Le dedico una sonrisa cargada de tristeza y las dudas me acechan al instante. ¿Cómo pudo Rob saber antes que Aiden sobre mi embarazo? ¿Qué han hablado cuando han salido hace un rato a fumar?

—Oye, Aiden. Hay algo que no entiendo. ¿De verdad tú no sabías nada? Quiero decir, Kev y tú erais uña y carne en aquella época y me extraña descubrir que él se lo dijera a Rob antes que a ti.

Traga saliva y se humedece los labios. Antes de articular una palabra, se toma unos segundos tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Eso era al principio…. Mi relación con Kev llevaba ya un tiempo resentida.

—No tenía ni idea.

—Prácticamente, al mismo tiempo que la vuestra empezó a empeorar también.

Me sostiene la mirada y el silencio se agudiza entre los dos. Veo temor reflejado en sus ojos y me da pánico saber que hay más secretos escondidos de los que presentía en un principio.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Sarah, Kev y yo no teníamos mucha relación durante esa época. —Lleva su mano a la cabeza y se amasa el cabello—. ¿Recuerdas el día que estábamos de pícnic en la playa y los dos os pusisteis a discutir como locos?

—Cómo olvidarlo. Aquel día se había pasado demasiado con la bebida y se puso como un energúmeno cuando le dije que tenía la intención de hacer las prácticas en el extranjero durante el verano.

—Después de aquello, te marchaste a casa llorando. Me rompía por dentro verte así, eras mi amiga. —El brillo se borra de su mirada —. Odiaba que te tratara de esa manera, así que lo confronté y discutimos. Llegamos a las manos y me acusó de estar enamorado de ti, de que tenía envidia de él por su fama en el instituto, por ser una estrella del fútbol y por su relación contigo.

—Eso es ridículo. Estaba paranoico. ¿Por qué te acusaría de algo así?

—Porque de todo lo que dijo, había una verdad en todo aquello.

Parpadeo, con un gesto de sorpresa, y me yergo en el asiento.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál era?

—Que estaba enamorado de ti.

En el silencio que nos rodea, apenas se escucha nada más que el ritmo entrecortado de nuestras respiraciones.

—Vaya, no sé qué decir.

—¿No lo sabías? Pensé que alguien te lo habría contado ya o, tal vez, lo habrías averiguado por ti misma. Al fin y al cabo, parece que todo este maldito pueblo sabía desde siempre que estaba enamorado de ti.

«Oh».

—No tenía ni idea, de verdad, Aiden. Siento mucho haber jugado así con tus sentimientos la noche que descubrí a Kevin y Jessica juntos. Cuando salí de allí corriendo, estaba confundida, devastada. No sabía qué hacer ni qué pensar. Y te encontré allí... — Mis ojos se abren como platos—. Tú siempre has estado allí.

Por fin me doy cuenta de que siempre ha sido él. El que estaba en mis mejores y en mis peores momentos. Era mi mejor amigo y para él, yo era más que eso. Todo el mundo lo sabía, excepto yo. Menuda imbécil me siento.

—No, si alguien tiene que disculparse soy yo. Te encontré vulnerable en el jardín y, en vez de dejarte un hombro para que llorases todo lo que necesitaras, confundí mis sentimientos y te besé.

Hago un ademán con mi mano para restarle importancia, porque lo que para él fue una vulnerabilidad, para mí fue un pequeño gesto que me ayudó a mantenerme a flote.

—¿Sabes qué? —niega con la cabeza—; que aquel beso fue el mejor recuerdo que guardo de esos días. Si no hubiera sido por tu apoyo y por tu presencia, me habría derrumbado por completo.

—Sentía que estabas muy sola por entonces y solo quería tenderte una mano. Y entonces te marchaste y no entendí nada de lo que pasaba. Hasta hoy, que me has dado la última pieza del puzle para completarlo.

—Por eso te dije el otro día que no quería que pensaras que aquel beso tuvo algo que ver con mi marcha. De hecho, gracias a él, pude albergar algo de esperanza de lo que había dejado en Middleton. Fue de las pocas cosas que me hicieron levantar la cabeza y seguir adelante con mi vida.

—Me alegra saber, aunque sea diez años después, que fui un buen amigo para ti.

—Fuiste más que un amigo, Aiden —confieso sintiendo el rubor subir hacia mis mejillas—. Si me hubiera quedado aquí, las cosas podrían haber sido diferentes entre tú y yo…

—Nunca es tarde para las segundas oportunidades. —Juega con un mechón que me roza la mejilla y lo aparta detrás de la oreja—. Tal vez podríamos empezar de cero.

—Nada me gustaría más.

Clava su mirada en mis ojos y siento un vuelco en el estómago. Se acerca suavemente y me besa con anhelo, dejándome sin aliento. Un cosquilleo recorre todo mi cuerpo y, de repente, una descarga de recuerdos del pasado me atraviesa: escenas que compartimos en nuestra infancia y adolescencia. Rememoro la intensidad de cada mirada, su atención constante, la preocupación por mi bienestar y las tardes enteras en la panadería ayudando a mis abuelos, solo para pasar más tiempo a mi lado.

Un recuerdo que me enternece y aterra a partes iguales. Nada desearía más en este mundo que tener una segunda oportunidad con él, pero miles de kilómetros separan nuestras vidas. Pase lo que pase, presiento que el dolor regresará y que tendré que ponerme otra vez la coraza.

17

La *nouvelle cuisine*

Me despierto con una sensación agridulce en el estómago y, por un instante, la habitación me resulta difusa. Sin embargo, cuando me acurruco entre las cálidas sábanas e inhalo su aroma, reconozco cómo todo me lleva a él.

A través del gran ventanal, observo la ribera del río y la casa donde me he quedado esta noche a dormir. Bueno, mejor dicho, hace unas horas, porque después de los secretos y las confesiones, Aiden y yo acabamos comiéndonos a besos y haciendo el amor en su cama hasta que las primeras luces del alba nos han dado la bienvenida.

No puedo dejar de pensar, por la manera en la que me hace sentir, que me resultará difícil tener que volver a Estados Unidos dentro de unos días.

El aroma a café recién hecho y a tostadas emerge desde la planta baja. Me pongo una camiseta del equipo nacional de rugby, que sobresale del armario de Aiden, y bajo las escaleras descalza. El suelo calefactado le otorga un extra de calidez sin igual. Me encanta la decoración de todas sus plantas que, sin ser demasiado opulenta, le confieren una atmósfera hogareña que invita a mudarse a esta casa.

—Buenos días.

—Buenos días, preciosa.

Se acerca hacia mí con una sonrisa radiante en la cara y me besa en los labios.

—Qué bien huele. ¿Eso es para mí?

—Es lo único que tenía en la nevera. Normalmente, suelo almorzar en el bar. Tengo que pasarme a hacer la compra sin falta.

—Es más que suficiente.

—No sabía lo que te apetecía, así que acabo de poner también la tetera en marcha.

—Con un café suelo rendir toda la mañana, aunque ya que estás de cocinillas, no me podré resistir a tu plato estrella.

—Esto es solo el aperitivo. Si me dejaras, te podría cocinar hasta la comida y la cena.

—No suena mal, ¿quién podría resistirse a esta tentación?

—Espero que no estés hablando solo de mi cocina. —Nos reímos y me da una palmada en el trasero.

Me siento en la mesa y me sirve tres tostadas francesas a las que les pone un chorro de nata, frambuesas y espolvorea canela de Ceilán como decoración por encima. Un plato que, a simple vista, parece tan sencillo, puede convertirse, con un poco de mimo y atención, en algo tan delicioso como el mejor postre de un restaurante de alta cocina, como los que salen en mi revista.

Ya que tengo el móvil en la mano, le saco una foto para subirla más tarde a mis redes sociales. Los comentarios y las reacciones a las instantáneas no han dejado de crecer; especialmente a las que

muestran escenas del mercado navideño de Cork y Middleton, que se han llevado el premio a las más populares.

Aprovecho para enviar un mensaje a mi hermana Aisling y evitar que se preocupe por mi ausencia, aunque me responde que ya daba por hecho que me había quedado en el «hotel Gallagher» a pasar la noche, y me anima a que disfrute hasta más allá de la hora que el *check-out* me permita. Menuda granuja está hecha.

—En serio, no recordaba que en este país se comiera y bebiera tanto. Me voy a tener que poner a régimen cuando vuelva.

—Te creo, y la Navidad no ayuda, precisamente. Pero no necesitas ningún régimen, así estás perfecta. —Me estrecha contra su cuerpo y deposita un beso en mi pelo.

—Esto está de muerte. ¿Aprendiste a cocinar así en Belfast?

—Digamos que allí adquirí la base de la alta cocina con los mejores chefs y, desde que lo tuve que dejar, he ido perfeccionando por mi cuenta varios platos.

—E imagino que este tipo de comida no es la que más agrada a los clientes del *pub*… Sospecho que has intentado meter algún plato en la carta, pero los parroquianos de siempre te piden que les pongas el puré de patata y el estofado de siempre.

—¿Cómo lo sabes? —Me mira boquiabierto al reconocer que le he leído la mente.

—No te olvides que crecí en Middleton y conozco a los habitantes de este pueblo como si fueran mi propia familia. —Sonrío y veo cómo desfrunce su ceño—. Es una pena, porque estoy segura de que, en algunos lugares como Nueva York o Londres, los clientes pagarían una fortuna y matarían por estar en la lista de espera para degustar tus platos.

—Tampoco es mi intención. La hostelería es muy esclava y no me gustaría volver a esa dinámica. Aunque, no te voy a mentir, en ocasiones me nace la necesidad de ponerme frente a los fogones y dar rienda suelta a mi creatividad.

—¿Y qué te detiene?

Se queda unos instantes en silencio y relaja su espalda sobre el respaldo de la silla pensando en una respuesta.

—No sé, la verdad. Supongo que me he conformado con poner cervezas para continuar con el negocio familiar. No me he planteado nada más que hacer unos pequeños cambios en la carta, pero ni aun así veo que los clientes valoren este tipo de cocina.

—Puedes atraer nueva clientela o montar un restaurante nuevo. Algo pequeñito, modesto, con el que hacer realidad tu sueño. ¿O quieres estar toda tu vida viviendo únicamente del legado de tu familia?

Aiden coge los cubiertos para hincarle el diente a las tostadas, pero se queda ensimismado en un punto fijo, como si estuviera rebuscando en lo más hondo de sí mismo una respuesta. No demuestra que le parezca una tontería lo que le acabo de sugerir. Es más, creo que le está dando una vuelta en su cabeza. Nunca ha sido una persona de actuar por impulsos, pero creo que el plan que le estoy proponiendo puede tener viabilidad si lo enfoca desde la perspectiva correcta.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Sarah O'Hara? —Levanta una ceja y me dedica una mirada burlona.

Dios, había olvidado cómo ese gesto travieso en su cara me vuelve loca.

—¿A qué te refieres?

—Que llegaste a mi vida de pequeña para ser mi amiga, con veintidós años me diste el mejor beso que me dejó sin respiración, y ahora… me vienes a cuestionar cosas de mi trabajo y aficiones para romperme los esquemas por completo, justo cuando creía tenerlo todo bajo control.

—Lo siento, no pretendía…

—No, por favor. Ni se te ocurra sentirlo. Eres bienvenida a hacerlo tantas veces como quieras —ensancha aún más la sonrisa y se me desboca el corazón.

Arrastra mi silla hacia él y se aferra a mis caderas para alzarme y colocarme sentada a horcajadas sobre él. Siento su sexo despertarse para darme la bienvenida y cuando introduce su lengua en mi boca, noto una combustión en mi bajo vientre.

—Si me lo vas a agradecer de esta manera, estoy dispuesta a hacerlo cuando quieras.

Clava su mirada en mis ojos y la intensidad de sus enormes pupilas me penetra a través del alma.

—¿Sabes el tiempo que llevo esperando este momento? —Niego con la cabeza, aunque puedo imaginarlo por todas las confesiones que han salido a la luz. Aun así, guardo silencio porque estoy deseando que me lo diga a la cara—. Desde que te vi por primera vez en el pueblo una Navidad de hace mil años.

—Mmm, recuerdo ese momento. Por entonces vivíamos en Galway y veníamos aquí a pasar estas fiestas con mis abuelos —explico hundiendo mis ojos en los felices recuerdos del pasado—. Nuestras madres eran amigas del instituto y la casualidad dio que aquel día nos encontráramos en el parque tú y yo.

—Aisling era un bebé todavía que iba en el carro, pero tú… —se detiene un instante y abre mucho los ojos— llevabas un peto de

pana y dos trenzas recogidas en tu precioso pelo negro, a juego con tus ojos.

—¿Cómo puedes acordarte de aquello?

—Cómo olvidarme de ese día… Tampoco olvidaré jamás aquel en el que compartimos pupitre por primera vez en sexto grado, justo después de que te mudaras a Middleton. Fue ahí cuando me di cuenta de que tu sonrisa y el brillo de tus ojos habían desaparecido desde que te vi en el parque por primera vez. En ese instante me prometí a mí mismo que estaría a tu lado para ayudarte a recuperar, aunque fuera al menos, una mínima parte de esa niña risueña a la que conocí.

—Y lo conseguiste. Me presentaste a tus amigos y me incluiste en tu grupo para hacerme sentir como una más.

Solo ahora me doy cuenta de que hizo mucho más que eso.

—No pude borrar todo el dolor que llevabas dentro, pero sabía, en el fondo de mi ser, que volvería a sacarte la sonrisa más preciosa que había visto en mi vida.

18

La residencia

Otra de las tradiciones que hacen que vuelva a recuperar el amor por este pueblo es la solidaridad que existe entre sus vecinos. Cada final de mes, los habitantes de Middleton organizan una merienda especial en la residencia de ancianos para hacer compañía a los más veteranos.

Aiden me explica que su familia es la encargada de preparar los aperitivos y las bebidas, mientras que mi abuela y Siobhan se ocupan de la repostería que hace las delicias de todos los visitantes. Mary, la dueña de la floristería, decora la sala y el porche del centro de ancianos con sumo detalle, y el resto de los vecinos se suman a los preparativos para que este día resulte un poco menos solitario para nuestros mayores.

Llegamos con antelación, cargados de bandejas llenas de comida, y veo a Aisling sobre un escenario improvisado haciendo las pruebas de sonido para que un cantante local amenice el evento. Aiden me cuenta que suele reunirse cada poco tiempo con ella para «intercambiar» contactos de artistas que suelen hacer giras por los *pubs* de toda Irlanda, algunos de los cuales han sido catapultados a la fama gracias a la discográfica donde trabaja.

Recorro la sala con la mirada e identifico muchas caras conocidas. Sin embargo, es un rostro angelical surcado por las

arrugas el que capta mi atención de entre todos, abriendo sus brazos para recibirnos ya desde la distancia.

—¡Mi niña! Pero qué guapa estás. Cuánto tiempo sin verte. —La abuela de Aiden se acerca hacia nosotros y veo cómo pasea su mirada de él hacia mí varias veces con doble intención.

—Habló, pero si los años no pasan por usted. Me han dicho que acaba de cumplir los treinta, ¿verdad?

—Al paso que voy, os voy a enterrar a todos.

—No me extrañaría con la guerra que da, abuela. —Su nieto se acerca para darle un beso en la mejilla.

—Menos mal que habéis venido a montar una fiesta, con este muermo de gente así no hay quien se eche novio aquí. —Señala con la mano a un par de yayos sentados frente a la mesa jugando a las cartas—. Espero poder encontrar un maromo hoy.

—¡Abuela! Que usted ya no está para estas cosas —protesta Aiden.

—Uy, a ver si crees que tu abuela todavía no puede echar una canita al aire…

Él blanquea los ojos y yo suelto una carcajada por la buena complicidad que existe entre ambos.

—Bueno, Sarah. Dime que has venido para quedarte. No hay mejor regalo que pudiera recibir mi nieto que tu vuelta permanente a casa.

Esbozo una sonrisa complaciente y veo de nuevo a Aiden emitir un largo suspiro ante la descarada actitud de Adele. No le falta razón, soy consciente de que sería el mejor regalo de Navidad que pudiera hacerle a mucha gente si decidiera volver a casa. Aun así,

esta es una decisión muy importante y no puedo tomarme a la ligera abandonar mi vida actual para empezar de cero.

—Ojalá pudiera decirle que sí ahora mismo, pero es más complicado que todo esto.

—Abuela, no la agobies —le reprende su nieto que esquiva mi mirada para concentrarse en algún punto encima de mi hombro.

Sin duda, este tema comienza a ser tabú. Aún me quedan unos cuantos días en Irlanda, pero el reloj ha empezado su cuenta atrás y ninguno quiere afrontar mi inminente marcha. ¿Nos habremos equivocado al empezar lo que sea que estemos teniendo? Lo que está claro es que para ambos es algo más que una atracción física y, simplemente, hemos plasmado en hechos lo que dejamos en pausa una década atrás.

—Cariño, decidas lo que decidas, haz caso a lo que dicta tu corazón y guíate únicamente por tu propia felicidad. —Alza su mano para posarla en mi mejilla en un gesto reconfortante—. Cuando llegas a mi edad, aprendes que todas las decisiones que tomamos con la cabeza a lo largo de nuestra vida, por muy racionales que sean, son las que menos dicha nos han aportado. Y lo más cruel es que, cuando te das cuenta de ello, a veces ya es demasiado tarde.

Aiden se disculpa para dirigirse hacia la cocina, donde la gerente de la residencia requiere su presencia; aunque soy consciente de que desea alejarse de esta conversación para evitar abrir una herida más. Asiento levemente, interiorizando las palabras de Adele, mientras veo cómo su nieto ayuda a cada vecino que le pide una mano. No hay duda de que tiene un corazón de oro y se me hincha el pecho al pensar cómo es apreciado y respetado por todo el pueblo.

—¿Y cómo sabré si la decisión que estoy tomando es la acertada?

La anciana suelta un largo suspiro y se cruza de brazos antes de contestar:

—No lo sabrás hasta que no te tires a la piscina. A veces hay que mandarlo todo al carajo y relajarse a ver qué pasa después.

Suelto una risotada ante su respuesta. La conversación estaba tomando un cariz tan serio que no esperaba escuchar de sus labios ese «consejo». Se disculpa para marcharse a hablar con el resto de los invitados y reconozco a James colgando unas guirnaldas en el jardín.

Conversamos animadamente. Apenas he coincidido con él en un par de ocasiones, pero ese hombre me transmite una paz y una tranquilidad que no puedo evitar. Quizá sea porque he descubierto que su pasado le une a mi madre y, por muchos años que pasen, me reconforta saber que sigue más viva que nunca entre los recuerdos de la gente.

Atisbo a mi abuela desde la otra esquina del salón y veo cómo nos dedica una mirada de preocupación. ¿Qué es lo que le pasa a esta mujer? No es la primera vez que muestra signos de disconformidad cuando hablo con él y tengo que averiguar a qué viene esa actitud. Es imposible que James no perciba la sensación de malestar, así que, para evitar cualquier malentendido, se disculpa y se aleja para reanudar su cometido.

Siento la necesidad de compartirlo con alguien, por lo que desplazo mi mirada hacia el escenario donde Aisling charla distraída y de manera muy acaramelada con el nuevo cantante. ¿Se puede saber qué le sucede a esta familia? Espero de verdad que no vuelva a tropezar con la misma piedra.

Mientras sigo enroscada en mis propios pensamientos, Aiden se acerca con un par de copas de vino, me ofrece una y señalo con la cabeza hacia el exterior:

—¿Conoces a James, el hombre que está subido a una escalera allá en el fondo?

Nuestras copas tintinean al brindar y lanza una mirada hacia el porche para asentir con la cabeza.

—Suele ser un habitual del bar. No es muy hablador, pero es educado y jamás lo he visto beber más de un par de cervezas. No sé mucho más de él.

—Parece bastante reservado, sí.

—Dicen por ahí que perdió a su mujer y a su hija cuando era joven. Por eso se le ve siempre con un semblante tan alicaído.

—Vaya, pobre hombre —lamento y crecen en mí unas acuciantes ganas de conocerlo más.

—Creció en Middleton, pero se marchó después al sur de Inglaterra a trabajar en los astilleros de Portsmouth, para regresar unos años después. —Arquea las cejas y se queda pensando—. Un tipo interesante: sabe bastante del mar, aunque se nota que arrastra una tormenta por dentro.

Me quedo asimilando sus palabras mientras da comienzo el concierto y el jolgorio de la fiesta se desata hasta su máxima expresión. Parece mentira que estemos en un evento de una residencia de la tercera edad, porque esos ancianos se mueven como si no hubiera pasado el tiempo por sus huesos.

Aiden me saca a bailar y animamos al resto de invitados a unirse en la improvisada pista. Se nota el entusiasmo de los vecinos para hacer de este día una celebración especial y no puedo estar más orgullosa de esta pequeña gran comunidad.

19

El encargo

Si de algo siento nostalgia al no estar en Nueva York estos días, es de la tradición anual que tenemos mi amiga Rachel y yo de cambiar de año contemplando la bola de cristal bajar de uno de los edificios más emblemáticos de Times Square. Los espectáculos musicales y pirotécnicos amenizan la velada mientras miles de neoyorquinos y turistas se aglomeran en los aledaños para dar comienzo al nuevo año.

—No me puedo creer que este 31 de diciembre no te vaya a tener a mi lado. Seguro que se rompe mi racha de buena suerte sin ti —finge moquear al otro lado del teléfono—. ¿Con quién me voy a beber yo todas las botellas de champán que hemos comprado?

—No te acabes todo que nos conocemos. Faltan poquitos días para que nos veamos ya. —Una punzada de ansiedad me encoge el estómago cuando lo menciono en voz alta.

—¿Y cuáles son tus planes para esa noche en ese recóndito pueblo que te tiene tan absorbida?

Soy consciente de que no lo dice como un reproche, pero desde que llegué aquí apenas he tenido contacto con mis amigos de Nueva York, así que no me sorprende esa observación.

—No lo sé todavía, aunque espero celebrarlo de alguna manera especial porque el día de Año Nuevo tengo el vuelo de vuelta. Probablemente nos juntemos en el Gallagher's.

—¿El *pub* de ese amigo buenorro del que tanto me has parloteado en estos diez años? —pregunta y me percato en este instante de que lo he mencionado más de lo que había imaginado en el pasado.

No puedo reprimir una sonrisa bobalicona ante la pregunta.

—Sí, de Aiden —suspiro y dejo escapar un silencio demasiado elocuente para mi amiga.

—Señorita O'Hara, ¿qué está pasando contigo? ¿No me digas que te estás enamorando? Oh, Dios. ¿No te estarás replanteando mudarte de vuelta a Irlanda?

—No, no es eso.

«Sí, sí que lo es».

—Dime una cosa, de cero a diez, no tienes ninguna gana de volver, ¿verdad?

Cambio el peso de un pie a otro y me reacomodo en el muro de piedra frente a la casa de mi abuela.

—No sabría decirte con seguridad. Estos días están siendo… Están resultando mejor de lo que esperaba. Es como cuando te empeñas en recordar lo peor de un lugar que dejaste atrás, pero al regresar descubres que todo estaba en tu cabeza y que, en realidad, es mucho más maravilloso de lo que te habías forzado a creer. ¿Me entiendes?

—No, la verdad —se ríe entre dientes—. Sabes que he crecido en un suburbio de Baltimore, allí no hay nada mejor que la mala

imagen que conservo de mi infancia.

—Qué exagerada eres.

—Claro, si todo es tan precioso en Irlanda como las fotos que subes a tus redes sociales, me atrevería hasta a mudarme yo misma mañana.

—Calla, que estoy alucinando con la atención que están captando. No me dejan de llegar notificaciones al móvil, hasta lo he tenido que silenciar. Si al final va a salir algo bueno de tu lío con el tipo de comunicación —bromeo.

—«¿Algo bueno?» Algo bueno es cómo tengo el cutis desde que este hombre me hace llegar con su lengua al séptimo cielo…

—¡Ajjj, Rei! No sigas por ahí o corto esta llamada ahora mismo.

—Pura envidia. Pero te lo dejo pasar esta vez porque te echo de menos y eres mi mejor amiga. —Cambia el tono de su voz—. Por cierto, cuando ayer se enteraron en la redacción de que esas fotos las había hecho una empleada de otro departamento, no pudieron salir de su asombro. ¿No te ha contactado nadie?

—Si te digo la verdad, no he prestado mucha atención al móvil estos días, aunque apostaría que no.

—Yo solo te digo que vuelvas a Nueva York con unas cuantas imágenes de calidad como las que estás haciendo, porque puede que alguien te las quiera comprar.

—¿Comprar? ¿De qué hablas?

—Sarah, yo soy una simple redactora, pero me muevo entre fotógrafos cada día y, en este departamento, veo obras tanto de auténticos profesionales como de mediocres. Por eso puedo

identificar cuando una persona tiene un don y cuando no para la fotografía.

—Yo ya tengo un trabajo que consiste en mejorar las cuentas de la empresa para poder contratar mejores profesionales.

—Suena fascinante —se cachondea.

—Estas fotos no valen para nada, no soy más que una aficionada. Aunque me encanta trastear con las viejas cámaras que me compraba mi abuelo de adolescente. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con estos paisajes.

—Tú hazme caso y pásame alguna cuando puedas. Moveré mis hilos para que llegues a tener el trabajo de tus sueños.

—¿Y después qué? Será pan para hoy y hambre para mañana. Sabes que la fotografía no da para pagar facturas a final de mes. Volveré a mi cuartito y me encerraré entre las cuatro paredes con mis amigos los números.

—Mujer de poca fe. Ya no te acuerdas de cuando las dos fantaseábamos con recorrer el mundo hace unos años haciendo reportajes. Yo como periodista y tú como fotógrafa.

—Fue una tontería que imaginamos una noche entre chupitos de tequila, no el sueño de nuestra vida.

Suelto una risotada y saludo con la mano a Siobhan que acaba de entrar en casa.

—¿Y no fue bonito mientras duró?

Me quedo unos instantes pensativa y echo la vista atrás. Estudié Económicas en la universidad por considerarla una carrera con futuro, más que por pura preferencia personal. Se me daban bien las matemáticas en el instituto y mi cabeza cuadriculada me empujó a

tomar una decisión que, en aquel momento, consideré adecuada. No me quejo de mi actual salario y soy consciente de que, si fuera un poco más ambiciosa, podría ascender y ganar mucho más. No obstante, si proyecto en mi cabeza mi vida dentro de otra década me costaría imaginarme desempeñando la misma función.

Y, ¡oh, espera!, en ese futuro tampoco concibo seguir viviendo en Nueva York. Es evidente que necesito dar un giro a mi vida antes de echar raíces para siempre.

Rachel sigue divagando con un futuro en Australia como periodista de viajes, ligando con surfistas de piel bronceada. Sonrío mientras parlotea al otro lado de la línea y me distraigo con la imagen de Cupcake a lo lejos, saltando desde la ventana y rodeando la casa junto a los arbustos que delimitan la parcela.

Me despido de mi amiga y le prometo que le enviaré alguna instantánea, más como una manera de que se olvide del tema que como un futurible sueño hecho realidad.

—¡Cupcake! ¿Dónde te has metido? —Siseo y sigo los pasos del gato de mi abuela hasta el jardín trasero.

Una conversación, en un tono más alto del habitual, llama mi atención y veo a mi abuela hablando acaloradamente con un hombre que reconozco enseguida. ¿Qué estará haciendo ahí con James? Ninguno se percata de mi presencia hasta que me acerco a apenas unos metros de ellos.

—¿Va todo bien? —pregunto. Mi abuela da un respingo porque no esperaba verme ahí, pasmada y con cara de total sorpresa.

James contiene la respiración, traga saliva y posa las manos en sus caderas en señal de inquietud. Su mirada refleja exactamente la misma incredulidad que la de mi abuela, y ella titubea antes de articular palabra:

—Ca-cariño, ¿qué haces aquí?

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —insisto acercándome hasta donde están ellos.

—Grace, creo que será mejor que le digam…

—No, James —mi abuela le corta de una manera tan inusualmente brusca que activa todas mis alarmas—, no hay nada que decir.

—Guau, ¿se puede saber qué está pasando? Necesito una respuesta ahora mismo.

James se pasa la mano por el pelo y frunce el ceño. Puedo ver en su semblante la tormenta que arrastra por dentro, tal y como percibió Aiden. Sus ojos no mienten y delatan que en cualquier momento va a desahogarse.

—Ha pasado mucho tiempo, es hora de contarle la verdad —confiesa el hombre con un hilo de voz.

—Por favor, las niñas han sufrido demasiado ya —suplica mi abuela que lo agarra del brazo para evitar que continúe.

—Ya no soy ninguna niña. ¿Qué se supone que tengo que saber?

—Sarah… —Un silencio invade el espacio exterior—. Soy tu padre biológico.

20

La caja de Pandora

—Soy tu padre biológico.

—¿Cómo?

Mis ojos pasean con inquietud desde mi abuela hacia James y otra vez de vuelta. Ambos se encuentran visiblemente incómodos y los ojos acristalados de la anciana asoman con timidez en un gesto que me parte en dos.

Percibo cómo mis piernas comienzan a flaquear y mi pecho se hincha y deshincha como si quisiera abandonar mi cuerpo y estuviera encerrado en una prisión.

Un susurro quebrado sale de mis labios:

—Mi padre murió hace veinte años. ¿Qué tipo de broma es esta?

El hombre ladea su cabeza en señal de negación, aunque gesticula demasiado despacio, como si con hacerlo de esa manera fuera a reducir la gravedad de su confesión.

—Sarah, cielo —mi abuela trata de acercarse; sin embargo, doy un paso atrás.

—Quiero que alguien me explique ahora mismo qué es lo que está pasando aquí.

—No quería que te enteraras de esta manera, pero… —mira hacia donde se encuentra James— alguien no ha podido mantener su boca cerrada.

—Así que es… ¿es verdad?

El rostro arrugado de la mujer que me ha criado asiente con temor. Su rictus serio contrasta sobremanera con el desparpajo y el júbilo que le caracteriza de manera habitual. No la había visto tan entristecida desde el funeral de mi abuelo.

No doy crédito a lo que estoy escuchando. Me río sin ganas tratando de poner en orden las piezas del puzle. Este hombre apareció en mi vida una noche en el bar. Parecía que conocía demasiadas cosas sobre mi vida y mis hermanas, sin embargo, yo no sabía absolutamente nada de él. Me explicó que le unió una amistad de su juventud con mi madre y ahora me viene diciendo que parece que hubo algo más. ¿Cuántas cosas me han estado ocultando?

Me giro para esconder las incipientes lágrimas que amenazan con acabar con mi estabilidad y observo cómo mis hermanas nos miran bajo el umbral de la puerta de casa con cara de circunstancia. Puede que hayamos alzado el tono de nuestra conversación y nuestros gritos las hayan alertado.

—¿Qué está pasando? —Aisling se acerca y pasa su brazo por mis hombros para consolarme, pero intuyo por su pregunta que no ha oído nada de lo que me han contado.

Una nube de color cenicienta lleva un rato amenazando con desatar una tormenta, y de pronto una ligera lluvia se cierne sobre nuestras cabezas, acrecentando el ambiente ya de por sí melancólico.

—Chicas, creo que tenemos una conversación pendiente —manifiesta mi abuela, con un tono de voz que delata cierta derrota —. James, nunca pensé que diría esto, pero entra en casa, tenemos que hablar.

—¿Está segura?

—No más secretos. Es hora de abrir la caja de Pandora.

Nos dirigimos hacia la cocina y Siobhan, que lleva un rato callada, se afana en preparar la tetera y deposita cinco tazas sobre la mesa. Nos sentamos frente a frente, esperando a que alguien se disponga a romper el silencio sepulcral que nos ha invadido por momentos. Parece que mi abuela amaga con decir algo, pero James se adelanta y se gira hacia mí para tratar de calmar los ánimos.

—Siento la manera en la que te has enterado… —desliza su mano sobre la mesa para acercarse hacia la mía, pero enseguida se da cuenta de que apenas somos dos desconocidos, así que se detiene en el último instante—. Ante todo, quiero que sepas que estoy feliz de que tu madre formara una nueva familia y hayas podido tener el padre que te merecías. No me cabe la menor duda de que fue una gran figura paterna.

—Fue el mejor padre que pude tener —confieso con nostalgia e identifico un gesto de pesadumbre en su mirada ante mi confesión.

—Ambos éramos muy jóvenes y, cuando nos enteramos de su embarazo, yo había encontrado un trabajo en Inglaterra que no podía rechazar. Quería ganar el dinero suficiente para poder traeros a las dos cuando tú nacieras. Sin embargo…,

—Mi hija necesitaba un soporte familiar estable que ninguno de los dos estaba en condiciones de dar —interviene mi abuela que sirve el té en las tazas sin mirarnos a la cara.

James asiente y agacha la cabeza. Su voz ronca arrastra una fuerte sensación de agotamiento. El peso de los años se deja entrever en las arrugas de su rostro y el cabello lleno de hebras grisáceas.

—Ella renunció finalmente a venir conmigo y decidió quedarse con vosotros en Middleton. Soy consciente de que, con el tiempo, tuvo que soportar los comentarios malintencionados de algunos vecinos del pueblo. Me sentí fatal por ello.

—¿Qué esperabas? —lo interpela mi abuela—. Por entonces, ser madre soltera no te otorgaba precisamente la mejor reputación. Pero era mi hija, y ni Conor ni yo dejamos ni un minuto de apoyarla. Solo queríamos que no abandonara sus estudios, así que nos empleamos a fondo para cuidar del bebé entre los tres.

—Y os estaré eternamente agradecido por ello, Grace. —Muestra una sonrisa cargada de tristeza y la mira como pidiendo compasión—. Sé lo mucho que me habéis odiado y, a veces me arrepiento de no haber luchado más por ella…, por las dos —matiza —. A lo mejor, si hubiera venido conmigo, no habría perdido su vida tan joven.

—En ese caso, tampoco habríamos nacido nosotras dos —añade Shiv que deposita con brusquedad un plato con pasteles en el centro de la mesa. No obstante, presiento que todos tenemos un nudo en el estómago que no deja espacio para comer en este momento.

—Cierto, no pretendía… —Apoya sus brazos sobre la mesa y se mece hacia delante—. Me alegré mucho de vuestro nacimiento. De cómo Sarah iba a tener más hermanas y de que vuestra madre rehiciera la vida que yo nunca le pude dar. Ella me mandaba fotos de ti cada año, por tu cumpleaños y Navidad, y al nacer vosotras añadía alguna más de las tres.

—Vaya, qué calladito se lo tenía mamá —añade Aisling que lleva un buen rato ojiplática ante la revelación.

—Intuyo por tu gesto que nunca supiste de mi existencia —afirma volviéndose de nuevo hacia mí.

Mi respiración ha comenzado a calmarse, según he ido escuchando los retazos de la historia componerse de nuevo. Aun así, eso no resta peso a la congoja que llevo por dentro. Tengo la garganta seca y sigo con el corazón hecho pedazos, así que me limito a negar con la cabeza ante su duda y continúa explicando:

—Le escribí todos los años y contestaba con cartas a las fotos que me enviaba de vosotras. Una vez incluso te envié una a ti, contándote mi realidad, y le pedí a tu madre que te la entregara si ella decidía revelarte la verdad cuando fueras adulta.

—No… No tenía ni idea. —Un hilo de voz pugna por salir de mi boca con dificultad.

—Imagino que las tiraría o, simplemente, se perderían tras su muerte.

—¿Has llegado a casarte alguna vez? ¿Tienes más hijos? —Ash plantea la duda que lleva un rato rondando en mi mente y que no me he atrevido a preguntar por miedo a descubrir la verdad.

James mueve la cabeza de lado a lado, en señal de negación, y carraspea antes de contestar:

—Tuve alguna relación temporal que acabó en nada. No fui capaz de reemplazar a vuestra madre. Ella fue el gran amor de mi vida y la noticia del accidente me rompió el alma en mil pedazos. No levanté cabeza hasta el otro día, que te vi en el bar por primera vez, hija.

Las palabras fluyen de su boca empañadas de tristeza. Ya no puedo evitar mostrar mis lágrimas, porque corren sin control por mis mejillas. Que me llame «hija» por primera vez no hace más que profundizar el boquete que se ha abierto en mi corazón.

Aisling se muestra también afectada con la historia y hasta veo de reojo cómo Shiv se gira para llevar la tetera de vuelta a los fogones, mientras se sorbe los mocos y se limpia los ojos con la manga del jersey. Mi abuela se levanta de la mesa y desaparece para adentrarse en alguna habitación de la casa, ante el gesto de incredulidad de todos los presentes.

No han pasado ni dos minutos cuando regresa con una caja de latón entre las manos. La abre y extrae de su interior una pila de cartas unidas por un cordel. Me extiende el montón, ante el rostro conmocionado de James que ya las daba por perdidas. Sin decir nada, vuelve a tomar asiento de nuevo.

—Sarah, tienes mucho que asimilar con todo esto —manifiesta el hombre en cuyos ojos reconozco, por primera vez, un atisbo de esperanza—. Te daré tiempo, pero solo te pido una cosa: lee todas las cartas. Si tu madre no las tiró a la basura fue porque consideró que algún día deberías leerlas. Si después de eso no quieres saber nada de mí, lo entenderé y me alejaré de tu vida para siempre.

21

Siempre nieva en Navidad

Después de que se marchara James de casa, me metí en mi habitación de la infancia y me puse a leer las cartas. No tenía apetito, así que deseché con educación la invitación de mi abuela a cenar y me encerré entre las cuatro paredes para tratar de poner un poco de cordura a toda esta maraña emocional que me embargaba por dentro.

Me sentía fatal por ella. No quería culparla por no contarme nada; al fin y al cabo, no era su obligación revelarme el secreto de mi madre. Aun así, no podía evitar la rabia que me recorría al descubrir cómo, durante más de tres décadas, había vivido en la ignorancia.

Pese a ello, leer con atención la ya amarillenta correspondencia, me estaba ayudando a comprender ciertos aspectos del pasado y a recuperar un poquito de fe en todos los cómplices involucrados en la historia.

No recuerdo a qué hora caí rendida, a las tantas de la madrugada, y unos golpes con los nudillos en la puerta me despiertan ahora, bien entrada la mañana.

—Sarah, ¿estás viva?

Abro los ojos y la luz del día me ciega a través de la ventana. Reconozco la energética voz de Ash y me vuelvo a tapar la cabeza

con el edredón.

—O abres ahora mismo o tiro la puerta abajo, jovencita.

Qué exagerada es. Una sonrisa se cuela entre mis labios y me siento bien por primera vez desde ayer.

—No te rías, que nos conocemos. Sé que dudas de mi fuerza, por mis brazos enclenques, pero te juro que, como propósito de año nuevo, me apuntaré al gimnasio.

—¿Otra vez? —le reprocho con sorna mientras abro la puerta y me vuelvo a la cama de nuevo—. Ese ha sido el mismo propósito de los últimos cinco años.

—El año pasado me apunté. Pagué la matrícula para todo el año y tenía intención de ir…, lo prometo.

—Apuesto a que en marzo ya lo habías abandonado.

—Primera semana de febrero…, pero no cambies de tema. —Se tira en plancha sobre el colchón—. ¿Cómo estás? —Echa una ojeada a las cartas esparcidas sobre la mesa de mi antiguo escritorio.

—Bien. Creo.

—Vaya, escueta, aunque pensé que no saldrías de la cama en todo el día, así que esto es todo un avance ya.

—Tengo mucho que procesar.

—Y conozco el mejor sitio para hacerlo.

Sonríe y me atrae hacia su cuerpo para espachurrarme en un abrazo intenso.



Vamos dando un paseo y nos dirigimos hacia las afueras del pueblo donde el recinto navideño sigue acogiendo varias actividades festivas hasta pasado el día de Año Nuevo. Nos plantamos frente a la pista de hielo y, pese a mis reticencias iniciales, las tres hermanas nos acercamos a la caseta de madera para alquilar los patines con los que nos deslizaremos por el circuito cercado.

Mis ánimos van poco a poco mejorando, gracias a las continuas bromas de Aisling y la buena predisposición de Siobhan. Se nota que mi hermana pequeña está trabajando en sanar sus heridas desde que mantuvimos una charla más seria el otro día. Me alegra ver que las tres hemos recuperado la sintonía y siento una punzada de nostalgia al pensar que pronto me marcharé y que no volveremos a encontrarnos hasta quién sabe cuándo.

—Llevaba sin patinar desde que íbamos al lago de pequeñas —se lamenta Ash, agarrada de cada brazo en medio de ambas, y se desliza con torpeza como un pato mareado.

—Ha sido tu idea venir aquí, así que ahora no te quejes, llorona —la censuro con una mueca burlona.

—Lo hemos hecho por ti, *sis*. Después de anoche, queríamos que te distrajeras y te olvidaras un poco de todo lo que te dijo James

ayer. Estábamos muy preocupadas por ti y la abuela no ha pegado ojo en toda la noche.

Suelto un largo suspiro y me arrepiento de no haber podido hablar con ella cuando me he levantado. Mis hermanas me han dicho que ha salido temprano para ir al cementerio a dejar unas flores al abuelo. Se han ofrecido a acompañarla, aunque ha preferido ir sola en esta ocasión. No quisiera irme de aquí con este vacío que siento por dentro. Tengo que hablar con ella sin falta.

—¿Y cómo estáis vosotras? —les pregunto cuando nos acercamos a uno de los muros para descansar y Aisling nos lo agradece con la mirada—. Quiero decir que… Ya sé que James es solo mi padre, nada cambia en vuestro caso, pero entiendo que también estéis afectadas por todo lo que descubrimos ayer.

—No te voy a decir que no esté todavía flipando con todo esto, aunque aquí lo importante es que tú estés bien. Para mí nada cambia que nos haya criado a las tres el mismo padre, sea de sangre o no.

Sonrío ante su afirmación. Es algo que tengo claro desde el principio: nada cambia quién me cambiaba los pañales de pequeña, me llevaba al parque o me enseñó a andar en bici.

Miro hacia la derecha, donde Shiv nos escucha con atención sin decir nada.

—Y tú, ¿cómo ves todo esto?

Se queda unos segundos en silencio, pone los brazos en jarra, y suelta:

—Yo ya lo sabía.

—¡¿Perdonaa?! —exclamamos mi hermana y yo al unísono, y nuestras pupilas se dilatan ante su confesión.

—Quiero decir... —se corrige a sí misma evidenciando cierto nerviosismo—. Siempre tuve mis sospechas. Nunca lo supe a ciencia cierta.

—¿Lo conocías de antes? —le interroga Ash, curiosa.

—Sí, es un habitual del bar. Un tipo bastante amable, respetuoso... —comenta, en una descripción compartida también por Aiden—. Cuando no hay muchos clientes, solemos charlar de todo y de nada. Me preguntó en un par de ocasiones por vosotras y ahora lo entiendo todo.

—Vaya, así que llevaba tiempo con ganas de soltar la bomba —añade Ash frunciendo el ceño.

—No creo que lo hiciera a malas —continúa mi hermana pequeña—. Se le ve buen fondo. Había algo familiar en sus ojos que me demostraba que podía confiar en él.

—Eso explicaría porque Sarah tiene el pelo más negro que el tizón y, además, he visto algo en su expresión que… —hace una pausa— mientras hablaba, me recordaba a ti cuando eras pequeña.

—Míralo por el lado positivo, Sarah —apunta Siobhan—, yo apenas conocí a nuestro padre, pero tú… Tú tienes ahora la oportunidad de hacerlo desde cero con el tuyo.

No le falta razón. Aunque aún me quede mucho que procesar, si algo positivo puedo extraer de todo esto es que tendré la ocasión de volver a tener esa figura paterna que tanto he echado de menos.

—Hermanitas, por mucho que me encante vuestra compañía, tengo que empezar mi turno en el *pub*, así que me largo ya.

—Yo me voy a casa, que tengo una reunión con los de la discográfica en menos de media hora.

—¿Os vais las dos? ¿Así, sin más?

Levanto las manos y abro la boca en señal de estupefacción. Con lo que me ha costado salir de la cama esta mañana y ahora me dejan aquí tirada en medio de la pista.

Comienza a chispear levemente: unas gotas de agua que adquieren una forma densa y aterrizan en el hielo con demasiada vehemencia. Espero que el tiempo mejore, no quiero pensar que me puedan cancelar de nuevo el vuelo de vuelta.

Me abrigo y me predispongo a salir también, no sin antes dar un par de giros más, hasta que escucho a mis hermanas a lo lejos:

—Tú quédate ahí donde estás, un ratito más. —Se carcajean y salen corriendo como cuando eran unas crías.

Muevo la cabeza de lado a lado, en señal de incredulidad, hasta que unos fornidos brazos me agarran de la cintura por detrás. Reconozco los húmedos labios de Aiden depositando un beso en mi cuello. Ahora ya puedo decir que mi día no puede mejorar más.

—Hola, preciosa, he venido al rescate. Ya te echaba de menos.

Me desliza sobre el hielo hasta quedarme frente a él. Sujeta mi cabeza con sus cálidas manos, que contrastan con el frío que nos rodea, y me acerca lentamente para besarme.

—Ya sabía yo que estas dos tramaban algo.

—Me han contado lo que pasó ayer.

Ladeo la cabeza y finjo una mueca de reprobación.

—No las culpes, solo se preocupan por ti. Anoche no me contestaste a los mensajes y temí que algo hubiera sucedido, así que cuando Siobhan vino al bar, creo que le di tanta lástima que se rindió y me contó todo lo de James.

—Seguro que le pusiste ojitos de cachorro. Nadie puede resistirse a esa mirada. —Le dedico una mueca traviesa—. Y si no…, siempre la podrías haber amenazado con doblar el turno.

—Eso sería un premio para ella, le gusta demasiado su trabajo.

—Eso parece… Gracias por cuidar de ella. Y de mí.

—Por ti lo haría encantado una y mil veces.

Mis manos se aferran a sus hombros y hundo mi rostro en el hueco de su cuello. Un tímido beso roza mi sien y me envuelve entre sus brazos. No hay sensación de hogar más profunda que esta, y presiento que, ahora sí, nada podría mejorar este instante.

Miento. Acaba de empezar a nevar con más intensidad y está dejando una preciosa postal navideña difícil de igualar.

22

Feliz Año Nuevo

Llevo toda la mañana editando las fotos que enviaré a un contacto del departamento de redacción. Todavía no sé cómo me convenció Rachel de ello, pero es verdad que parecen interesados en mi trabajo. Ayer recibí un correo con la propuesta y aún no salgo de mi asombro. ¿Cómo es posible que una *amateur* como yo despierte tanto interés cuando mi zona de confort se encuentra entre calculadoras y presupuestos?

Asimismo, he comenzado a hacer las maletas con desgana porque eso significa que mi tiempo en Middleton, mi hogar, está tocando a su fin. Incluso Cupcake lleva todo el día melancólico, ronroneando y buscando arrumacos tumbado sobre mi cama. Los animalitos son muy inteligentes; hasta él debe notar ya mi inminente marcha.

Por alguna razón, había confiado en que un milagro navideño de última hora hiciera cambiar el rumbo de mi vida. Pero ¿para qué mentirnos? Esto solo pasa en las comedias románticas de Netflix y, en todo caso, el deseo ya me fue concedido cuando pude tomar el vuelo para venir aquí.

Bajo la tapa del portátil y comienzo a prepararme para el evento que tendrá lugar en un par de horas. Esta noche despedimos el año y damos comienzo a uno con propósitos nuevos. Los padres de Aiden han invitado a las dos abuelas a cenar junto a ellos y así «los niños»

—da igual la edad que tengamos, que Caroline seguirá refiriéndose a nosotros así— podemos celebrar en el *pub* una fiesta por todo lo alto.

—No me puedo creer que hayas traído estos trapos para Nochevieja, vas a parecer una indigente a mi lado. —Ash amaga con tirarme la ropa por la ventana y, aunque sé que está bromeando conmigo, la detengo en el último minuto.

—Mi trabajo no es tan glamuroso como el tuyo y este viaje fue organizado a última hora, sin ningún orden ni control. ¿Crees que estaba pensando en mucha fiesta aquel día?

—Eso no es excusa. Cualquier momento es bueno para lucir este precioso tipazo que tenemos las hermanas O'Hara. —Contornea su cuerpo, pone morritos, y yo solo puedo arquear las cejas en señal de incredulidad—. Menos mal que tu hermana favorita te va a dejar un vestido de lentejuelas con el que vas a dejar a Aiden con la boca abierta.

—Da igual, lo que sea. Lo importante es que esta es la última noche que pasaré aquí, hasta no sé cuándo, y quiero que sea especial.

Mis palabras se quiebran cuando pronuncio la última frase. Aisling lo nota, se gira para sentarse sobre mi cama y posa su mano sobre mi rodilla.

—*Sis*, sé que estás melancólica. No te voy a negar que yo también me estoy resistiendo a pensar que mañana las dos cogeremos un vuelo de vuelta para dejar nuestro hogar atrás…

—¿Pero? Aquí es donde viene el consejo *happy-flower* del día...

—Que aprecio de verdad estos días que hemos pasado juntas las cuatro. A pesar de que sea el funeral del abuelo el que nos haya reunido de nuevo.

—Has sacado el optimismo de la abuela, ahí no te puedo culpar.

—En serio, Sarah. Todos los viajes que hemos hecho durante la última década: Londres, París, Nueva York, Barcelona… Daba igual el sitio donde estuviéramos, lo único que me hacía feliz era el tiempo que pasábamos las tres junto a los abuelos.

—Visto así, no te falta razón…

—Mira, si algo aprendí de cuando perdimos a papá y mamá es que el tiempo es finito, así que tenemos que aprovechar los instantes que nos brinda la vida con nuestros seres queridos antes de que sea demasiado tarde…

—¿Como con tu prometido? —me atrevo a ironizar.

—Esa es otra historia… —Pone los ojos en blanco y da un manotazo en el aire, intuyendo que tendrá que lidiar con ello a su llegada.

—Creo que he estado tan enfocada en regodearme en el dolor del pasado, que me he puesto una venda en los ojos para evitar vivir el presente como debería —admito.

—Pensaba que tú eras la inteligente de la familia y, mira, va a ser que esta vez te he ganado yo por goleada.

—Anda, vamos, que nos esperan en el *pub*.

Le palmeo el culo mientras hace un bailecito ridículo.



Las agujas del reloj se acercan con impaciencia a la medianoche. Los ríos de champán corren por la barra del Gallagher's anhelando congelar el alborozo de esta velada. Llevo horas bailando con mi hermana y mis amigos y, aunque tengo hechos polvo los pies de los tacones, reconozco que llevaba meses sin pasármelo tan bien.

Apenas he podido hablar con Aiden desde que hemos llegado. Junto a mi hermana pequeña y el resto de los camareros, no han parado de servir bebidas y distribuir bandejas de canapés por todo el local, mientras que Becca y yo hemos repartido confeti, matasuegras y gorros de papel entre todos los invitados como obsequio de bienvenida.

Mi amiga y Amanda también se marchan mañana de vuelta a Dublín, y Anna ha tenido que operar un vuelo a Nueva Zelanda esta noche, así que no nos ha podido acompañar para la celebración.

Kirsten y Rob se acercan, después de cenar con la familia, y toda la antigua pandilla nos reunimos de nuevo para celebrar el último día del año como en los viejos tiempos. Definitivamente, me arrepiento de no haber pasado cada Navidad aquí con ellos.

—Vamos, chicos, que solo quedan diez minutos para Año Nuevo. ¿Tenéis todas vuestras copas llenas? —pregunta Aiden que se acerca finalmente y me rodea la cintura para atraerme hacia él.

Todos asentimos con entusiasmo y nos giramos para observar la cuenta atrás del *video mapping* que se proyecta en la pared del Trinity College de Dublín, a través de una de las pantallas del *pub*.

El regocijo de los asistentes apenas nos deja escuchar la emisión en directo cuando se acerca el culmen de la fiesta. No obstante, al posarse la aguja en el cincuenta y nueve, un silencio sepulcral inunda la estancia mientras todos permanecemos absortos frente al reloj que dará la entrada al nuevo año.

Aiden y yo nos abrazamos y, sin decir una palabra, sostenemos nuestras miradas durante esos segundos de espera en los que todos los invitados corean al unísono:

—¡Diez!, ¡nueve!, ¡ocho!, ¡siete!, ¡seis!, ¡cinco!, ¡cuatro!, ¡tres!, ¡dos!, ¡uno!…

—¡¡Feliz Año Nuevo!!

Los gritos del tumulto que nos rodea permanecen en un segundo plano y, en ese instante, nos quedamos solos Aiden y yo. Nos besamos con tanta intensidad que mi corazón parece tomarse una pausa, durante unos segundos, para arrancar en una acelerada palpitación que me deja todo el cuerpo temblando.

—Feliz Año Nuevo, Sarah.

—Feliz Año, Aiden.

—Por los nuevos comienzos —sonríe y acerca su copa hacia mí.

—Por los nuevos comienzos —le devuelvo la sonrisa y el tintineo de las copas se pierde en medio de la algarabía.

Salimos del bar donde ha comenzado el espectáculo de fuegos artificiales, que, según me cuentan, preparan cada año desde Cork. El juego de luces se proyecta sobre las gélidas aguas del río Lee, que compartimos con la ciudad, y la música del local ameniza una escena

que no tiene nada que envidiar a la que suelo presenciar cada Nochevieja en Times Square de Nueva York.

Seguimos la fiesta dentro del *pub* hasta las tantas de la mañana. Este día es especial y se hacen oídos sordos a las habituales restricciones de ruido y música en el vecindario. Eso sí, tratamos de reducir los gritos y los limitamos a dentro del local.

Cuando acaba la velada, y dejamos a mis hermanas sanas y salvas donde mi abuela, Aiden me ofrece ir a tomar la última al porche de su casa. Ambos somos conscientes de que la cuenta atrás también nos pisa los talones, sin querer darnos una tregua. Sin embargo, me propongo vivir el momento tal y como me ha invitado a hacer esta tarde mi hermana.

Reímos, nos besamos, acariciamos, contamos anécdotas de nuestra infancia y adolescencia y, sin pensarlo, me doy cuenta de que un torrente de emociones me ha arrastrado para llevarme de nuevo a enamorarme perdidamente de él.

Pero no pienso en el pasado ni en lo que pasará el mes que viene. Solo lo contemplo a él, a mí, a nosotros dos; al décimo brindis que nos proponemos en lo que llevamos de noche; a la manera en la que me acaricia el pelo mientras me rodea el cuerpo, sentados en el sofá; a la intensidad que desprende su mirada; a su cálida sonrisa que me embriaga por dentro; a cómo sube y baja mi pecho y se desboca mi corazón cuando me susurra un «te quiero».

Mañana hablaremos de lo que nos deparará el resto de nuestras vidas: sin prisas, sin remordimientos, solo viviendo el instante presente.

23

La despedida

Llegamos al aeropuerto con los semblantes de las cuatro ocupantes del coche de alquiler ensombrecidos. Aisling y yo cogeremos el mismo vuelo a Heathrow. Ella se quedará en Londres y yo volaré hacia Nueva York con previsión de aterrizar en la otra punta del charco a las tantas de la mañana. Me arrepentiré cuando toque la alarma para ir a trabajar, pero quería apurar las últimas horas con mi familia lo máximo posible.

Aiden tenía que gestionar unos asuntos en el *pub* y ha preferido cubrir el turno de mi hermana para que disfrute de los últimos instantes conmigo. Sin embargo, esta mañana, cuando me he despertado en su casa, me ha prometido que estaría aquí, antes de que saliera el vuelo, para darme un último beso de despedida.

Comienzo a impacientarme. Ambas hemos facturado nuestras maletas y estamos cerca del control de seguridad del aeropuerto donde ya solo tienen acceso el personal y los pasajeros con tarjetas de embarque. Miro el reloj y mis ojos se dirigen hacia la puerta de entrada, donde un buen número de personas ocupa la terminal para regresar a sus casas tras la Navidad…, pero ninguno de ellos es él.

—Llegará, ya lo verás —trata de tranquilizarme mi abuela mientras me contempla mordiéndome la uña del dedo pulgar con evidente nerviosismo—. No dejará que te marches sin haberos despedido.

—Lo sé, abuela —contesto y miro a la tienda del *duty free* donde Aisling y Siobhan han ido a comprar un libro para amenizar el viaje de la primera—. Y si no, no pasa nada. Lo importante es que vosotras estéis aquí.

—Te voy a echar de menos, cariño. —Me envuelve entre sus pequeños brazos y me dejo mecer como cuando era pequeña—. Siento que ahora que os vais las dos, echaré también más de menos a tu abuelo. Habéis sido un oasis para mí, después del entierro, y os estaré eternamente agradecida.

—No digas tonterías, abuela. No tienes que estarlo. En todo caso, soy yo la que tengo que reconocer que me habéis tratado tan bien que me arrepiento de no haber vuelto antes en estos diez años. —Le doy un beso en la sien y me aprieta la mano muy fuerte—. Yo también te echaré mucho de menos. Espero que puedas sobrellevar la ausencia del abuelo lo mejor posible, y ya sabes que puedes venir a Nueva York cuando te apetezca.

—Yo ya estoy mayor para esos viajes, pero me alegra saber que pudimos hacerlo todos juntos hace tres años.

—Pasamos unos días increíbles —recuerdo con nostalgia y nos invade el silencio.

—Todo irá bien, hija. Vosotras sois mi motor, las que me hacéis levantarme con ánimo cada mañana. Y siento un dolor inmenso cada vez que os veo sufrir por cualquier cosa.

Soy consciente de que sigue dándole vueltas a que no me contara lo de mi padre. Sin embargo, hemos tenido la oportunidad de hablar largo y tendido sobre lo que sucedió y comprendo los motivos de su silencio. Jamás podré culparla de querer evitar nuestro dolor y siento que todo el amor y el cariño que nos ha dado esta mujer, tanto como abuela como madre, no podría devolvérselo ni con todo el oro del mundo.

—No te preocupes por nosotras, estaremos bien.

Ash se acerca y nos cuenta lo enganchadísima que está a la saga de *highlanders* que está revolucionando el mercado anglosajón. Nos muestra la portada de la novela, donde un tipo con unos inverosímiles abdominales en el vientre acapara toda la cubierta. Shiv pone los ojos en blanco e intuyo, por su gesto, que debe de llevar un buen rato hablando de ello.

Miro de nuevo la esfera del reloj, y mi abuela y mis hermanas me observan con tristeza. Saben que estoy esperando a Aiden, pero la hora se acerca y no podemos demorar más el paso por el control si no queremos perder el vuelo. Me pregunto si se ha arrepentido de venir y, finalmente, ha decidido cerrar lo nuestro con el final feliz de la última vez que nos hemos visto esta mañana: haciendo el amor en su cama, tomando un café con *pancakes* en la cocina y dándome un beso que me ha dejado sin respiración en la puerta de mi casa.

No quiero reprocharle su actitud, comprendo que todo esto sea doloroso para él. Ya lidió con mi marcha una vez, además de con el divorcio de su mujer años después.

Sea lo que sea, es hora de marcharnos, así que inhalo todo el oxígeno que puedo y trato de recuperar las fuerzas de donde soy capaz. Comenzamos a despedirnos de ellas, con las lágrimas amenazando con acabar con mi entereza. Mi abuela, por el contrario, no puede reprimirlas y hasta Shiv se contrae de dolor por nuestra marcha.

Nos acercamos para coger las bandejas y dejar nuestras pertenencias cuando unos gritos llaman mi atención:

—¡Sarah!

Me giro y no identifico quién me llama entre el gentío.

—¡Sarah, espera!

—¡Aiden! —Se acerca corriendo hacia mí y observo la sonrisa en las caras de mis hermanas y mi abuela.

—Perdón…, no quería llegar tan tarde…, pero he tenido que…

—Tranquilo, respira, creo que todavía tenemos un par de minutos.

—Lo siento, hubo un problema en la residencia de mi abuela y…

—¿Adele? ¿Se encuentra bien? —le pregunto preocupada.

—Sí, al parecer anoche celebraron la Nochevieja por todo lo alto en las habitaciones. Y esta mañana uno de los ancianos decía que se había enamorado tanto de mi yaya que le había pedido matrimonio y no se iría de su habitación hasta que le dijera que sí. Mi abuela la ha montado parda, ya te puedes imaginar.

—¿Cóómo?

No puedo reprimir una carcajada.

—Han tenido que llamar a todos los familiares… —relaja su gesto y acaba riéndose también—. Menudo carácter tiene la mujer.

—No pasa nada, pensaba que te habías arrepentido y no querrías venir a despedirte.

—Jamás. No podría dejarte ir sin darte esto.

Me besa con tanta vehemencia que el corazón se me desboca en su sitio. Sé que hemos provocado una pequeña escena en el aeropuerto, y hasta mis hermanas están aplaudiendo de la emoción, pero me da igual. En este momento, solo estamos él y yo.

—Te iré a visitar a Nueva York.

—Vamos a tomarlo con calma, Aiden —respondo, acelerada por las prisas del momento, pero su rostro se ensombrece y me doy cuenta al instante de cómo ha sonado—. Quiero decir que, cuando llegue allí, hablamos con más tranquilidad de cómo llevar esto.

—Perdona, Sarah. Es solo que… ya te perdí una vez y no quiero hacerlo de nuevo. Sé que las relaciones a distancia son una mierda, pero por ti estaría dispuesto a arriesgarme una y otra vez.

Esbozo una sonrisa llena de tristeza y lo acerco a mi cuerpo. Inhalo su aroma por última vez y me percato en este momento de que no quiero alejarme de él, pero solo puedo decirle:

—Lo sé. Buscaremos la forma.

—Te quiero, Sarah O'Hara.

—Te quiero, Aiden Gallagher.

—Yo también os quiero mucho a los dos, tortolitos —interviene Ash—, pero vamos a perder el vuelo si no pasamos ya por el arco de seguridad.

Nos despedimos con la mano y veo cómo Aiden abraza a mi abuela y a mi hermana, que nos observan con un gesto afligido desde la distancia. En este momento, me arrepiento más que nunca de coger este avión. Unas imperiosas ganas de volver corriendo nacen dentro de mí. Sin embargo, Ash me coge de la mano mientras atravesamos el pasillo que nos lleva hasta la puerta de embarque y, con la cara llena de lágrimas, ya solo puedo confiar en la promesa de sus palabras:

—Todo irá bien.

24

Hogar, (no tan) dulce hogar

Dormir tres horas escasas y levantarse para ir a trabajar debería ser ilegal, pero entre el pequeño retraso que tuve en el segundo vuelo y que llegué a casa de madrugada, cuando suena la alarma del móvil a las seis de la mañana, comienzo a notar los estragos del cansancio físico y emocional.

Cuando el taxi me dejó frente a la puerta del edificio donde vivo en Brooklyn y subí a casa, comprobé cómo Rachel ya llevaba un buen rato dormida en la cama. Suele madrugar más que yo para ir a la oficina y veo que me ha dejado una nota en la cocina para que la pase a buscar a su planta y tomemos un café a media mañana. Estará deseosa de que le cuente cómo han ido estos días por casa, sin embargo, ahora mismo solo siento que me acabo de despertar de un sueño y todo lo acontecido estos últimos días está lejos de ser realidad.

Miro a través de la ventana y gruño al ver el alboroto de vehículos que se apiñan entre el tráfico de la calzada. Ya echo de menos la tranquilidad de las calles de Middleton y el olor a galletas recién horneadas de mi yaya. No obstante, no tengo tiempo que perder, así que me doy una ducha rápida, me enfundo mi traje y mis tacones, además de empolvarme con una capa de maquillaje con la que ahora mismo me cuesta reconocerme frente al espejo.

Las calles de Manhattan van retirando sus adornos navideños y todo vuelve poco a poco a la normalidad, aunque aún queda algún rezagado como el hombre vestido de Papá Noel que pide dinero a las puertas del edificio donde trabajo. Hay algo en él que me resulta vagamente familiar, pero enseguida deshecho la idea y voy directa a la cafetería de la esquina para insuflarme mi dosis diaria de cafeína y aguantar lo que queda de día.

—Bienvenida, Sarah. —Mi compañero de departamento me recibe con una pila de documentos en las manos—. Espero que hayas pasado buenas fiestas con tu familia, aunque sé que has ido por otros motivos. Siento lo de tu abuelo, no sabía nada. Me enteré el otro día que lo comentó el jefe cuando fuimos a comer.

—Gracias —contesto de manera escueta.

Peter es un buen tipo, pero viene siempre a trabajar con las pilas excesivamente cargadas por las mañanas. Yo, por otro lado, sigo en modo avión hasta que no me tomo el tercer café del día. Sinceramente, no estoy de humor para una charla de ascensor a estas horas, así que me voy directa a mi cubículo, pero antes de llegar me interrumpe:

—Acaba de venir Leslie, de Recursos Humanos, a por ti. Le he dicho que no habías llegado todavía, aunque estarías al caer. Espero que no te importe.

—¿Leslie? ¿Y qué quería? —pregunto extrañada ya que apenas nos cruzamos un par de veces al mes en el ascensor.

—No lo sé, no ha mencionado nada. Pero dice que en cuanto puedas pases por su despacho, quiere hablar contigo. No se moverá de allí hasta la hora de comer.

Asiento y regreso sobre mis pasos para dirigirme hacia la décima planta. Voy con el semblante cabizbajo desconociendo el motivo de la reunión. Tal vez me lleve una buena reprimenda por

haber prolongado las vacaciones cuando alegué que iba al funeral de mi abuelo. En ocasiones, los americanos son demasiado reacios a coger días libres y espero que tengan la empatía suficiente para comprender que este tiempo lo he empleado en acompañar a mi familia, y no tener ninguna amonestación.

Toco con los nudillos en la puerta y una voz de fondo me invita a pasar. Observo a Leslie sentada tras la mesa de su inmenso despacho, con vistas al río Hudson, en el barrio de Tribeca. A su lado, un hombre que no conozco la escolta con rictus serio. Esto está tomando unos tintes más formales de los que había pronosticado al principio.

—Buenos días, señorita O'Hara. Pase, por favor.

Accedo y tomo asiento en una de las sillas mientras miro con asombro a los presentes.

—Siento mucho el fallecimiento de su abuelo. Lo poco que sabemos es que él fue como un padre para usted, así que entendemos perfectamente la magnitud del suceso.

—Gracias, así es. Mis padres fallecieron cuando yo era pequeña en un accidente de coche y fueron mis abuelos los que nos criaron a mis hermanas y a mí.

Omito la realidad de cómo murió mi padre, no hace falta entrar en detalles escabrosos para que la gente me mire con lástima... una vez más.

—Debió de ser muy duro.

—Lo fue, para todos —apunto con nostalgia y se hace un silencio en la sala—. Disculpe, les agradezco su comprensión. No quiero ser desconsiderada, pero ¿ha pasado algo durante mi ausencia para que esté aquí? ¿Me he tomado demasiados días de

vacaciones? Llevaba mucho tiempo sin ir a Irlanda y… tenía que acompañar a mi familia en estos momentos tan duros.

—No, para nada, Sarah. Si me permites tutearte... —Asiento y dijo que siga adelante —. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

No sé a dónde nos está llevando esta conversación y el corazón comienza a desbocarse en mi pecho por la incertidumbre.

—Hará unos cinco años esta próxima primavera.

—¿Eres feliz trabajando en esta empresa?

«¿Es una pregunta trampa?».

—Sí, claro. No tengo queja.

—Perdona mis formas. No os he presentado. Sarah, él es Brad, director de Diseño Gráfico y Fotografía de Europa y África. Es el responsable de la visión artística y la gestión del equipo dentro del departamento.

—Encantada.

—Igualmente. —Él toma el mando de la conversación—. Sarah, iré al grano, no me voy a andar con rodeos. He tenido la oportunidad de hablar con tus superiores y me han dado muy buenas referencias de ti, así que te quería proponer un nuevo proyecto.

—¿Yo? Esto... Estoy muy contenta donde estoy. ¿Cómo podría encajar en su departamento?

—Creemos que estás desaprovechando tu potencial y queremos personas que puedan extraer el máximo de sus habilidades dentro de esta empresa. Solo si tú aceptas, claro está.

—No me cierro a nuevas oportunidades. ¿En qué consistiría?

—He estado echando un vistazo a las fotos que le has enviado a mi equipo, además de tus redes sociales. Tu trabajo es muy bueno. Tendrías que afinar un poco la técnica, pero se nota que pones alma en lo que haces y eso es esencial en este trabajo.

—Vaya, gracias. Si le digo la verdad, pensé que era una simple afición, no sabía que podía llegar a algo más.

—Pues créetelo. Y, por eso, quiero proponerte un contrato de un año para trabajar desde Europa como *freelance*.

Me quedo congelada unos instantes procesando la información.

—¿En serio?

No puede ser verdad lo que estoy escuchando.

—Sé que es un cambio muy drástico. No sé si tienes pareja o si tu vida está montada aquí en Nueva York, pero creo que podría ser una buena oportunidad profesional.

Trato de buscar las palabras acertadas, aunque estoy tan nerviosa que apenas un hilo de voz sale de mi boca.

—Queremos a alguien local como tú. Si te parece bien, podemos usar algunas de las fotos que nos has enviado de Irlanda para el número de enero y el resto de los meses los vamos organizando con el equipo de redacción y edición.

Este proyecto me cae como agua del cielo en medio de una sequía. Aun así, tengo todavía muchas dudas. Sería una buena oportunidad para pasar más tiempo en Middleton, aunque no sé si me obligará a viajar tanto que apenas tendré tiempo de verlos. Quiero asegurarme y tener todo atado antes de dar un paso en falso.

—¿Y tendría que ir y venir a Nueva York o…?

—En realidad, puedes gestionar el trabajo como quieras, sin horarios. Tendrías que estar cuatro o cinco días en los puntos más importantes del país y el resto podrías teletrabajar desde donde quisieras. No hace falta decir que te cubriríamos los viajes y el resto de las dietas, por supuesto.

—Suena demasiado bonito, ¿hay algún «pero»?

—Solo que tú accedas.

Mi mente fría se resiste a aceptar esta nueva oferta de trabajo, pero una fuerza interior me alienta a tomar esta oportunidad y vivir el presente, tal y como me recordó Aisling hace tan solo unos días.

—¡Acepto! ¡Sí, acepto!

—De acuerdo —comenta Leslie—, comenzaremos a redactar tu nuevo contrato y durante la mañana pasarás a firmarlo.

—¡Bienvenida a nuestro departamento!

—Muchas gracias, Brad, Leslie. A los dos, de corazón.

—Dáselas a tu amiga Rachel, ella ha sido clave para tomar la decisión final. —Me guiña un ojo mientras salgo por la puerta.

Bajo las diez plantas por las escaleras, con la adrenalina desbordándome por el cuerpo; aún no salgo de mi asombro tras la noticia que acabo de recibir. Quiero llamar a Rachel para celebrarlo juntas, pero me dicen que sigue reunida, así que esta noche saldremos a celebrarlo y la invitaré a cenar y a tomar unas copas después. Tengo una amiga que no me la merezco.

Salgo a la calle, con una sonrisa en la cara y un mar de emociones llenando mi estómago. Debo de estar muy distraída porque no me doy cuenta de que alguien me está llamando. Me giro y veo al hombre vestido de Papá Noel de esta mañana.

—¡Sarah! ¡Sarah O'Hara!

Según me acerco, ya reconozco de qué me suena.

—¿Es usted el Papá Noel que vi en el aeropuerto?

—Ya le dije que los milagros navideños existían. —Me guiña un ojo y arquea sus canosas cejas como un anciano adorable.

Me acerco un poco más para charlar y darle las gracias, pero un hombre trajeado con demasiada prisa me intercepta y me fulmina con la mirada.

—¡Quítese del medio! —me espeta en la cara con un marcado acento neoyorquino.

—¡Será imbécil!

Me giro de nuevo y veo que el anciano ha desaparecido. ¿Habrá sido todo fruto de mi imaginación? No puede ser, parecía tan real...

Sea lo que fuere, no le falta razón: al final, la magia de la Navidad ha hecho su trabajo, transformándose en un regalo inesperado que me llevará de vuelta a casa.

25

Nuevos comienzos

Hace poco más de una semana que salí del despacho de Recursos Humanos y, pese a estar aterrizando ya en Dublín, aún no me creo que esté volviendo a casa. Mis hermanas están metidas en el ajo y son las únicas que están al tanto de mi nueva realidad. Quiero darle una sorpresa tanto a mi abuela como a Aiden, con los que he estado fingiendo de manera muy torpe en los últimos días, así que Siobhan me viene a recoger con el coche y una sonrisa que se ensancha hasta sus máximos topes.

No ha dejado de parlotear durante las tres horas de viaje y no ha hecho más que preguntarme si de verdad vuelvo a casa. La noto tan excitada como preocupada al mismo tiempo, aunque intuyo que es porque tiene miedo a perderme otra vez.

No sé qué me deparará la vida dentro de un año. Lo único que ahora tengo claro es que quiero abrazar esta oportunidad, tanto personal como laboral, que se me presenta en este instante.

—Grace Callaghan, ¿qué ingrediente nuevo estás probando para que huela tan bien la casa? —le pregunto en cuanto entro en la cocina, de espaldas a mí.

Mi abuela se gira con los ojos bien abiertos, sin dar crédito a lo que está escuchando, cuando reconoce mi voz.

—¡Hija! ¿Qué haces aquí?

Se acerca con incredulidad y me palpa la cara con las manos, como si no se creyera del todo que esté aquí en carne y hueso.

—¡Sorpresa!

—¿Cuándo…? ¿Cuándo has vuelto?

—Shiv me acaba de recoger en el aeropuerto hace unas horas —confieso, señalándola con el dedo, mientras nos muestra una sonrisa traviesa desde el umbral de la puerta.

—¡Será sinvergüenza esta niña! Por eso lleva un par de días dándome largas sin decirme a dónde va.

Ambas nos reímos y me acerco para envolverla entre mis brazos.

—No la culpes, quería darte una sorpresa. Siéntate que tengo que contarte algo.

—Ay, no me asustes, cariño, que ya estoy mayor para más disgustos.

—No, abu, esto es algo bueno. —Me sostiene la mirada con esperanza y la agarro de las manos para confesar—: Vuelvo a casa.

—¿Cómo? Ay, Sarah, no juegues conmigo que tengo los sentimientos a flor de piel ahora mismo.

Una lágrima se desliza por su mejilla, aunque sé que no es de tristeza, sino de emoción.

—Me han ofrecido un trabajo para viajar por Europa haciendo fotos para la revista en la que trabajo.

—¡Ahhh! —suelta un chillido que probablemente hayan oído hasta los habitantes de Cork. Se levanta con una agilidad pasmosa y me abraza.

Shiv también se suma y nos envuelve a las dos con su cuerpo, mientras Cupcake no quiere perderse el momento familiar y se une frotándose contra mis piernas.

El timbre de la puerta interrumpe este momento de ternura y las tres nos miramos con cara de circunstancia, por lo que intuyo que no esperan ninguna visita a estas horas. Mi hermana se acerca a la puerta principal y, cuando abre, reconozco una grave voz familiar que no esperaba. Mi hermana lo invita a pasar y cuando llega a la cocina, parece que no me ha visto, porque solo saluda a mi abuela.

—Buenos días, Grace. Venía a traerte este táper. La tarta estaba deliciosa; como ves no ha quedado ni un pedazo… —Se gira cuando nota mi presencia y puedo ver su gesto desconcertado—: ¡Sarah! No sabía que estabas aquí. Te hacía en Nueva York.

—Lo estaba, pero acabo de regresar. Me alegro de verte, James.

—Yo también. Quería… Quería haber hablado contigo a solas antes de que te fueras, pero…

—No te preocupes. Parece que ahora tendremos todo el tiempo del mundo —le dedico una sonrisa, y él la recibe con esperanza.

—Ahora iba al Gallagher's a almorzar, pero si te apetece uno de estos días, podemos comer juntos y tener esa charla pendiente.

—Me encantaría, pero ¿sabes qué? —Asiente con la cabeza y le pregunto—: Si a mi abuela no le importa, ¿te apetece que te acompañe al *pub* ahora? Tengo un asunto pendiente que tratar allí.

—Por supuesto, nada me haría más feliz.

Vamos dando un paseo por el pueblo. Tras una década en Nueva York, tanta tranquilidad en las calles de Middleton me abruma, y presiento que todavía me tendré que acostumbrar a ello. Aunque, como dice el refrán: «Sarna con gusto no pica». Pese a las bajas temperaturas del mes de enero, unos tímidos rayos de luz batallan por colarse entre las nubes, lo que interpreto como un gesto de esperanza en esta nueva etapa.

James me cuenta que la abuela se ha disculpado por su comportamiento con él todos estos años y que, como ofrenda de paz, lleva una semana agasajándolo con pasteles y galletas de canela.

Bendita sea la yaya, que con su repostería tiene el don de calentar el alma.

Nos acomodamos en una de las mesas de madera del *pub.* A lo lejos, distingo a Aiden charlando con uno de los proveedores. Todavía no se ha percatado de nuestra presencia, aunque a estas horas del mediodía, solo se encuentra él tras la barra, así que será quien nos atienda. No tiene escapatoria y me preparo para la sorpresa.

James dice que está hecho un alma en pena desde que me fui y me confiesa que, «sin el derecho de querer meterse en mi vida privada» como él afirma, Aiden y yo formamos una preciosa pareja. Admite que es un buen hombre y que se alegró enormemente de descubrir nuestra relación, porque eso significaba que tarde o temprano yo volvería a casa.

Aiden se acerca hacia nosotros y me cubro la cara con el menú para que no note mi presencia.

—¿Qué tomaremos por aquí? ¿Lo de siempre, James?

—Sí. Gracias, hijo.

No me pasa desapercibida esa apelación cariñosa y, aunque soy consciente de que no la ha dicho en ese sentido, una sonrisa se me ha dibujado en la cara.

—¿Y por aquí qué será? —me pregunta y todavía tardo unos segundos en contestar.

—Yo tomaré la especialidad de la casa: tostadas francesas con nata, frambuesas y canela.

—Lo siento, pero ese plato no lo tenemos en la cart… ¡Sarah!

Deposito el menú sobre la mesa y su mirada me descubre. Veo una mezcla de sorpresa y excitación en sus ojos antes de levantarme. Me acerco a él y me aferro a sus hombros, atrayéndolo hacia mí.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

Lleva las manos de su rostro a mis brazos, como si temiera tocarme, como si temiera que no fuera real. ¿Por qué todo el mundo piensa que soy un fantasma?

—Me marché sin darte tu regalo de Navidad y he vuelto para entregártelo.

Por fin veo cómo una sonrisa asoma por sus comisuras.

—No me lo puedo creer. Dime qué no se trata de una broma.

Ahora sí, me acerca hacia él y atrae mi cabeza hacia su pecho donde por fin me siento como en casa.

—Nunca bromearía con esto.

—Parejita —nos interrumpe James que carraspea por detrás—, os voy a dejar un poco de intimidad y mientras tanto voy a ir a la cocina a pedirle a Bridget que vaya preparando mi bocadillo.

Muestra una sonrisa traviesa y se escabulle por detrás de la barra.

—Con razón no querías que comprara un vuelo para ir a verte, tonta. Pensaba que ya no querías saber nada más de mí.

—Lo sientooo. Se me da fatal mentir. Sabía que ibas a pillarme antes de tiempo.

Se me escapa una media sonrisa y me aprieta más contra su pecho, como si no quisiera dejarme marchar de nuevo. Inhalo su aroma, que se me antoja irresistible mientras se cuela por mis fosas nasales, y me ruega contra mi pelo:

—Por favor, no te marches nunca más. Lo he pasado fatal esta semana —finge moquear.

Le explico brevemente lo de mi nuevo proyecto laboral. Me escucha con atención sin dar crédito a lo que le cuento. Tan solo me interrumpe un par de veces para abrazarme y besarme, en un gesto lleno de ternura que me deja sin aliento.

—¿Sabes qué? —me susurra al oído—. Las tostadas francesas no están en la carta, como bien sabes, pero creo que hoy por mi clienta favorita haré una excepción.

—Espero que la hagas más a menudo.

—Cuando quieras, todos los días de nuestra vida.

Epílogo

Vivir el presente

Hace poco más de seis meses que vivo oficialmente en Middleton, aunque varios días al mes tenga que ausentarme para volar a varios países europeos. No voy a negar que, al principio, me costó adaptarme a la nueva realidad, pero en poco tiempo me acostumbré a viajar y conocer nuevos destinos. En un par de ocasiones, he tenido la suerte de que Aiden se tomara unos días de vacaciones para acompañarme y así poder disfrutarlos juntos.

En mis ratos libres, sigo formándome en la técnica de la fotografía y ya he tenido la ocasión de ponerlo en práctica en mis visitas a los monasterios de Meteora, en Grecia; los fiordos de Stavanger, en Noruega; o la belleza de los viñedos de la Rioja Alavesa, en el norte de España. Aún me siento una intrusa en una profesión que no acabo de controlar del todo, aunque Brad se ha mostrado muy satisfecho con mi trabajo y eso me anima a seguir llevándolo a cabo con mucha ilusión.

Las frías temperaturas de la primavera han dejado paso a un inusual caluroso inicio de verano. Hoy celebramos mi cumpleaños y hemos reunido a las dos familias para celebrarlo en el porche de nuestra casa. Sí, nuestra, porque, aunque oficialmente me trasladara a vivir con mi abuela, la realidad es que paso la mayor parte de mi tiempo libre en su casa.

Poco me ha costado habituarme a este hogar, al que ya siento como propio. Aiden me reacondicionó una de las habitaciones de la planta superior como despacho, desde donde tengo unas magníficas vistas del río Lee y del mar céltico como fondo. Aunque desde que el tiempo ha mejorado, suelo trabajar en el porche, acompañada de una copa de vino en la mano.

Aiden se ha ofrecido a preparar toda la comida hoy. Y es que, desde que lo animé a que diera rienda suelta a la creación de nuevos platos en la cocina, su imaginación y el tiempo que ha dedicado a ellos no ha dejado de crecer. Siobhan lo ha acompañado con la elaboración de nuevos postres que combinen con sus creaciones y están redescubriendo una pasión por la alta cocina, en sus diferentes vertientes. No puedo dejar de sentirme muy orgullosa de ambos.

Incluso hemos comenzado a mirar locales vacíos donde abrir un futuro restaurante, pero Aiden todavía sigue con muchas dudas al respecto. Lo que sea que decida, yo estaré a su lado para apoyarlo, al igual que él lo ha hecho conmigo en mi nueva carrera profesional.

Observo a Aisling desde la distancia y veo cómo habla por teléfono con alguien. Quizá sea RJ, su prometido, por la manera en la que tienen de gritarse como si estuvieran a kilómetros de distancia. Y lo están, en realidad. Porque el roquero se ha ido de gira estival a Estados Unidos y, según me ha comentado, no ha querido que su prometida lo acompañara, un detalle que ha provocado una bronca monumental en la pareja.

No sé qué le deparará el futuro, pero cada vez que habla de él, la joven alegre y risueña desaparece para convertirse en una nube de polvo y ceniza que amenaza con arrasarlo todo. Siento lástima por ella, porque dos personas que se quieren de verdad no deberían estar en continua pelea. Todo lo contrario. Así que espero que lo arreglen pronto o, si fuera por mí, preferiría que se olvidara de él y encontrara a alguien que realmente la quiera.

Mi hermana vuelve a la mesa, mientras Shiv prepara la tarta para soplar las velas. Le estoy mostrando a los padres de Aiden las últimas fotografías publicadas en mi revista, cuando mi abuela se acerca, me da un beso en la mejilla y me susurra al oído:

—Tu abuelo estaría muy orgulloso de ti, cariño.

Sus palabras me conmueven porque, gracias a él, comencé a amar la fotografía y, gracias a él, regresé a casa, tal y como dice ella. Puede sonar cruel admitir que fue su muerte la que me hizo volver a mis raíces, aunque mi yaya asegura que él tenía un corazón tan noble que habría entregado la suya solo por darme la oportunidad de recuperar la mía.

Eso nunca lo sabremos, pero de lo que sí tenemos certeza es de que le recordamos cada día como el mejor abuelo y padre que pudimos tener.

Y hablando de progenitores, James y yo estamos construyendo poco a poco una bonita relación padre-hija. Él es consciente de que nunca reemplazará al hombre que me crio, aunque espera, al menos, poder recuperar todos los años que la vida le arrebató separado de mí.

Solemos tomarnos unas pintas en el *pub*, donde coincidimos a menudo. Sobre todo, porque tengo mis sospechas de que lo frecuenta por pasar más tiempo con Bridget, la cocinera del Gallagher's, con la que parece que últimamente ha nacido más que una amistad.

—Me lo estoy pasando muy bien con nuestras familias, aunque ya tengo ganas de que se vayan todos de esta casa para dejarnos a solas —me susurra Aiden al oído, acompañado de una caricia, cuando nos quedamos solos en la cocina.

—No puedo esperar a que me des mi regalo ya. —Una sonrisa pícara se asoma en mi cara, mientras paso mis brazos alrededor de

su cuello, y me acerco para darle un beso.

—Quiero que sea especial, íntimo, para que te convenzas definitivamente de quedarte en casa.

Lo dejo que siga hablando, aunque la realidad es que, pase lo que pase con este nuevo contrato a final de año, ya he decidido que me tendrá que aguantar en Middleton por una buena temporada.

—Ah, ¿sí? Esto se está poniendo interesante.

—Sé que acabará el año y puede que tengas que volver a Nueva York, pero quiero hacer todos los esfuerzos posibles para que la balanza se incline a mi favor.

Coge un mechón de mi pelo y lo encaja detrás de mi oreja. Dirige sus labios hacia mi cuello donde deposita un reguero de besos húmedos que me dejan anestesiada.

—Vale, la balanza comienza a inclinarse para un lado.

Mete su mano entre mi camiseta y mi espalda, y la desliza hacia arriba cuando nadie nos ve.

—Un poquito mejor —añado con un hilo de voz notando un foco de calor en mi bajo vientre.

— Oye, parejita, ¿podríais dejar de meteros mano delante de toda vuestra familia? ¡Degenerados! —nos reprocha Aisling, que entra en la cocina dando saltitos y nos asusta con su repentina presencia.

Aiden carraspea, se afana en sostener la bandeja con los cafés y los tés para llevarla al porche, mientras mi hermana carga con las cajas de galletas que lleva la yaya horneando toda la semana. Los veo desaparecer y me tomo unos segundos antes de salir, contemplando con calma esta preciosa estampa familiar.

Me acabo el último trago de vino y sostengo la copa de cristal frente al gran ventanal de la cocina. Desde aquí veo a todos sonriendo y siento cómo poco a poco las grietas de mi corazón se van sellando para siempre.

Hace tan solo unos meses estaba convencida de que no volvería jamás, y ahora mismo no imagino mejor lugar en el mundo que Middleton, mi verdadero hogar.

Porque las raíces tiran fuerte, pero el amor todavía más.

FIN


Merry Christmas

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, lector, lectora, quería darte las gracias una vez más por seguir leyendo mis historias. «Una Navidad irlandesa» lleva un tiempo cociéndose en mi cabeza y la ubicación no es casual. En el año 2011, viajé a Irlanda por primera vez y, entre todos los deslumbrantes paisajes con los que me brindó el país, sin duda me quedé con la preciosa ciudad de Cork. La amabilidad de sus habitantes, los músicos callejeros, la vida en los *pubs...* esa ciudad desprendía un halo de magia que espero haberos transmitido en esta historia.

Middleton es una localidad real situada en el condado de Cork, sin embargo, me he permitido algunas licencias literarias para ubicar la novela y la historia de las hermanas O'Hara. En este sentido, si alguien me ha inspirado esta historia es mi verdadera hermana, porque a pesar de la distancia —como le sucede a Sarah— la Navidad, la magia, la nostalgia y el hogar siempre nos llevan de vuelta a la familia. Y el año que viene seremos un miembro más: el mejor regalo que podría recibir.

Junto a ella, no podía faltar mi agradecimiento a mis padres, además del resto de mi familia política que se alegran conmigo de cada triunfo y me animan a seguir en esta aventura literaria.

A Carlos, mi otra mitad. Sin ti mis historias no podrían salir a la luz. No solo eres mi compañero de vida, sino que además te desvives por ilustrar las preciosas portadas, lees mis historias y, sobre todo, siempre tienes una palabra de ánimo en los momentos en los que todo se vuelve en contra y solo quiero tirar la toalla.

A mis amigas, por seguir leyendo cada historia que escribo, cuando sacáis un ratito de vuestras ocupadas vidas para leerme. Os

estoy eternamente agradecida.

A @edinemull, gracias por estar a mi lado desde el principio, por tus consejos y por ser la primera que lees mis historias antes que nadie. Tienes un gran futuro como escritora y estoy muy orgullosa de que juntas podamos alegrarnos de nuestros triunfos y de animarnos en los momentos más bajos.

A @librous90, mi segunda lectora cero, porque a pesar de tu apretada agenda como creadora de contenido, con mil colaboraciones y beteos, siempre has sacado un huequecito para ser de las primeras en leer mis historias. No cambies nunca.

A las escritoras y lectoras de Bookstagram/Booktok, una pequeña gran comunidad que cada día crece más. Sois únicas y no puedo estar más feliz de compartir charlas, risas y ánimos con todas vosotras.

A Sheila, mi correctora, por estar siempre ahí resolviendo mis dudas y puliendo mi manuscrito para que brille cuando llegue a vuestras manos.

A todos vosotros y vosotras por estar siempre ahí. Si todo va según lo previsto, la próxima Navidad, Aisling protagonizará su propia historia.

¡GRACIAS!

Música

¿Quieres escuchar la banda sonora que acompaña a la historia de «Una Navidad irlandesa»?

Accede ahora a la lista de reproducción en Spotify.

Sobre la autora

Siena Bastida es periodista de formación, aunque lleva más de una década trabajando en el excitante mundo de la aviación. Leer ha sido siempre una de sus pasiones desde que era pequeña y recorría las estanterías de la biblioteca de su barrio en busca de nuevas historias que le hicieran soñar.

Cuando creció, se dio cuenta de que escribir le servía como terapia y, pese a tardar bastante tiempo en que algunos de sus relatos vieran la luz, su primera novela, «La librería de doña Sofía», ha sido el mejor de los homenajes que podía dedicar al mundo de los libros.

En 2025 publicó «Un maridaje perfecto», una comedia romántica ambientada en la Rioja Alavesa, donde el humor y el amor van de la mano, además de ser un homenaje al lugar que la vio nacer. «La letra pequeña del amor» continúa la serie «Sucedió en Barcelona», como historias independientes ambientadas en los rincones más especiales de la Ciudad Condal, donde reside actualmente.

La librería de doña Sofía

¿PUEDEN LOS LIBROS SALVARTE LA VIDA?

Tras un fracaso laboral y una etapa personal bastante inestable, Cloe recibe una inesperada carta que le designa beneficiaria de la librería del barrio donde ha pasado toda su infancia y adolescencia. Con la disyuntiva entre continuar con un negocio económicamente poco viable y la ilusión de reavivar el proyecto que una anciana empezó hace cuatro décadas, se embarca en un desconocido viaje para cumplir con las últimas voluntades de doña Sofía y, al mismo tiempo, conocerse a sí misma.

Una historia de amor y pasión, de secretos enterrados, de duelo y esperanza ambientada en Barcelona.

¿Conseguirán los protagonistas superar todas las trabas para alcanzar la felicidad?

Las segundas oportunidades son solo para las personas más valientes.

La letra pequeña del amor

UNA ABOGADA DE HIELO. UN HOMBRE QUE LA HIZO ARDER. UNA MESA DE NEGOCIACIÓN QUE LO CAMBIARÁ TODO.

Claudia Prats nació un 14 de febrero, día de San Valentín, y, a pesar de ello, no cree en cuentos de princesas desde que su primer y único amor la dejó hace quince años con una nota de once palabras. Desde entonces, ha conseguido construir su bufete de abogados, sin el dinero ni la ayuda de su influyente familia, y se ha hecho un nombre propio en la ciudad batiendo a sus rivales.

Hasta que Adrián aparece un día al otro lado de la mesa, representando a la aerolínea que acaba de anunciar el despido colectivo de buena parte de su plantilla. La persona que le destrozó el corazón y que ahora parece dispuesta a hacerlo en su trabajo.

Un reencuentro cargado de tensión, dos almas que no han dejado de palpitar y un hilo rojo invisible que nunca se rompió del todo.

¿Podrá la abogada ganar el juicio más personal de su vida sin perder el control de su corazón?

Un maridaje perfecto

UNA COMEDIA ROMÁNTICA ENTRE VIÑEDOS

Jana de la Vega es una ejecutiva de éxito que vive en California. El día que despierta de su sueño idílico, con un prometido perfecto y un vestuario repleto de marcas caras, decide poner tierra de por medio y aceptar una oferta de trabajo en unas bodegas de un pueblo recóndito del norte de España.

Asier López de Aberásturi es el heredero de una empresa que produce vino desde hace décadas en la Rioja Alavesa. Su padre ha decidido contratar los servicios de una multinacional para salvar el negocio familiar de una plaga que está echando a perder los viñedos. Sin embargo, su orgullo le impedirá aceptar cualquier ayuda externa.

Ambos tendrán que aparcar sus diferencias para sacar adelante la empresa familiar.

Sírvete una copa de vino y disfruta de este «enemies to lovers» entre viñedos.

Muchas gracias por haber leído «Una Navidad irlandesa». Si te ha gustado la novela, te animo a dejar una breve reseña en Amazon o Goodreads con tus impresiones. Tu opinión es muy valiosa y puede ayudar a otros lectores.